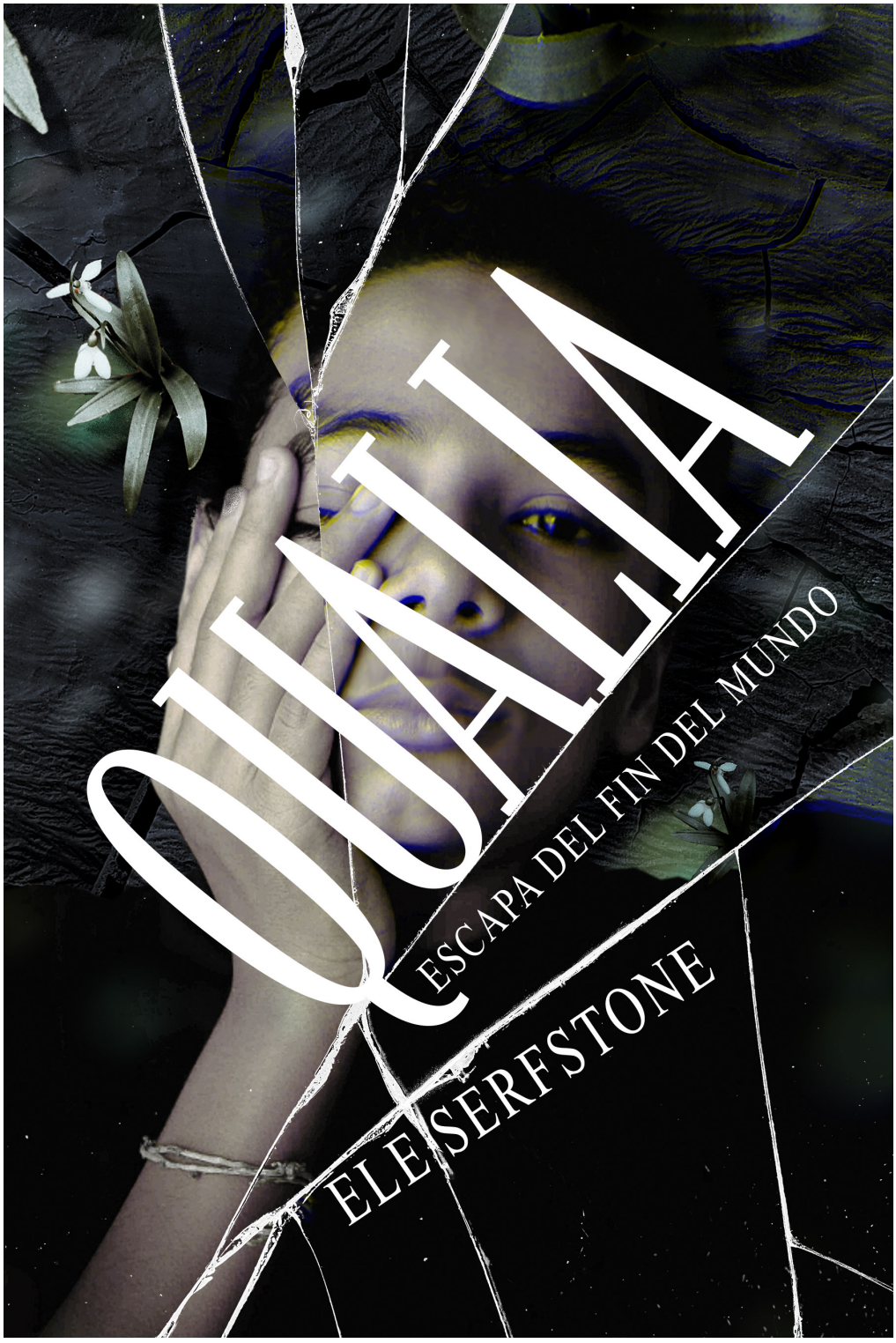
QUALIA

Ele Serfstone



Capítulo 1

Podría decirse que Hugo ve a la chica acercarse, aunque lo justo sería decir que percibe cómo se acerca. También podría decirse que es tal y como la recuerda, aunque lo preciso sería decir que es tal y como cree recordarla. Como sea, de un momento a otro la chica está frente a él, a escasos tres pasos de distancia.

Ella sonríe mostrando un par de líneas de dientes blancos, tan perfectos que resultan antinaturales. Enseguida inclina la cabeza hacia enfrente haciendo un mohín con los labios —dibujando un corazón— luego levanta la mirada con coquetería.

—No ibas a saltar ¿o sí?

La piel de Hugo se eriza al escuchar esa voz aterciopelada —como el ronroneo de un gatito— y niega enfático, hasta marearse.

Ella se endereza, alza el mentón y levanta la ceja derecha. Otra vez se dibuja esa sonrisa burlona en su rostro.

—Ven conmigo, te propongo algo mejor, menos dramático que saltar a las vías del tren.

Dicho eso la chica da media vuelta y emprende el camino.

Hugo está tan aturdido que no atina a hacer nada. Tan pronto recobra la consciencia de sí mismo trata de hacer memoria. Le duele la cabeza, pero si se esfuerza lo suficiente puede recordar a la chica. Le viene a la mente la imagen de la tumbona, la crema hidratante, las rodajas de pepino, incluso el minúsculo bikini de ella. Pero no se explica por qué lo recuerda con tanta viveza si hasta donde sabe mucho de eso lo inventó.

Ve a la chica alejarse cada vez más. Tensa la mandíbula, pasa saliva y corre para alcanzarla. Tiene que sortear a un par de señoras mayores, a un grupito de chicas de secundaria y al guardia de la estación que no pierde ocasión de decirle unas cuantas verdades. Hugo, sin embargo, ignora cualquier protesta, su objetivo es alcanzar a la chica.

El camino resulta más complicado de lo que esperaba. Bajan las escaleras de la estación —hasta nivel de calle— y siguen andando en dirección a uno de los fraccionamientos cercanos. A esa hora del día son pocos los que circulan afuera, y es que el sol no da tregua, Hugo lo reciente en su piel quemada por el peróxido. La resolana es tan fuerte que tiene que hacer visera con las manos para protegerse el rostro y ver mejor. Si se descuida es como si la chica desapareciera, pero cuando se concentra y se cubre del sol la vuelve a ver, tan nítida como el resto de las cosas que lo rodean.

Hay algo hipnótico en su modo de andar, a pasos cortos pero constantes, meneando las caderas, balanceando los brazos a sus costados. O tal vez solo es que le atrae, ahora más que hace dos años.

Hugo carraspea para llamar la atención.

—¿Tú… me recuerdas?

La chica voltea un poco para verlo de reojo.

—Eres el niño de las pesadillas.

Hugo ve al suelo. Lo de las pesadillas es cierto, al menos la mayor parte. O, pensándolo mejor, quizás todo, ahora mismo no está tan seguro.

—Tú y yo hablamos, ¿verdad?

La chica se detiene por un instante, luego continúa andando.

—¿Por qué lo dices como si lo dudaras?

—No lo sé, es decir, recuerdo que hablamos.

—¿Recuerdas? Extraña forma de decirlo. En fin, eras más chico, aunque igual de impulsivo.

—¿Igual?

—Me has seguido hasta aquí.

Van por una calle desconocida, al menos para Hugo. Poco a poco se vuelve más extraña. Al principio de forma sutil, como las aceras, que de pronto cambian de altura —en un momento están a centímetros del asfalto, al otro están a metro y medio—. Pero entre más se adentran por esa calle, más extraño se vuelve, como las ventanas y las puertas, que de repente pasan a ser simples molduras en los muros de concreto —el dibujo de una ventana o el dibujo de una puerta— ahí donde debería haber cristal y metal.

—¿A dónde se supone que vamos?

La chica voltea brevemente, como para confirmar que Hugo aun la sigue.

—¿Hasta ahora lo preguntas?

Hugo no deja de ver alrededor. El asfalto, las aceras, los botes de basura, los buzones, los intentos de casas pegadas las unas a las otras sin dejar ni un solo callejón, con esos burdos intentos de ventanas y puertas

dibujadas a bajorrelieve, todo se le antoja tan familiar como extraño. Lo inquietante, sin embargo, es la peculiar sensación de que no debería estar ahí.

—Nunca había venido por aquí. Además, no creo que aquí viva alguien. Esas no son casas de verdad.

—No puedes estar en todos lados y conocer todos los lugares. Yo nunca he ido por tu casa, por ejemplo. Pero aquí está lleno de vida, créeme.

—¿Qué tan larga es esta calle?

La chica suspira.

—Muy, muy larga.

Hugo alza el mentón en un intento de ver el final de la calle, pero no parece que tenga final. Por no dejar voltea atrás para ver el camino recorrido, e igual la calle parece extenderse hasta el infinito.

—¿Dónde estamos? Esto ya no me gusta.

La chica da media vuelta y se acerca a Hugo. Lo toma del mentón. Le sorprende descubrir que el chico es casi de su tamaño, en poco tiempo será mucho más alto que ella.

—Tú y yo sabemos que no te importa en dónde estés. Sabemos que pretendías saltar a las vías, aunque al final no tuviste, digamos "el valor", para hacerlo. Sabemos que preferiste entregar la vida de tu hermano antes que la tuya propia, por la misma razón que tu absurdo intento de suicidio fue más teatro que cualquier otra cosa. Le temes a morir. ¿Pero sabes qué? Lo respeto. Hay que estar mal de la cabeza para querer morir, y más aún, quitarse la vida de forma voluntaria.

—Suéltame.

La chica sonríe. Ve a Hugo directo a los ojos, hasta que el rostro del chico se sonroja. Luego se acerca un poco más, para provocarlo.

—¿Que te suelte? Estoy segura de que eres más fuerte que yo. Puedes apartarme de un empujón y salir corriendo cuando quieras. Pero no lo haces. ¿Por qué?

Hugo tensa la mandíbula. Respira con dificultad.

La chica se acerca un poco más, a la distancia de un beso.

—¿Será tal vez que subestimo tu inteligencia?

Hugo cierra los ojos y prepara los labios.

La chica lo suelta.

—No, solo son las hormonas.

Ella sigue caminando. Ahora que lo ve en persona, le resulta de lo más ordinario. Lo que a su vez lo vuelve aún más interesante, justamente por ordinario.

Hugo abre los ojos luego de un rato de espera, y corre para alcanzar a la chica.

—Estoy muerto, ¿verdad? Salté a las vías y ahora estoy atrapado en el purgatorio, por suicidarme. Eso explica lo extraño que es este lugar.

La chica suspira.

—Según la iglesia el castigo por el pecado de suicidio no es el purgatorio sino el infierno. ¿No leen en el colegio? Es cultura general. Como sea, créeme, no estás muerto. Aunque seguro lo estarás si te quedas aquí.

—¿Qué es este lugar entonces?

La chica ignora la pregunta y sigue caminando.

—Ah, mira, ya llegamos.

Sin explicarse muy bien el cómo, de pronto la larguísima calle que parecía infinita desemboca en una avenida muy transitada.

—Oye, conozco este lugar, papá me traía a comer a ese restaurante. Pero está del otro lado de la ciudad. ¿Cómo llegamos acá tan…

Hugo no alcanza a terminar la pregunta, aunque si alcanza a ver a la chica a su lado, enterrándole una aguja al cuello e inyectándole algún líquido.

Capítulo 2

Ese día la profesora de historia se reportó enferma. Para salir del paso, el de educación física les puso una tarea sin importancia y luego se marchó. Por eso llevaban un buen rato riendo como idiotas. Ellos; porque Óscar se limitaba a sonreír nervioso —y muy incómodo por descontado—. Para ser justos, si estaba al pendiente de sus compañeros, era por dos únicas razones: el escándalo que hacían —imposible de ignorar—, y porque el otro grupo era el de las chicas y ellas no le harían caso. Además, con los chicos mimetizaba.

Claro que entendía lo que estaba pasando, no era tonto. Sabía lo que hacían, y aunque le daba algo de curiosidad, prefería quedarse en su lugar, con la vista fija en su cuaderno, ahí donde un resumen sobre las potencias del eje en la segunda guerra mundial esperaba a ser terminado.

Pero su pupitre no siempre era un lugar seguro. El compañero que se sentaba en la silla de atrás le dio una palmada en la espalda para llamar su atención y mostrarle lo que les causaba tanta risa. La imagen le asaltó de improviso. De inmediato le subió el color al rostro, provocando unas cuantas risotadas por parte de sus compañeros. Pensó en apartar la vista, pero supuso que sería peor. Prefería pasar desapercibido antes que ser el blanco de las burlas. Se trataba de una revista pornográfica que uno de los chicos había encontrado en el tráiler de su papá mientras limpiaba la cabina. Lo que le mostraban era el dibujo de una señora rubia que tenía coito con un corpulento hombre negro. No terminaba de identificar si la expresión en el rostro de la señora era de placer o dolor. A decir verdad, no tenía idea de cual se suponía debía ser su reacción.

—Eres muy raro —dijo el chico que le mostraba la imagen, y retiró la revista.

Normal, todos esperaban que se riera de la mala suerte de la señora por tener que soportar semejante pedazo de carne. Incluso sería el insulto favorito los próximos días: ¿Te la metió un negro?, y similares.

—Al Óscar ya se le paró —gritó uno de sus compañeros, asomándose bajo la mesa.

Óscar de inmediato cerró las piernas e intentó cubrirse con las manos. Era imposible no lucir cómico en esa situación. Las risotadas no se hicieron esperar, junto con los jaloneos para abrirle las piernas o apartarle las manos.

—Se le antojó el negro —dijo otro de los chicos, iniciando así con esa

novedad.

—Se va a quedar ciego a puras chaquetas —dijo el primero, sin dejar de ver bajo la mesa, ocultando tras la burla su homosexualidad.

Afortunadamente, dentro de lo trágico, la erección no duró. Para cuando lo agarraron entre tres para obligarlo a levantarse y que dejara de cubrirse la entre pierna, con la intención de exponerlo al grupo de chicas, ya estaba tan flácido como un espagueti. De todos modos, la expectativa de verle sus cositas a un chico tan soso no llamó la atención de las chicas, no iban a perder el tiempo con miserias. Solo el chico gay insistía en seguir con la empresa, los otros lo soltaron para continuar con lo suyo, la revista. Si no servía para ser molestado era mejor ignorarlo, no iban a desperdiciar en él el resto de la hora.

Se hundió en su asiento sintiéndose humillado. Extrañamente otra vez tenía una erección, pero de tonto iba a anunciarlo o dejar que lo descubrieran, se limitó a ocultarla lo mejor que pudo. Terminó la ridícula tarea a tiempo para la siguiente materia. Igual intentó poner atención al resto de clases, aunque sin mucho éxito; así hasta que el día terminó.

Fue de los últimos en abandonar las instalaciones, por la misma razón que viajar en autobús resultó tan vergonzoso, cada que le venía la imagen a la mente no podía evitar una erección. Era algo en la expresión de la mujer, ese rictus mezcla de dolor y placer —porque ¿acaso había diferencia? —.

—Siéntate —le dijo un señor, cediéndole el lugar.

Óscar no lo pensó dos veces, se descolgó la mochila de la espalda, se sentó y usó la misma mochila para ocultar aquel problema. Quiso dar las gracias al señor que se había apiadado de él, pero este ya se había marchado hasta el fondo. Al menos había encontrado a un buen samaritano, porque lo que era el resto de los pasajeros, si lo miraban era para juzgarlo. Una señora incluso se persignó. Y qué decir de la señora que estaba sentada a su lado, se pegaba a la ventana del bus tanto como podía, como si le diera asco rosarlo con el hombro, aunque sea un poquito.

De vuelta a casa, al ver que no estaba su mamá, corrió directo a su habitación y cerró la puerta con seguro. Aventó la mochila a cualquier lugar, se quitó los zapatos, se echó en la cama bocarriba y se cubrió el rostro con la almohada. No pretendía asfixiarse sino ocultarse del mundo. Estuvo dando vueltas por un rato tratando de pensar en otra cosa, incluso intentó dormir. Pero las hormonas ganaron la batalla.

La imagen del rostro le venía a la mente una y otra vez. ¿Por qué? No podía entenderlo. Su cerebro discriminaba el resto de la escena, solo tenía espacio para esa expresión en la mujer. La boca abierta, con los gruesos

labios rojos diciendo: “ah”. Los ojos en blanco, el mentón levantado, las fosas nasales dilatadas, el cabello rubio desperdigado por la cama. De un momento a otro ya tenía los pantalones abajo.

Nomás terminar, luego de ese medio segundo de vacío placer, se sintió terrible. Les había dado la razón a sus odiosos compañeros de clase. Al menos sabía que no se quedaría ciego, se lo preguntó al doctor en secreto en la última inspección médica. El doctor le dijo —con mucha incomodidad— que no le pasaría nada siempre y cuando no se convirtiera en una adicción. No tenía idea de cuántas se considerarían una adicción, pero con esta eran tres en lo que iba del mes. Se lamentó de su poca fuerza de voluntad, estaba a una semana de llegar al día treinta y uno y reiniciar el contador en ceros.

Volteó a la derecha, el espejo de pared le devolvía una escena tan penosa que sintió ganas de desaparecer. Pero no había tiempo para eso. De improviso su mamá anunció la llegada. Tomó una camiseta sucia y limpió el estropicio tan rápido como pudo. Con la misma urgencia medio acomodó la sábana de la cama, tropezando constantemente, hasta que al fin se ajustó los pantalones, apenas a tiempo de abrir la puerta de su habitación antes de que su mamá apareciera y se diera cuenta de que estaba cerrada con seguro.

—¿Qué haces? Estás todo sudado —dijo su mamá al verlo.

—Ejercicio —repuso. Y como para sostener la excusa, se tiró al piso e intentó hacer una lagartija.

—Bueno, sí te hace falta —reconoció ella al ver tan penoso espectáculo—. Pero a la otra te quitas el uniforme.

Óscar asintió.

—Lávate las manos, traje pollo para comer.

La mención de las manos sucias le hizo sonrojarse, claro que solo estaba él para verlo en el espejo de pared, para entonces su mamá ya se había marchado alzando en alto la charola con el pollo. Menos mal que el olor de la comida lo impregnaba todo. Corrió al baño, se lavó las manos con abundante jabón y se fue directo al comedor a ocupar su sitio.

No era fanático del pollo, menos del rostizado, pero no iba despreciarlo. Sonrió con timidez cuando su mamá le puso enfrente un plato con una pierna, un muslo y algo de arroz —todo comprado, obviamente—. Al menos la salsa y el agua de flor de Jamaica eran caceras, o eso quería creer.

—Si quieres hacer ejercicio, es mejor que lo hagas afuera —dijo su mamá—. Salte a correr o lo que sea. No es sano estar todo el día frente a la televisión —eso último lo decía mientras engullía un taco que había hecho con la piel del pollo, grasa que se iría directo a sus arterias.

—Sí, má —dijo Óscar y le clavó los dientes al muslo.

Casi hubiera preferido decirle a su mamá que se estaba tocando, porque ahora estaba a duro y dale con eso del ejercicio. No podía estar más de una hora frente al televisor sin que su mamá llegara a molestarlo. —Sal afuera, actívate, o se te va a borrar la raya de las nalgas de tanto estar sentado— le decía. Incluso le compró un balón de futbol. Claro que era dar el consejo y no aplicarlo, porque ella si se echaba en el sillón a ver telenovelas toda la tarde. A lo mejor y por eso lo corría, para adueñarse del televisor.

En esas ocasiones salía al patio de atrás y se ponía a patear el balón contra la pared. Si él no podía ver la tele a gusto su mamá tampoco lo haría. O eso pretendía, porque al final su mamá no se quejaba, y luego de un rato el aburrimiento le hacía desistir. Entonces se echaba en una de las sillas a ver las malas hierbas crecer.

Se lamentaba de su situación. No tanto como para deprimirse a un grado clínico, pero sí lo suficiente como para desear ser otra persona. Le gustaba fantasear que no era el mismo; que era más alto, más guapo, más fuerte, más ágil, y más atractivo para las chicas. Y es que hacía un tiempo que empezaba a fijarse en ellas, en serio. Porque ya antes lo mencionaban, principalmente en la escuela. Sus compañeros hablaban de las chicas que les gustaban y las cosas que les gustarían hacer con ellas. Hasta entonces Óscar se limitaba a escuchar las conversaciones con limitado interés. Claro, mentía cuando era su turno de hablar. Decía que le gustaba la chica más linda, que se la tiraría y esas cosas, pero no lo sentía en serio. Y así sin más, de repente, Vanesa Morales le sonrió en una ocasión en que llegaron al mismo tiempo al colegio y coincidieron en la puerta. Ese día solo tuvo cabeza para la sonrisa de Vanesa, y recreó en su mente, una y otra vez, la forma en que cruzaron la puerta del colegio al mismo tiempo, hombro con hombro, en completa complicidad. Y por primera vez sintió lo que era desear a alguien.

Con el tiempo notó que Vanesa no era la única que le atraía, lo mismo le pasaba con las otras chicas, en mayor o menor medida. Pero él no estaba echo para hablarles. Era bajito, y aunque no era del todo feo, estaba muy lejos de ser guapo, además de ser muy tímido. Y las chicas nomás hacían caso a los chicos altos, guapos y extrovertidos. Por eso solo le quedaba soñar despierto, lo que sería su vida si quedara de novio con alguna chica, Vanesa, por ejemplo. Irían al centro comercial, compartirían un helado,

verían una película en el cine, charlarían de tonterías todo el rato. O a lo mejor, lo único que le hacía falta era un amigo.

Capítulo 3

Nomás terminar de hacer la tarea, se sirvió un vaso de jugo de arándanos y se sentó a ver televisión. Pasaban esa ridícula serie en la que un grupo de adolescentes grandulones, provenientes de cinco rincones del mundo —obviamente ninguno de México—, viajaban por todas partes combatiendo a villanos ecológicos y concientizando a la gente sobre el medio ambiente. Oír sobre tanto calentamiento global terminó por darle calor, así que fue a su habitación por el ventilador. Miraba las caricaturas con indiferencia, tanta o más que con la que veía los cortes comerciales. Los anuncios iban de golosinas, juguetes y lo que vendría después en la programación. Anunciaban, por ejemplo, la película "Tiburón", para las cuatro de la tarde. Esa sí que la quería ver. Cuando el tiburón atacara la playa imaginaría que se comía a los odiosos "planetarios", o como se llamen. El pelirrojo era el que le caía más mal.

Pero todo eso lo toleraba, hasta lo encontraba algo divertido, aun la serie ridícula tenía sus momentos buenos. Sin embargo, no podía decir lo mismo de esa sección "al servicio de la comunidad". Le parecía que duraba una eternidad. El presentador, con su voz soporífera, leía una larga lista de nombres, datos básicos y señas particulares, de un puñado de gente tan ajena a él que le costaba creer que eran reales. ¿En verdad había tantos niños perdidos? Claro, no eran solo niños, también mencionaban a gente mayor, pero la cantidad de menores era tanta que hasta a él, que no le importaba del todo, le resultaba alarmante. Como sea, cuestión que luego de dos minutos de esa letanía de nombres se quedó dormido.

—No. Eso sí que no, mijito —dijo su mamá agarrándole del tobillo.

Óscar saltó espantado creyendo que era un fantasma el que le jalaba el pie.

—No vas a estar ahí echadote todo el día, sin hacer nada —siguió ella—. Salte a jugar o algo. No hay que ser flojitos, mijito, ya sabes.

—Pero quiero ver la película.

Su mamá tomó el control y cambió de canal, a tiempo para la novela.

—Nada de peros, lo hago por tu bien.

Óscar se fue de ahí refunfuñando. Lo hacía por su bien; sí cómo no. No era que quisiera la tele para ella sola, para nada. Ahora sí que entendía por qué había tantos niños perdidos. Si a todos los obligaban a salir a la

calle, como a él, tarde o temprano iba a pasar que se perdieran.

Se cambió el uniforme por ropa más cómoda: camiseta azul, bermudas, tenis. Tomó su balón y salió al patio a patearlo. Era, hasta cierto punto, terapéutico. Pensaba en todas esas cosas que le molestaban y canalizaba la furia directo al pie, entonces pateaba con saña. El balón salía disparado a la pared y rebotaba de vuelta para recibir una nueva patada, así hasta que liberaba la frustración y conseguía serenarse.

Una de tantas, luego de patear el balón con suficiente fuerza —iba a ser que al final de tanto patear ya estaba agarrando condición— rebotó sobre la cerca de madera al patio del vecino. Por un momento no supo el paso a seguir. La situación era atípica. Titubeó un rato hasta que finalmente se dirigió a la cerca, se pescó de la parte superior, tomó impulso y saltó del otro lado.

Se sintió como un gatito acorralado al ver al anciano que pintaba en medio del patio. Si bien el hombre no parecía haberlo advertido, pues estaba absorto en el cuadro, no pensaba tentar a la suerte. Sin hacer ruido volvió a pescarse de la parte superior de la cerca e intentó tomar impulso, pero fracasó.

—¿Te vas sin tu pelota? —dijo el viejo.

Tenía la mirada puesta en la pintura, en donde definía algunas formas con pinceladas suaves y precisas, como pequeñas caricias.

—Perdón —dijo Óscar—. No sabía que estaba aquí.

El viejo bajó el pincel y al fin volteó. Parecía cansado, más de lo normal, como si todo el peso de los años vividos de pronto le hubieran caído encima sin previo aviso. Quizá eso había pasado.

—Todos los días salgo a pintar, como tú, que todos los días sales a patear esa pelota; con la diferencia de que yo no molesto a nadie.

—Lo siento, señor.

El viejo se rascó la barbilla, sin soltar el pincel. Una gota de pintura amenazaba con salpicar, pero al final se quedó ahí.

—Te disculpas demasiado. No deberías.

Óscar bajó la mirada.

—Perdón. Ya no lo haré.

—No creo que puedas, pero bueno.

El viejo volvió a la pintura y Óscar aprovechó para ir por su balón. Había caído sobre unos geranios —o lo que solían ser geranios—. Pensó en disculparse al ver el estropicio, pero desistió. Tomó el balón y regresó a la cerca.

—Ya me voy —dijo.

—Anda, ve —repuso el viejo sin interés.

—Voy a saltar la cerca —insistió.

—Sí, sí —dijo el viejo, indiferente.

Lanzó primero el balón. Luego se preparó para saltar, pero al final no lo hizo. Le podía más la curiosidad. Se acercó a espaldas del viejo para ver mejor el lienzo.

—¿Qué es lo que pinta?

—Un cuadro, naturalmente.

—¿Un cuadro de qué?

El viejo bajó el pincel, otra vez, luego suspiró fastidiado.

—Un cuadro de ti, muchacho —y siguió con lo suyo.

Óscar se acercó aún más a la pintura. Era un escenario urbano en el que un chico —que vaya si se le parecía— estaba de pie en medio de un mar de gente que se movían en el escenario —o daban la sensación de movimiento, mejor dicho—.

—¿Y ese soy yo?

—Pues claro —dijo el viejo con un ademán que enfatizaba la obviedad del asunto.

Curiosamente, el chico de la pintura llevaba una camiseta azul y unas bermudas idénticas a las que usaba en ese momento,

—¿Y usted de qué me conoce?

—Soy tu vecino.

Desde luego que había visto al viejo antes. Se lo topaba ocasionalmente en la tienda, o algunas mañanas cuando salía temprano rumbo al colegio

y el viejo barría el frente de su casa. Pero fuera de esos avistamientos, esta era la primera vez que interactuaba con él.

—¿Y por qué me pinta?

El viejo nuevamente se detuvo con la interrupción. Tomó un pañuelo y se enjugó el sudor del rostro.

—Anda, trae esa silla y siéntate si piensas quedarte. Me molesta que estés a mis espaldas moviéndote de un lugar a otro.

Óscar obedeció. Tomó la silla junto a la puerta de la casa y la llevó a un lado del viejo, para sentarse en primera fila a ver el proceso.

—Ponte un poco más allá, que me estorbas.

Óscar se movió.

—¿Y bien? —insistió el chico.

—No me gusta hablar mientras pinto —sentenció el viejo.

Óscar asintió y se limitó a observar. Así lo hizo toda esa tarde y la tarde siguiente. Saltó la cerca, acercó la silla y se sentó a ver. Para el tercer día el viejo le tenía lista una botella de Coca-Cola bien fría. Óscar la bebió encantado.

—Ya la terminé —anunció el viejo al cuarto día.

—Genial —dijo Óscar entusiasmado, y bebió el resto de su refresco de un trago.

Al principio el chico de la pintura daba un cierto aire a Óscar, como que medio se le parecía. Pero ahora, si se le veía con atención, se adivinaban los rasgos de Óscar sin lugar a duda. El chico suponía que el viejo había aprovechado su presencia para copiar mejor su rostro en la pintura, lo que, de alguna manera, le resultaba halagador.

—Quiero aprender a pintar como usted. ¿Me enseñará?

—No —dijo el viejo tajante.

Óscar se quedó en silencio, algo descolocado.

—¿No preguntarás por qué me niego?

—¿Por qué se niega?

El viejo frunció el ceño y usó su pincel para señalar a Óscar directo al rostro. Otra gota de pintura amenazó con desprenderse, pero nuevamente permaneció en su lugar.

—Porque tú no quieres aprender a pintar.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque lo sé —siguió el viejo—. Estás aquí porque fingí interés en ti al decirte que esta pintura era de ti, cuando podría ser sobre nadie. Te quedaste y me idealizaste, aunque no te hablé en cuatro días, solo porque te regalé un par de refrescos. ¿Tan necesitado estás de atención?

Óscar bajó la mirada sin saber cómo sentirse. Jugueteaba con la botella de refresco vacía y se removía incómodo en la silla.

—¿Usted —balbuceó—, quiere que me vaya?

—Yo no dije eso.

—¿Entonces por qué me dice esas cosas?

El viejo cruzó los brazos en un gesto de incredulidad.

—Solo por curiosidad, ¿hasta dónde habrías estado dispuesto a llegar por un poco más de atención?

Óscar lo pensó.

—No haría nada inapropiado, eso seguro.

—Lo dudo —dijo el viejo—. Lo que me interesa, sin embargo, es acabar con la mala hierba del jardín, también darle dos o tres manos de pintura a la cerca, y deshacerme de un montón de papel periódico que mi difunta esposa acumuló por años.

—¿Y quiere que haga esas cosas?

—Gratis, mi pensión no me da para pagarte. Te puedes quedar con el dinero que te den por el periódico, claro. Y como dije, no te enseñaré a pintar. Sería una pérdida de tiempo para ti y para mí.

Óscar se quedó en silencio por un rato, asimilando la información que acababa de recibir. A decir verdad, no se sentía ni con la capacidad ni con

el deseo de negarse a hacer las tareas propuestas por el viejo.

—¿Entonces el de la pintura no soy yo? —dijo al fin.

—Oh —exclamó el viejo—, eres tú indudablemente.

—Pero hace un rato dijo que el de la pintura era nadie.

El viejo se rascó la cabeza con fastidio.

—¿Qué crees que está pasando en la pintura?

Óscar se tomó su tiempo para pensarlo.

—Pues que todos lo ignoran, al chico.

—Bravo, muy observador —dijo el viejo con sarcasmo—. ¿Y qué más pasa?

—No sé.

—Vamos, inténtalo.

—Pues que el chico no quiere ser ignorado.

—Interesante deducción. Pero aún hay algo más.

Óscar se levantó de la silla, y para fastidio del viejo, se acercó para ver la pintura mejor. No conforme luego se alejó pensando que le hacía falta perspectiva. Sin embargo, por más que buscaba, no encontraba nada peculiar digno de mención.

—No sé, solo eso veo.

El viejo suspiró cansado y alejó a Óscar de un manotazo.

—El chico de la pintura quiere atención, desde luego. Es obvio, por eso se detiene en medio de la calle, a pesar de tanto tráfico. La gente, sin embargo, lo ignora. Por eso el chico no ve a la gente, en su lugar ve directo a los ojos de quien mira la pintura.

Óscar se acercó de nuevo para corroborarlo. En efecto, era como si el chico de la pintura te siguiera con la mirada.

—Bueno ya —siguió el viejo, y otra vez apartó a Óscar de un manotazo, ahora con más fuerza—. El chico ve afuera de la pintura, porque en los

ojos del espectador es el único lugar en donde encontró algo de atención.

Óscar se sentó en su silla, sin dejar de sobarse el hombro donde el viejo le había pegado. Pensar en eso, en el chico de la pintura buscando atención en el observador, de alguna forma le deprimía.

—¿No te parece triste? —preguntó el viejo.

Óscar asintió.

—Pues ahí la tienes, la historia de tu vida.

—Se equivoca —dijo Óscar enseguida—. No es la historia de mi vida, y el de la pintura no soy yo.

—Puede ser que me equivoque —reconoció el viejo—. Pero el de la pintura eres tú.

—Pues no estoy de acuerdo.

—Que estés o no de acuerdo no cambia las cosas.

—¿Eso que significa?

—Lo que tenga que significar —repuso el viejo, como si fuera una obviedad—. ¿Te encargarás de las tareas que pedí?

Óscar asintió y extendió su mano para cerrar el trato. El viejo se quedó inmóvil, sin saber muy bien cómo debía proceder; hasta que calló en cuenta y estrechó la mano del muchacho.

—Es un trato —concluyó el viejo.

Óscar volvió a asentir.

Capítulo 4

Fue su mamá quien preguntó, a su papá no parecía importarle. A ella, la imagen se le antojó enternecedora; era como ver a un abuelo pasando el rato con su nieto; el abuelo pintando, el nieto mirando con adoración. No había querido espiar, fue fortuito, tuvo que salir al patio a descolgar la ropa limpia antes de que Óscar terminara estropeándola. Encontró el balón, pero no a Óscar; hasta que la curiosidad —y el romero pisoteado— le llevaron a la cerca y se asomó por una rendija que quedaba entre dos tablas.

—Es muy viejo —explicó el chico—, pero pinta muy bien a pesar de la artritis. Me parece que es un gran artista, algún día me gustaría tener su talento.

—El mundo del arte es para viejos jubilados y niños pudientes. Como no quieras morirte de hambre —dijo su papá, aunque sin despegar la vista del periódico—. Ni creas que te voy a comprar pinturitas y pinceles.

El padre se ganó un puntapié de parte de su esposa, el cual ignoró como hacía siempre, no iba a callarse de decir lo que tuviera que decir, y ya había dicho todo lo que tenía que decir al respecto. Al viejo lo había visto ocasionalmente, y cada vez le pareció que apenas y podía con su alma. Ignoraba si era un pervertido, aunque no se lo pareció. En todo caso, ese era problema del chico; que tuviera cara de tonto no lo convertía en un tonto. Y si lo era, pues bueno, lo tonto al tonto. Ya se hubiera buscado un pervertido más interesante; o pervertida, que también las había.

—Justamente porque es muy viejo, es que no deberías molestarlo —dijo su mamá, con toda la diplomacia de que era capaz.

—Lo sé —reconoció Óscar—. Le pedí que me enseñara a pintar, pero se negó.

—Debe estar cansado.

—Sí. Pero ya no lo molesto, nomás le ayudo con unas cosas que me pidió y lo dejo.

—¿Qué exactamente?

El padre levantó la mirada para ver la escena desde detrás de su periódico. Le pareció cómica la tensión que se respiraba en la mesa, y por un asunto tan absurdo. Sencillamente hilarante.

—Quiere que le ayude a quitar las malas hierbas del jardín, y a pintar la cerca, y que me deshaga de una montaña de periódicos y revistas que

tiene apilados.

—Está bien —aceptó su mamá—. Imagino que no pensarás cobrarle.

—Dijo que no tenía dinero, pero que podía quedarme con lo que me dieran por el papel si lo vendía por kilo.

El padre suspiró, pasó la hoja y se sumergió de lleno en una noticia absurda sobre un trailero que había escapado por los pelos de un accidente que era muerte segura. El chico después de todo si era tonto, ¿quién haría tanto trabajo gratis? Pero lo dicho, lo tonto al tonto.

—Quiero que lo invites a cenar, mañana, para conocernos mejor.

El padre bajó el periódico con una sonrisa traviesa en el rostro.

—No me dirás que es un Nazi ocultándose —dijo con picardía.

Ni madre ni hijo entendieron el comentario. El padre se volvió a ocultar tras su periódico al no recibir la reacción esperada. Era su culpa por creer que entenderían la referencia. Al fin gente tonta.

El día siguiente, un domingo, fue de malas hierbas. Óscar se puso un par de guantes de jardinería, un overol viejo y un gigantesco sombrero de paja sacado de quién sabe dónde. Al verlo el padre rio para sí mismo. Era una suerte de Tom Sawyer, aunque más bien bronceado, lo que lo hacía aún más cómico de lo que ya era. Como sea, el asunto le sentó bien, pues significaba que podía relajarse en casa, en lugar de tener que pasar por el fastidio de llevar a la familia a pasear.

Óscar fue directo al patio del vecino; esta vez por la puerta, como la gente normal. Era temprano, pero el viejo ya estaba de pie. Como la mayoría de los viejos, madrugaba; a más viejo más temprano.

—Traje herramientas —dijo el chico entusiasmado.

El viejo permaneció inmutable. Por regla general no reaccionaba a cosas absurdas, y la emoción del chico lo era. ¿A caso esperaba un elogio o una palmadita en la espalda? Cuando fue evidente lo tajante de su negativa a solapar esa clase de comportamientos tan vergonzosos, se dirigió a su lugar habitual y se puso a pintar un nuevo cuadro. Había preparado el boceto la noche anterior.

—Acabaré esto rápido —anunció Óscar—. ¿Ya tiene la pintura?

El viejo señaló con el pincel un par de cubetas de pintura blanca, suficiente para darle dos manos a la cerca; luego volvió a lo suyo, ese cuadro no se iba a pintar solo. En cuanto a Óscar, se empeñó en la tarea

de sacar cada hierbajo desde la raíz, así como le había enseñado su mamá.

Le tomó cerca de dos horas terminar. Por un momento pensó en desistir, si no le estaban pagando tenía todo el derecho a arrepentirse. Pero antes de que materializara los pensamientos en palabras llegó su mamá con una jarra de limonada.

—Mira nada más, vas muy bien —dijo entusiasmada—. A ver si cuando acabes te pasas a nuestro jardín.

Obviamente, para llegar ahí, había pasado por el interior de la casa del viejo, lo que implicó hacer un análisis rápido de todo el inventario. La decoración era más bien sobria. Destacaba —si se le podía decir destacar— alguna ocasional fotografía por aquí y por allá, como salpicadas de manera distraída. Un par de sillones viejos, aunque pulcros. Una de esas cosas con la que la gente vieja escuchaba discos de acetato —¿se llamaban así? —. Y poco más. Eso sí, muchos cuadros apilados a la pared, en el suelo, así como mucho material de pintura. Era como si todo el dinero del viejo se fuera en eso. Y claro, una montaña enorme de periódicos y revistas.

—¿Le sirvo un poco, don Vicencio?

El viejo no aceptó expresamente, aun así, la madre dejó un vaso lleno junto a las pinturas y pinceles. Como ya estaba ahí, el viejo le dio varios sorbos.

—Bueno, ya no te quito el tiempo —concluyó la señora—. Por cierto, don Vicencio, ¿le comentó Óscar sobre la invitación a cenar?

El chico no había dicho nada.

—Sí, ahí estaré —repuso el viejo.

Con eso la señora se fue.

Óscar se acercó al viejo, con un vaso de limonada en la mano, básicamente para ver mejor el lienzo. Ya estaba bocetada a carbón la nueva imagen. Otra vez era él. Pero a diferencia del cuadro anterior, en el que el chico aparecía diminuto y en medio de una calle atestada de gente, este otro presentaba un primer plano de su rostro.

—¿Otra vez yo?

—Naturalmente.

—¿Por qué?

—Porque es inevitable —sentenció el viejo.

—Me da la impresión de que no le agrado mucho, y aun así me pinta.

El viejo dejó el pincel en la mesa y agarró su vaso de limonada. Le dio unos cuantos sorbos, algo abstraído, como pensando cosas complejas.

—¿Sabes algo de física teórica, específicamente mecánica cuántica y teorías afines?

Óscar negó con la cabeza.

—Es mi culpa por preguntar, obvio que no sabes.

—¿Y es importante saberlo?

—¿Importante, dices? —el viejo rio—. En realidad, no. Puedes morirte sin saberlo, ya te digo que no pasa nada.

—¿Entonces a qué viene la pregunta?

—A ver, ¿cómo te lo explico? —alzó el vaso de limonada—. Imagina que en lugar de limonada tu mamá nos hubiera traído agua de Horchata.

—Listo, ya lo imaginé, ¿ahora qué?

—Ahora imagina que en cambio nos hubiera traído agua de tamarindo.

—Ya está, imaginado, ¿y?

—Pues entérate que todo eso ha ocurrido al mismo tiempo.

Óscar se rascó la cabeza por debajo del sombrero, llenándose el cabello de tierra.

—No lo entiendo.

—Todo lo que pudiera ser, de hecho, es. En una dimensión, la nuestra, tu mamá trajo limonada. Pero en otra trajo agua de horchata, en otra agua de tamarindo, en otra agua de piña, y así, tantas como se te puedan llegar a ocurrir.

—¿Y eso qué tiene que ver con la pintura?

—Todo —gritó el viejo exultante—. Porque si toda posibilidad es, el simple

hecho de pensarlo hace que sea real.

—Si le estoy entendiendo, eso nos convertiría en dioses, ¿no?

El viejo guardó silencio, sopesando las palabras del chico.

—Explícate.

—Que a como lo dice, solo el decidir qué camiseta voy a ponerme en la mañana ya está creando un montón de dimensiones. Así cada persona que tome decisiones.

—Pues sí —aceptó el viejo—. No eres tan tonto después de todo.

—¿Y eso qué tiene que ver con la pintura?

—Hablé demasiado pronto, si eres tonto.

—¿No me lo dirá?

—Te lo diré cuando haya terminado el cuadro. Ahora mismo no tiene caso hablar de él. Después de todo es un simple boceto.

Óscar asintió.

—Entonces —siguió el viejo—, vete a casa y déjame trabajar. Vuelve en unos tres o cuatro días, cuando esté lista.

—Pero aún no pinto la cerca ni me he desecho de los periódicos.

—Descuida, te libero de ese compromiso. Ya pondré a mi nieto a hacerlo en las vacaciones de verano.

Óscar tomó el resto de limonada, puso el vaso en la mesa, y se ocupó en recolectar la herramienta, básicamente un azadón, una pala pequeña y un par de guantes.

—Pero sí irá a casa a cenar, ¿verdad?

—Nuca rechazo una comida gratis.

Óscar volvió a casa y explicó la situación. A su mamá le pareció razonable que don Vicencio reservara esas labores para su nieto, sin embargo, no se detuvo de alabar el espíritu altruista de su pequeño. Incluso le plantó un sonoro beso en la frente, del que se arrepintió al llenarse los labios de tierra.

Para fastidio del padre todos se ducharon y se vistieron elegantes —o todo lo elegantes que se podían llegar a vestir—. ¿Y para qué? Para recibir al vecino excéntrico que habían ignorado los últimos catorce años desde que se mudaran a esa casa. Toda la culpa era del chico, por su soberana memés. A ver si no se ponía a recoger gatitos abandonados en la calle, como si estuvieran nadando en plata.

—Nada de malas palabras, ni eructos, ni flatulencias; y por favor, mastiquen con la boca cerrada —sentenció la mamá.

Era el colmo.

—Estoy en mi casa —dijo el padre exasperado—, si quiero aventarme un pedo a mitad de la cena, me aviento un pedo a mitad de la cena. Seguro que el viejo se los echa también. Además, es viejo, debe pedorrearse más que cualquiera de nosotros.

Una elocuente mirada fue suficiente para sofocar esa incipiente flama de rebeldía, ni la flatulencia más densa habría podido reavivar el fuego. El padre se tragó su orgullo y se sometió a la dictadora.

—Como decía —siguió la madre—, nada de risotadas, nada de chistes vulgares, nada de preguntas incómodas, y nada de hurgarse la nariz.

—¿A caso hacemos alguna de esas cosas cuando cenamos? —preguntó el padre.

—Pues no hasta ahora, pero no se les vaya a ocurrir empezar hoy.

El padre puso los ojos en blanco y se fue a ocupar su lugar. El resto de la familia hizo lo mismo. Para padre e hijo las palabras de la madre ya eran puro ruido blanco, la madre, sin embargo, no desistió en su perorata.

—Ya tengo hambre —dijo Óscar luego de un rato.

—Estamos esperando a don Vicencio.

—Ya solo falta que el viejo nos deje plantados —dijo el padre fastidiado.

La madre también creía en esa posibilidad. Pero el timbre de la puerta anunció la llegada del invitado, a lo que la señora se levantó de un salto, luciendo su mejor sonrisa. No se explicaba cómo no se le había ocurrido antes ser anfitriona de una cena; todo era tan emocionante.

—Buenas noches —saludó el viejo al llegar al comedor. Traía consigo una botella de vino. Barato, pero vino al fin.

—Ah, como en la película —dijo el padre. Aunque todos lo ignoraron por la falta de contexto.

La cena fue lomo de cerdo horneado, ensalada, puré de patatas y guisantes. Ya hubieran preferido unos buenos tacos como los que vendían en el puesto de la esquina; pero las apariencias son apariencias; y las apariencias mandan. La conversación fue más bien formal, pasando por los tópicos clásicos: que si el trabajo, que si los hijos, que si la crisis económica, que si el nuevo favorito a presidente sería un bufón con botas.

—Óscar dice que es un excelente pintor, todo un artista —dijo la madre—. ¿Cómo es que no nos enteramos antes?

La misma respuesta pasó por las mentes del viejo y el padre, aunque ninguno la formuló en palabras.

—No es para tanto, hija —dijo el viejo—. Pinto para distraerme desde muy joven. La práctica constante finalmente trae resultados. Y bueno, tras jubilarme se volvió un pasatiempo de tiempo completo.

—Entonces, básicamente, ¿lo que hace es pintar en el patio todo el día? —quiso saber el padre.

—Sí.

—¿Incluso los días lluviosos?

Capítulo 5

Hugo observa la superficie de la cama, la sábana azul que cubre el colchón. No parece una tela de baja calidad, como cabría esperar; de hecho, es suave al tacto. Al menos se siente suabe en su mejilla.

No está muy seguro de cuánto tiempo lleva ahí metido. Su único punto de referencia son los horarios que componen la rutina. Cada día —quiere suponer que es cada día— un niño le lleva el almuerzo. Después, entrada la tarde —quiere suponer que es entrada la tarde—, un tipo enorme lo conduce a un lugar con muchas regaderas donde le obligan a ducharse. Devuelta a su celda encuentra todo limpio y ordenado, donde resta esperar al mismo niño de más temprano con la cena. Luego si bien le va, duerme. Si la rutina abarca genuinamente un día, quiere decir que lleva ahí poco más de un mes.

Se incorpora al escuchar el cerrojo de la puerta. Es el niño con el almuerzo, obviamente. Lo escolta la mujer obesa. La muy miedosa nunca da la cara. El chiquillo cierra la puerta tras entrar, y enseguida se acerca confiado con la bolsa de papel en la mano. Lleva un sándwich de pechuga de pollo, jugo de naranja recién exprimido, una manzana verde, y dos comprimidos que prometen ser vitaminas. Ofrece la bolsa al chico y sonríe.

Hugo sujeta al niño de la muñeca en lugar de agarrar la bolsa de papel. El niño cambia la sonrisa por una expresión de sorpresa, aunque en ningún momento suelta la bolsa. Hugo duda, pero quiere respuestas, así que ignora a su conciencia y somete al chiquillo. De un momento a otro ya le rodea el cuello con el brazo. La cara roja —antes pálida— del chiquillo, es muestra de la falta de aire por la presión. Aunque es justo decir que Hugo se asegura de no presionar tan fuerte.

—¿Qué quieren de mí? —grita—. O me dan respuestas o le rompo el cuello.

Las respuestas, sin embargo, no llegan; al menos no de la forma en que las espera. Va aflojando la presión conforme se escucha el cerrojo de la puerta. Voltea lentamente hacia abajo para toparse con el rostro del niño volteando hacia arriba. La comprensión de lo que ocurre les llega a ambos, casi al mismo tiempo en que cruzan miradas.

Hugo suelta al niño, quien sigue sujetando la bolsa como si le fuera la vida en ello, y corre a la puerta para confirmar la sospecha. La puerta está cerrada con llave.

Vuelve a su cama, donde se sienta derrotado. Ya está tan acostumbrado a su soledad que por un momento se olvida de que tiene compañía. El

carraspeo infantil es el que lo saca de su ensimismamiento. El niño le extiende la bolsa de papel con el almuerzo.

—Quédatela tú, al rato te dará hambre.

El niño niega, haciendo bailar las largas orejas del gorro de su piyama. También dibuja círculos en su barriga, con la palma de la mano, seña clara de que está satisfecho.

Hugo toma el almuerzo de manos del niño, aunque no lo abre. Sabe que lo necesitará después, y así ocurre. Luego de varias horas el hambre se apodera del niño. En más de una ocasión se levanta de su rincón para revisar la puerta, que sigue igual de cerrada.

—¿Ya tienes hambre? —pregunta Hugo.

El niño se encoge de hombros y vuelve a sentarse en su rincón. Se distrae jugando con sus manos, simulando que son cochecitos, o aviones, o naves espaciales, o personas, incluso hace ruiditos con la boca para acompañar sus fantasías, hasta que el dolor le hace llevarse las manos al vientre.

—Ahora sí ya tienes hambre…

El niño intenta resistirse, pero el hambre puede más. Se levanta y toma la bolsa con el almuerzo de manos de Hugo.

—Sabes que yo no quería lastimarte, ¿verdad?

El niño asiente, luego se vuelve a su rincón, se deja caer de sentón y abre la bolsa. Empieza con el sándwich, lo saca y le da una gran mordida, tan grande como sus mandíbulas permiten. Lo devora con tantas ansias que para cuando logra detenerse ya queda menos de medio sándwich. Levanta la mirada con algo de culpa y ofrece el minúsculo bocado.

—Yo estoy bien, cómetelo tú.

Luego de tres segundos de reflexión, el niño se lleva el bocado a la boca, y sigue con la manzana. Hugo lo observa con aprensión. Tal vez debió pedirle la fruta, cuando menos, pero ya es tarde.

—¿Qué edad tienes?

El niño se encoge de hombros.

—¿Dónde están tu mamá y tu papá?

El niño se encoge de hombros otra vez.

Hugo desiste con el interrogatorio. Es obvio que el niño no sabe nada, o, mejor dicho, no puede darle las respuestas que busca. A lo mejor y ni siquiera habla.

El niño se levanta de su rincón y va a donde Hugo. Le ofrece los comprimidos y el jugo de naranja.

—Medicinas —dice.

—Sí hablas.

Hugo toma los comprimidos de mano del niño y se los pasa en seco. El niño no sabe qué hacer con el jugo, así que lo deja en el suelo, a los pies de Hugo.

—¿Sabes que es este lugar? ¿Sabes para qué me quieren?

El niño se encoge de hombros.

Hugo se inclina para levantar el jugo y lo bebe de un solo trago. No puede evitar sonreír ante lo absurdo de la situación. Si viniera alguien más a traerle esas cosas, alguien a quien reclamar, alguien en quien pueda verter su odio; la mujer obesa, por ejemplo. Pero no, mandan a un niño, de cinco años siendo generosos, que no parece enterarse de nada.

El niño levanta la manga del piyama y deja al descubierto su brazo. Luego lo pone a un lado del brazo de Hugo para compararlo.

—Son cicatrices —dice Hugo, sin mucho ánimo.

—¿Te portaste mal?

Hugo sonríe, más bien triste.

—Me las hice yo mismo. Por tonto, supongo. Tú no tienes, ¿o sí?

El niño niega.

—Yo siempre me porto bien.

—¿Y cómo es eso?

El niño se encoge de hombros y vuelve a su rincón.

Hugo no se siente cómodo de estar encerrado ahí, en un espacio tan pequeño, en compañía de otra persona, por más que esa otra persona sea

un niño. La celda, además de la cama, tiene un retrete y un lavabo con agua potable. Estando solo no representa un mayor problema, aun si lo están vigilando por circuito cerrado. Una cosa es ser visto por personas hipotéticas a las que no puede ver, otra cosa es ser visto por alguien más en la misma habitación. Pero no aguanta más, y lo último que quiere es una infección en la vejiga.

Se levanta de la cama, se acomoda de tal forma en que le da la espalda al niño y orina. El chorro amarillento a causa del exceso de vitaminas resuena en un escándalo. Le hace sentir vulnerable. Incluso gira la cabeza un poco para vigilar con el rabillo del ojo que el niño no lo esté viendo. Este último, sin embargo, está más interesado en la persecución espacial de la mano izquierda y la mano derecha.

Queda claro que el único pudoroso es él, tal vez por la edad. Pasado un rato, cuando el niño tiene que orinar, lo hace sin el menor empacho. Se despoja de la piyama de cuerpo entero, baja los calzoncillos y se sienta en el retrete. Le consta que es un niño, por evidentes razones, aun así, se sienta. Supone que lo hace para no salpicar. Eso le dijo su tía una vez, cuando era pequeño —si no le atinas, siéntate—. Se lo dijo tan enojada que desde entonces se aseguró de mejorar su puntería, pero nuca le pasó por la cabeza el sentarse. Para el niño, sin embargo, parece ser de lo más normal. Nomás terminar acomoda su ropa y se lava las manos, para después volver a su rincón a seguir jugando.

—¿Eso haces todo el día, jugar con tus manos?

—Tengo juguetes —dice el niño entre risas, como burlándose de lo ridículo de la pregunta.

—¿Imaginarios?

—Juguetes de verdad, pero no aquí, en mi cuarto.

—¿Vives aquí?

El niño se detiene de jugar para pensar en la pregunta.

—Vivo arriba, en mi cuarto. Es para mí solo porque soy el favorito.

—Si eres el favorito, ¿por qué te dejaron aquí encerrado?

—Por tu culpa.

—Bueno, ¿y eso haces todo el día, jugar con tus juguetes, en tu cuarto?

—Te traigo comida.

Hugo se agarra el vientre. La mención de la comida le recuerda que tiene hambre.

—Me refiero a si sales, si hablas con alguien más, si tienes amigos con quien jugar.

—¿Salir?

—Afuera, a la calle.

—No, afuera están los monstruos malos.

—Entonces también estás encerrado, como yo.

El niño deja de jugar con las manos. Cruza las piernas para acomodarse mejor y fija la mirada en Hugo.

—No estoy encerrado.

—Pero no sales.

—Porque no quiero.

El niño empieza a juguetear con las orejas de su piyama, señal de que está perdiendo el interés.

—No me dijiste si tenías amigos.

El niño frunce el ceño en una expresión seria, como reflexionando en cosas profundas.

—Los otros niños son tontos, por eso no son favoritos. Tengo amigos, pero son niños grandes, pero no saben jugar. Les gustan los juegos de la tele, pero solo quedan más tontos.

—¿Dices videojuegos?

El niño se encoge de hombros.

—Me gustan los cuentos. ¿Me cuentas uno?

—No te van a gustar mis cuentos.

—¿Porque eres un monstruo?

Hugo no sabe cómo responder a eso.

—Conoces los comics.

El niño niega con la cabeza.

—Es como los cuentos con dibujos, pero con más dibujos. A mí me gustan, pero los cuentos que tienen no son para niños, y solo esos cuentos me sé.

—No importa —dice el niño—Yo sé dónde hay cuentos para niños grandes, y esos me gustan.

—¿Ah sí?

El niño asiente enfático.

—A mí no me dejan verlos, porque soy chiquito, pero yo me escondo. Me gustan los dibujos, pero unos dan miedo.

—Quisiera verlos.

El niño lo piensa por un momento.

—Tú no puedes, no son para monstruos.

Hugo se levanta de la cama y va a donde el niño. Se sienta frente a él, a un metro de distancia, igual, con las piernas cruzadas.

—¿Te parece que soy un monstruo?

El niño dedica un momento a ver el rostro de Hugo. Luego niega.

—¿Lo ves? Es porque no soy un monstruo, además soy tu amigo.

—Si eres monstruo —dice el niño—. Pero caes bien.

—¿Por qué dices que soy monstruo?

—Porque eres, aunque no parezcas.

Hugo se levanta y vuelve a la cama, donde se echa pesadamente. Sacarle información al niño no da los resultados que espera, y usarlo de rehén tampoco. Seguro que ni siquiera les importa si mata al niño; dejarlo encerrado con él es suficientemente elocuente a ese respecto. Solo cierra los ojos e intenta dormir.

—¿Te aburres mucho aquí solito? —dice el niño.

Hugo abre los ojos al sentir como el niño se sienta en el borde del colchón.

—Todo el tiempo —dice Hugo al incorporarse.

—Mi mami se aburria mucho todo el rato, y se dormía toda. Hacía dibujos y se dormía por mucho rato de días y así. Pero un día ya no se despiertó.

—¿Se murió?

—No, se durmió. Su panza se infla y sus ojos se mueven locos, pero no despiertó nunca.

—Tienes miedo de que yo ya no despierte, ¿verdad?

El niño se encoge de hombros.

—Mi mamá viene a verme a veces cuando estoy dormido. Me dijo que viniera aquí con la tía para que los monstruos malos no me comieran.

—¿Y yo soy un monstruo malo?

El niño lo piensa.

—Eres un monstruo, pero no sepo si eres malo.

—Vale, pero ¿qué es aquí?

El niño se encoge de hombros.

Capítulo 6

Óscar tomó la tetera del interior de la estufa. Cuando su mamá no estaba horneando lomo de cerdo usaba el espacio del horno para guardar cachivaches. La llenó con agua del grifo y la puso en el quemador que tenía la flama más alta. Cómo era de esperar, obviando el desperdicio de gas, la tetera silbó a los tres minutos. Apagó el fuego, abrió el paquete de ramen instantáneo, llenó el vaso de unicel con agua caliente hasta la marca indicada por el mismo vaso, y dejó reposar. Cuatro minutos era el tiempo justo, lo tenía bien comprobado. Se sentó a la mesa, con el vaso de Maruchan frente a él, y se concentró en el reloj de pared.

En eso estaba, con la radio a un volumen moderado y wachawacheando la canción Barbie Girl del grupo Aqua, cuando sonó el timbre del teléfono. Un tono, luego otro, y un tercero. De alguna manera resultaba más insistente que de costumbre. Faltaban minuto y medio para que su ramen quedara listo, en su punto perfecto. Supuso que sería el tiempo suficiente para atender la llamada. Se levantó de la silla, caminó fastidiado arrastrando los pies, y tomó el auricular.

—¿Sí?

Por unos segundos todo fue silencio, salvo por el ligero siseo de la respiración del otro lado de la línea. Hasta que finalmente la otra persona se animó a hablar.

—Dame cinco minutos —dijo ella.

Era la voz de una chica, o eso parecía. Como sea, no le resultaba familiar.

—¿A quién buscas?

—Pues a ti.

—¿A mí? —dijo Óscar incrédulo.

—A ti —confirmó la chica—. Quiero hablar contigo.

—¿Y tú quién eres?

—Dame cinco minutos, ¿sí? Solo eso hace falta para conocernos mejor.

Estiró el cuello para ver el vaso de ramen esperando sobre la mesa.

—Lo siento, pero voy a comer, ¿puedes hablar más tarde?

—¿Qué vas a comer?

—Maruchan.

—¿Maruchan?

—Es que no está mi mamá.

—Ya, eso lo explica todo —dijo la chica y colgó.

Óscar se le quedó viendo al teléfono, desconcertado, hasta que recordó el ramen. Puso la bocina en su lugar y corrió a revisar; la pasta estaba blanda y había absorbido la mayor parte del caldo. La vio decepcionado, odiaba cuando pasaba eso, pero no iba a desperdiciarla. Apagó la radio, agarró el vaso de ramen, un tenedor y se fue al sofá para ver la tele. Pero antes de que dejara caer las posaderas en el asiento, el pájaro chirrió.

El horrible rechinido, similar al engranaje de un reloj mal aceitado, se le clavaba en el cerebro como alfileres a una muñeca vudú. Volvió a dejar el ramen en la mesa y salió al patio con escoba en mano.

—Vete a cantar a otro lado —dijo molesto, como si el pájaro fuera a entenderle.

Alzó la escoba y se puso a golpear al mezquite, hasta que uno de tantos golpes le dio al dichoso pájaro. La avecilla, más corriente que común, cayó al suelo muerta. Al instante extraños cambios se sucedieron en el mundo, uno tras otro, como un puñado de fichas de dominó. Óscar sonrió complacido. El bicharraco ese ya no volvería a molestar a la gente con su canto todo feo.

Volvió adentro para descubrir un ramen todavía más aguado. Todo era culpa de el-pájaro-que-molesta. Hundió el tenedor y levantó la pasta para comprobar que el caldo casi había desaparecido por completo. ¿Su suerte podía ser peor? Iba siendo que sí.

El teléfono sonó de nuevo.

Fue a contestar sin muchas expectativas. Posiblemente fuera la chica rara de hacía un rato. Levantó la bocina y se la llevó a la oreja.

—¿Sí?

—¿Está todo bien? —preguntó su mamá al advertir el tono.

—Se estropeó mi sopa.

—¿De las instantáneas?

—Sí.

—Dicen que esas cosas te duran años en la pansa. No deberías comerla.

Demasiado tarde; Óscar sostenía el teléfono entre hombro y oreja mientras se empleaba de lleno en sorber el ramen más aguado que había comido nunca.

—Ya te la estás tragando, ¿verdad? —dijo su mamá al escuchar tan repulsiva viscosidad. Óscar bufó como toda respuesta.

—Bueno —siguió ella—. Tu abuela está preocupada por tu tío, y quería saber si podías ayudarle a buscarlo.

—¿Es pregunta u orden? —dijo con la boca llena.

—Orden —confirmó ella.

Ambos guardaron silencio…

—¿Te parece normal que tenga que ir a buscar a mi tío?

—Ya sabía que te ibas a poner así…

Otra vez guardaron silencio.

—Hazlo por tu abuela, no te pasa nada si das un vistazo por ahí —insistió.

El tío era el hermano menor de su mamá, el pilón a decir de muchos. Con apenas dos años más que Óscar, es decir, quince, la dinámica tío-sobrino distaba mucho de ser la habitual. Se conocían de vista y nombre, pero no convivían. Normal, considerando sus personalidades dispares. Como sea, la cuestión era que el tío se la pasaba perdido todo el rato, lo que era un eufemismo para decir que era un vago. Se había llegado a ausentar de casa hasta seis meses completos. Al principio la policía se tomó en serio la labor de buscarlo, con todo y mención en la televisión. Pero luego de varias así, en las que resultaba que estaba en casa de cualquier amiguete y no secuestrado, la policía dejó de interesarse en su caso.

—Está bien —dijo Óscar tras terminar de sorber el ramen.

—El otro día lo vi en la plaza, cerca de las maquinitas. Puedes ir a buscarlo ahí. Te lo compensaré, lo prometo.

Su mamá colgó. El pitido del teléfono sin línea le taladraba el oído. Echó el vaso de unicel vacío a la papelera, dejó el tenedor en la mesita —junto al

teléfono— y colocó la bocina en su lugar. ¿Bajo qué circunstancias anduvo su mamá por el área de juegos del centro comercial? Toda esa zona era exclusiva de vagos y viciosos. Él mismo había intentado infiltrarse, cuando era más chico, a ver si se hacía de amigos o por lo menos para pasar el rato, y lo único que consiguió fue perder la asignación de tres meses en juegos imposibles; eso y tocarle el pene pegajoso a un gigantón que le pidió ayuda para sacar una ficha del bolsillo del pantalón, con la excusa de que no podía despegar las manos de los controles. Naturalmente que no volvió al lugar; no estaba echo para esos sitios.

Como sea. Iría a buscar al tío, sí, pero esa no era su prioridad. Antes se encargaría de sus propios asuntos. Básicamente ir con el viejo a comprobar que ya hubiera terminado la dichosa pintura. Y así lo hizo: salió al patio y saltó la cerca.

Como siempre, el viejo estaba ahí. Para ese momento ya daba los últimos retoques al cuadro. Óscar tomó la silla habitual y se sentó a esperar. Una hora después el viejo anunció que había terminado.

—Genial —dijo Óscar.

—Regular —señaló el viejo.

Era un primer plano del rostro del chico, aunque se veía parte de su camiseta. Parecía estar recostado sobre tierra. Se cubría un ojo con la mano derecha mientras el otro ojo mantenía la vista fija en el que contemplaba la obra.

—Es algo así como la otra pintura.

—Similar, más no igual.

—O sea, lo mismo.

En un hábil movimiento, a pesar de la artritis, el viejo lanzó el pincel al aire, y alzando la mano atrapó el pincel del lado de las cerdas para dar un golpe al chico con el mango.

—Cuando esté hablando te callas y escuchas —dijo el viejo, molesto.

—Lo siento —dijo Óscar sobándose la cabeza.

—Como te lo expliqué el otro día, todo lo que pudiera ser de hecho es. Este cuadro, por ejemplo, habla de una cosa que aún no ha pasado, pero que pasará.

—¿Es que puede ver el futuro?

El viejo dio otro golpe al chico con el pincel.

—Que no me interrumpas.

—Perdón.

—El cuadro muestra lo que podría ser. Es decir, no es el futuro per se. Sin embargo, el simple hecho de que exista, ya le da razón de ser.

»Piensa en el mundo como un mecanismo de cuerda. Algo así requiere de alguien que le de cuerda cada día. ¿Pero qué pasaría si dejara de existir ese algo que le da cuerda?

Óscar se encogió de hombros.

—El mundo dejaría de existir —sentenció el viejo—. Así de simple.

—¿Y la pintura qué tiene que ver con eso?

—La pintura no es lo importante, lo importante es el momento capturado en el cuadro.

—¿Y ese momento es?

—El momento en el que todo acaba y te ves obligado a suplicar por tu vida.

—Pues no lo entiendo.

—Claro que no entiendes —gritó el viejo—. La pintura es el último intento por darle cuerda a un mundo destinado a desaparecer. Ahora vete y déjame en paz.

—Oiga, yo no soy el que dice cosas tan extrañas.

El viejo suspiró.

—Mira, hijo. No hay tiempo ya. Debo prepararme, ellos vienen por mí. Pero tú aún tienes una oportunidad. Así que ruega porque tu mundo sea el del primer cuadro y no el del segundo.

Dicho eso el viejo se levantó, entró a su casa y cerró la puerta con seguro.

Óscar contempló el cuadro por un rato más. Le era extraño el verse representado en un lienzo, sobre todo considerando el nivel de detalle.

Claro que le preocupaba la reacción del viejo, debía estar desvariando, por demencia senil, como le pasó al abuelo de parte de su papá. Pero no había nada que él pudiera hacer. Así que se dirigió a la cerca y volvió a su patio.

Después de caer por enésima vez sobre el ya marchito romero, fue directo a dentro de la casa, donde el teléfono sonaba como loco. Le constaba que ese era el timbre habitual, pero de alguna forma se sentía diferente, como con mayor urgencia. Enseguida tomó la bocina.

—Diga.

—Hola —respondió la chica de más temprano—. ¿Ya terminaste de comer tu maruchan? ¿Ya puedes dedicarme cinco minutos? Si me los das prometo no quitarte más tiempo.

—Oye, ¿intentas vender algo o así? Porque soy un niño, no tengo dinero.

—Para nada, yo sólo quiero hablar.

—Pues habla.

—Acabo de salir de la ducha, ¿sabes que estoy vistiendo?

—Ni idea.

—Llevo un vestido azul muy esponjado, una diadema negra, calcetas blancas, zapatitos de charol. ¿Verdad que me veo bonita?

—No lo sé, supongo que sí.

—Estoy tomando el té con mis amigos, una liebre traviesa y un señor que confecciona estrambóticos sombreros. Nos hace falta un lirón, y tu bien podrías serlo.

—¿Cómo, si ni siquiera sé lo que es un lirón?

—Eso no importa, solo bebe tu té. ¿Lo estás haciendo? Toma la pequeña taza con el pulgar y el índice, levanta el meñique y bebe.

—Oye, esto es muy raro, voy a colgar.

—Espera, tienes que probar mi pastelito. Coge el tenedor que está en la mesa y penetra lentamente mi pastelito. Eso es, despacio, siente la textura húmeda. Es especialmente para ti. Ahora usa tu boca. Eso es. Usa la lengua para saborear cada bocado, deshaz el pan con tu lengua, en

pequeños círculos. Siente la crema y la jalea de fresa. Eso es, sigue.

—¿Estás segura de que estamos hablando de pasteles?

—No te detengas, sigue comiendo. ¿A que es dulce? Dime que es lo más dulce que has probado, dime que es lo más delicioso. Vamos, dímelo…

Óscar colgó. No tenía por qué seguir escuchando a esa loca. Habían sido, por mucho, los casi tres minutos más raros de toda su vida. El teléfono volvió a sonar de manera insistente, pero esta vez no contestó. Ya era suficiente de esas llamadas tan raras. Hasta venía siendo mejor el ocuparse en buscar al tío, para olvidarse de todo ese asunto tan extraño.

Se quitó el uniforme de la escuela y se puso ropa más cómoda —una camiseta negra, jeans y tenis—, agarró un poco de dinero y lo echó a la billetera, comprobó que todo estuviera en orden en casa y se fue.

Capítulo 7

La parada de autobuses quedaba a dos cuadras de su casa, relativamente cerca. Hacía el mismo recorrido todos los días, ida y vuelta, para tomar el bus que lo llevaba a la escuela. Por esa razón se conocía el camino muy bien. Sin embargo, llegando a la esquina, donde estaba la casa rosa, se topó con la novedad de que la casa ya no era rosa sino amarilla. La extrañeza fue tanta que tuvo que detenerse. Incluso se talló los ojos con los puños, incrédulo. Pero sus ojos no mentían. Caminó hasta la acera de enfrente y se sentó en el bordillo para ver mejor la casa. Era la misma, con la misma forma, con los mismos adornos, con el mismo portón y los mismos protectores de ventana, incluso con el mismo perro salchicha que parecía estar tan cansado de vivir que hacía años que no ladraba. Pero la casa definitivamente no era rosa. ¿Se había confundido? ¿Será que la casa, en realidad, todo el tiempo fue amarilla?

Pasado un rato, poco más de media hora, llegó una patrulla y se estacionó frente a Óscar, a centímetros de aplastarle los pies con las llantas. Del interior, del lado del copiloto, se asomó un policía con unos lentes tan oscuros que Óscar se vio reflejado por partida doble, tan cerca que podía percibir su aliento a cebolla, pues seguro venía de comerse unos tacos en algún puesto callejero.

—Así que tú eres el delincuente —dijo el policía.

Óscar trató de disimular las náuseas por el aliento.

—No sé de qué habla, señor.

El policía sacó una libretita del bolcillo de su camisa y repasó el informe.

—Tengo el reporte de un delincuente adolescente, así dice aquí —le mostró la libreta donde decía "delincuente adolescente" —, ¿lo ves? Dice que está acosando a una pobre mujer de la tercera edad. ¿Eres tú? El delincuente, no la mujer, obviamente.

—Yo no estoy acosando a nadie.

El policía acomodó sus lentes.

—Dice, y cito: Hay un delincuente adolescente frente a mi casa, tiene ahí un buen rato. No deja de ver hacia acá. Creo que busca la forma de entrar. Vivo sola y tengo mucho miedo. Se ve amenazante y creo que está armado.

—Pues yo no soy —dijo Óscar, sintiéndose algo ofendido.

El policía inclinó la cabeza y bajó un poco los lentes para ver mejor al niño. Sus ojos cafés brillaban como cristales por la luz del sol, y de alguna forma, a Óscar le pareció amenazante.

—Lo digo en serio, yo no soy —insistió Óscar.

El policía volteo a ver a su compañera, quien conducía la patrulla, como preguntando algo. La mujer policía respondió con el mismo código silencioso. Luego se volvió a donde Óscar.

—Eres el único aquí —señaló, literalmente lo señaló con la libreta de forma acusadora—. ¿Si busco encontraré un arma?

Óscar hizo un repaso mental de su inventario. No recordaba cargar nada parecido a un arma. Se sintió tentado a comprobar en sus bolcillos, pero desistió, seguro que se vería sospechoso.

—No tengo ningún arma —dijo con toda la seguridad de la que era capaz—, puede checar, si quiere.

Hizo amago de levantarse, pero el policía lo detuvo.

—Eh, eh, eh. Para tu tren. Nada de arrebatos conmigo.

Óscar volvió a dejarse caer de sentón en la acera.

—Yo vivo por esta calle —replicó—. Más allá está mi casa. ¿Está mal si me siento en la banqueta de mi propia calle?

El policía se tomó un momento para pensarlo. Nuevamente consultó a su compañera, quien se limitó a encogerse de hombros.

—Pues en principio no —reconoció—. Pero tienes que admitir que es raro que te sientes aquí, frente a una casa que no es la tuya, a ver tan fijamente una casa que tampoco es tuya. ¿Sí me explico?

Óscar asintió.

—La verdad es que no tienes la cara de delincuente —siguió el policía—. Además, ¿qué edad tienes, ocho?

—Tengo trece, señor.

—Sí, bueno. Que sea la última vez que una dulce ancianita me llama porque la estás acosando. A la otra que quieras ver algo tan fijamente, vete al parque a ver un árbol o algo así; o quédate en casa a ver la tele.

¿Entendido?

—Sí, señor.

—Ahora vete, que me molestas.

Óscar se levantó despacio, cuidando no hacer movimientos bruscos, y siguió su camino rumbo a la parada del bus. El policía lo siguió con la mirada en todo momento, con la mandíbula tensa, como vigilando que no hubiera nada raro. Y no fue sino hasta que Óscar estuvo a una distancia considerable que la patrulla siguió su camino.

Era una completa locura, se viera por donde se viera. Jamás lo habían humillado de una forma tan gratuita. Humillado sí, todo el tiempo, pero no por algo tan bobo. Le constaba que no se veía para nada amenazante, y seguro que el policía lo había notado, ahora mismo debía estarse burlando con su compañera, a saber, lo que iban a contar cuando llegaran a la delegación.

Pero eso no era lo importante. Lo que realmente le preocupaba era el asunto de la casa. Por un momento pensó que estaba haciendo una tormenta en un vaso con agua, así como decía su papá. Es decir, pudieron haber pintado la casa de amarillo sin que él se diera cuenta. Era perfectamente razonable, no iban a pedirle permiso a él para cambiar el color de la casa. Pero no, la situación era más compleja que eso, empezando por el hecho de que pintar una casa de ese tamaño se llevaba, mínimo, unos dos días de trabajo. Como sea, luego de mirar más a fondo se dio cuenta de que la pintura amarilla distaba mucho de ser nueva. Esa mañana al ir a la escuela, la casa era rosa. Al volver no recuerda haberla visto, pero seguro que era rosa. Ahora en cambio, la pintura seguía igual de vieja, con las mismas imperfecciones, salvo por el pequeño detalle de que el color era distinto.

Llegó a la parada del bus y se sentó a esperar. La cabeza empezaba a dolerle, ya no de tanto pensar en el asunto del color de la casa sino por el fuerte sol; a ver si no pescaba una insolación. Al menos acá estaba a la sombra. En días así prefería quedarse en casa viendo la tele, tomando algo frío y con el ventilador al máximo y directo al rostro. Pero dio su palabra, su mamá esperaba que fuera en busca de su tío, por ridículo que pareciera.

Por no dejarlo volteó hacía atrás; la casa rosa seguía siendo amarilla.

Una gota de sudor se desprendió de su cabello y recorrió toda su espalda, hasta la rabadilla. Un violento escalofrío le hizo convulsionar. Enseguida volteó a ambos lados, avergonzado, para confirmar que nadie lo hubiera visto. ¿Pero quién lo iba a ver sacudirse como un perro mojado? A esa hora entre semana, con ese sol y ese calor, la mayoría de gente estaba en

sus casas, con ventiladores o aires acondicionados a tope. Y los pocos que andaban en las calles, caminaban tan aprisa que no tenían tiempo de prestar atención a lo que ocurría alrededor. Usó el dedo índice para quitar el exceso de sudor de la frente y sacudió la mano para dejar caer todo al suelo.

—Cuidado —dijo ella, o más bien balbuceó.

Resultaba desagradable la prótesis dental que se aferraba a duras penas a sus encías. Le hacían producir tanta saliva que escupía al hablar, cuando no estaba directamente sorbiendo el exceso y tragándolo. Bajo esa premisa, el aventarle un chorro de sudor a su carrito no parecía tan malo.

—¿Disculpe? —dijo Óscar, tratando de no ver la boca de la señora.

La mujer se detuvo a inspeccionar que su carga estuviera en orden, como si algo de transpiración fuera a provocar algún daño a las latas de aluminio. Cuando estuvo conforme con la revisión, aprovechó para hurgar en el contenedor cercano. Encontró dos buenos ejemplares, una lata de Coca-Cola y otra más de Fanta.

—Tú ves, ¿verdad? —dijo tras volver a su carrito para seguir empujando.

Óscar no supo cómo reaccionar. Era la primera vez que una persona así se le acercaba y le dirigía la palabra. Era obvio que la mujer dormía en la calle, y a leguas se veía que le hacía falta un baño, pero no quería ser descortés.

—¿Qué pasa, te ha comido la lengua el gato?

Óscar sonrió, más bien de forma incómoda.

—Es que no sé qué quiere decir, señora.

La mujer chasqueó la lengua en un gesto que pretendía ser condescendiente, aunque solo consiguió escupir un montón de saliva sobre sus latas; claro que esta no se iba a poner a examinarla, después de todo era su saliva, no transpiración ajena.

—Digo que tú ves, muchacho. Te das cuenta de que estamos en un lugar distinto, en otro mundo. Tú lo sabes.

Dicho eso la mujer siguió empujando su carrito. Óscar retrajo los pies para dejarla pasar. La mujer estaba loca, era un hecho, y, sin embargo, sus palabras habían calado profundo en la mente de Óscar. ¿Otro mundo, darse cuenta, ver? Loca o súper loca, la mujer sabía cosas.

—Oiga, espere —dijo Óscar.

La mujer ya había avanzado un buen tramo. Volteó a ver al chico, y por un momento consideró el seguir su camino; pero sintió lástima, después de todo era sensible, así que se detuvo y aguardó a que el niño se acercara.

—¿Qué significa eso? —quiso saber Óscar—. Lo que dijo acerca de ver, ¿qué significa?

La mujer entornó los ojos, suspicaz.

—¿Qué tanto sabes?

Óscar lo pensó.

—Nada.

—¿Nada? —dijo la mujer incrédula—. Uno no puede ver si no sabe nada.

Óscar lo pensó de nuevo.

—El agua —dijo finalmente.

—¿El agua? —repitió la mujer.

—Las pinturas.

—¿Las pinturas?

—El color de la casa.

La mujer gruñó.

—Ve al grano, niño.

Óscar se paró derecho, respiró profundo y trató de reorganizar sus ideas. Fue acomodando uno a uno los hechos, en un listado mental, ordenándolos según su relevancia. Eso le ayudaba en la escuela, también le ayudaría aquí. Así podría expresarse con claridad. La mujer, por su parte, aguardó paciente.

—Hay tantos mundos como posibilidades. En este mundo, por ejemplo, la casa de la esquina es amarilla, no rosa.

La mujer asintió pensativa.

—Tenías razón, muchacho —dijo—, no sabes nada.

—Pero es verdad —señaló Óscar—. Lo puede ver, la casa de la esquina era rosa y ahora es…

No pudo terminar la frase, incluso retrajo el dedo para dejar de señalar.

—¿Dices la casa rosa de la esquina?

—Pero no era rosa, lo juro.

—¿No era rosa?

Óscar se rascó la cabeza.

—Bueno, si era rosa, siempre lo ha sido. Pero hace un momento era amarilla.

—Pues yo la veo rosa —insistió la mujer.

Óscar bajó la mirada, confundido.

—Olvídelo.

La mujer lanzó una carcajada, tan fuerte que empezó a ahogarse con su propia saliva, lo que le hizo toser de forma violenta. Luego de un rato se serenó.

—Niño, tu problema se llama daltonismo —dijo, con la voz ronca por lo lastimado de la garganta.

—¿Entonces qué significa lo que dijo?

La mujer tosió un poco más, tratando de aclarar la garganta.

—No significa nada. Mírame, soy una mujer loca de la calle, ¿no?

Óscar no respondió a eso, aunque vaya si lo pensaba.

—Me tengo que ir —siguió la mujer—. Cuídate.

Óscar asintió.

—Lo digo en serio —insistió la mujer—. Cuídate mucho.

Por no dejar, corrió de vuelta a donde la casa, dejando a la mujer que siguiera su camino. Conforme se acercaba, quedaba patente que en efecto era rosa, y no amarilla como había creído hacía un rato. ¿Se habrá

confundido? ¿Fue una alucinación? ¿Tal vez un efecto por la luz del sol? Como sea, el asunto estaba zanjado. Decidió dejarlo pasar y volver a la parada del bus. Después de todo no quería problemas con la policía; le constaba que seguían ahí, dando vueltas por la colonia.

Se sentó en la banca a esperar. ¿Cuánto más se iba a tardar el dichoso bus? Por eso no le gustaba salir a esa hora. Hasta el tráfico estaba muerto, con uno que otro carro pasando ocasionalmente.

Capítulo 8

A ojos de Óscar el centro comercial era un lugar extraño, empezando por el hecho de que no lo frecuentaba. Normal, considerando el tipo de gente que te podías topar ahí. Además de los compradores puntuales que asistían a cumplir una diligencia —esos que solían llegar a hacerse con lo que necesitaban para después retirarse—, estaban aquellos que hacían su vida en el edificio —al que no necesariamente acudían a comprar—. Los chicos de los arcades eran un ejemplo de estos últimos. Estaban ahí la mayor parte del día, aunque no tuvieran suficientes fichas.

Lo primero que sintió nomás atravesar las puertas automáticas, fue lo fresco del ambiente. Alzó la vista para ver los ductos del aire acondicionado. Resoplaban con furia intentando disipar el calor. Pensó, sin que por ello cambiaran ni un poquito los prejuicios que tenía sobre la gente que vivía en el centro comercial, que eso podía explicar un poco el fenómeno. De estar acá comiendo un helado a estar en una casa que era más sauna que casa, mejor acá, de lejos.

Fue sorteando a la gente. ¿Por qué había tanta? No podía ser solo por el aire acondicionado. Cierto que tenía tiempo sin pararse en el edificio, unos dos años, pero el cambio era radical. Casi todos los locales estaban abiertos, llenos de chucherías para vender. En uno donde ofrecían productos deportivos, por ejemplo, tenían un cesto lleno de balones como el que le compró su mamá. Un balón genérico y barato, nada que ver con los otros que exhibían en vitrinas de vidrio y en su empaque individual; principalmente balones de futbol y basquetbol. Claro que, de entre todo, lo que en verdad llamó su atención fueron los tenis Jordan del 98. El diseño era alucinante. Lástima que nunca en la vida tendría unos así. Miró hacía abajo y vio sus tenis, sosos, viejos y gastados. Seguro que los habían sacado de un cesto de zapatos genéricos, como al balón. Prefirió dejar de torturarse y siguió con su camino.

Más adelante, en grande y con vistosas marquesinas, estaba una tienda de computadoras. Nomás verlo, el vendedor se le acercó para hablarle de los últimos modelos, de cómo podría hacer sus tareas fácilmente e incluso conectarse a internet, sea lo que sea eso. Tuvo que huir a paso veloz, casi corriendo, para que el vendedor dejara de acosarlo. Como si él fuera el que tomara las decisiones. Su papá por nada en el mundo gastaría tanto dinero en una de esas cosas. Si no le compró una consola de videojuegos, que además estaba de oferta a mitad de precio porque ya había salido una nueva, mucho menos le iba a comprar la computadora más reciente y cara.

Las tiendas de ropa le resultaron indiferentes, y es que al parecer solo vendían prendas para mujer. Lo mismo las tiendas de productos naturistas, ni siquiera tenía una idea clara de qué era lo que se suponía

vendían ahí. En fin, pasó por una sucesión de negocios con cosas que no terminaban de interesarle o llamar su atención. Con excepción, claro, de algunos puestos de comida.

La zona de juegos quedaba entre el área de comidas y el cine. Destacaban el boliche y los arcades, pero eran estos últimos los que acaparaban toda la atención. Ahora más que nuca, constató Óscar. Era lo primero que veías tan pronto girabas en la esquina.

Frente a los arcades estaba el puesto donde te vendían las fichas, lugar en el que además te vendían toda clase de botanas. Era como si no quisieran que abandonaras el sitio. Te brindaban entretenimiento y comida, incluso baños por si se presentaba la urgencia. Hacía dos años, en su momento, ni le prestó atención a ese detalle. Pero ahora, sí que le parecía curioso. Como sea, curioso o no, estaba genial. De pronto tenía ganas de jugar, se lo merecía. Después de todo, si ya se había tomado la molestia de ir hasta allá, ¿por qué no divertirse un rato? Tal vez así conseguiría olvidarse del asunto de la casa rosa.

Se acercó al puesto de botanas y se paró frente al mostrador para ver los carteles. Con tantas opciones resultaba difícil decidirse. Si bien aplacó el hambre con la sopa maruchan de hacía un rato, ya a estas alturas había terminado de digerirla. El estómago protestaba por más comida. Tal vez la rebanada de pizza, o, ¿por qué no?, una hamburguesa, tenía siglos sin comer una. Claro que primero debía hacer cuentas, no era como que cargara mucho dinero.

—¿Vas a pedir algo o te quedarás ahí con la boca abierta todo el día? —dijo la chica que atendía.

Se veía de unos veintitantos. Llevaba el cabello corto, a los hombros; tan lacio que parecía peluca. Vestía el uniforme del Kronky: blusa azul y jeans negros, además de una cofia a modo de sombrero que parecía más un accesorio de moda que un aditamento de higiene.

—Perdón, es que no me decido.

La chica se recargó en la mesa del mostrador para quedar a la altura de Óscar. Su cabello resbaló, enmarcando su rostro cual cortinas negras. Si no era peluca seguro que usaba mucho acondicionador.

—¿Como qué se te antoja?

Ya se podía tragar sus palabras don Vicencio, con su loca teoría de qué Óscar quería atención. Ahora mismo estaba recibiendo toda la atención de la dependienta, con su nariz a escasos centímetros de la suya, y no se sentía nada cómodo. Pasó la lengua por los labios, de forma disimulada, para humedecerlos. Pasó saliva y respiró lentamente para no hacer ruido,

hasta llenar los pulmones y vaciarlos otra vez. No quería, por nada en el mundo, tartamudear, o balbucir, o escupir al hablar.

—Quizá un hot dog —dijo al fin.

Habló de forma correcta y con suficiente claridad. Se sentía genial no hacer el ridículo, para variar. Además, un hot dog estaba bien, le gustaba y era lo más barato de la lista, se ajustaba a su presupuesto.

La chica sonrió divertida. Óscar no tenía idea de cómo reaccionar a eso, así que también sonrió.

—No vienes muy seguido, ¿verdad?

Óscar negó con la cabeza.

—Ya decía yo —siguió la chica—. ¿Eres nuevo en la ciudad? Aquí como me ves, conozco, al menos de vista, a todos los chicos que frecuentan el Kronky. Y a ti no te había visto antes.

Óscar tampoco la había visto a ella, así que supuso que la habían contratado recientemente, o en algún momento entre esos dos años en que no vino.

—¿A todos los chicos, dices?

—Y chicas, muchas de ellas también vienen a jugar.

Tenía sentido. Cualquiera que viniera al Kronky obligadamente debía comprar fichas para jugar, y eso incluía a su tío.

—Entonces, tal vez puedas ayudarme —dijo Óscar en seguida—. Estoy buscando a mi tío, y hasta donde sé, viene seguido.

—¿Tu tío? —dijo la chica con suspicacia—. No será de esos pervertidos a los que les gusta estar rodeado de niños, ¿o sí?

Óscar se rascó la cabeza pensando en eso. No terminaba de entender la pregunta. Cualquiera de los chicos del Kronky estaba rodeado de niños, ¿pero eso los hacía pervertidos? ¿de qué forma? A lo mejor, tanto la chica como él, tenían nociones muy distintas de lo que significaba ser pervertido.

—No. Es decir, no lo sé, no lo creo.

—Tal vez te confundes, los grandes prefieren el boliche. Ahí también hay algunos arcades, mesas de pinball y billar. Además de cerveza y mejor

comida.

Por supuesto, cuando la chica escuchó tío, pensó en alguien mayor. Era culpa de Óscar por no dejarlo claro desde un principio.

— Mi tío no es tan grande. Es solo dos años mayor que yo.

—¿O sea?

—Tiene quince.

—¿Quince? —dijo la chica sorprendida.

Óscar sonrió nervioso.

—Es complicado.

—Pues dime cómo se llama y te diré si lo he visto.

—Bueno, él se llama Alexander de la Renta.

—¡Alexander de la Renta! —repitió ella entre risas y se enderezó—. Un nombre muy sofisticado para un vago, ¿no crees? —y repitió para sí misma con voz pomposa, incluso alzando el mentón — ¡Alexander de la Renta!

—Creo que le dicen Bicho, o algo así —señaló Óscar.

La chica dejó de reír.

—¡No! —dijo sorprendida—. ¿Entonces tu eres el sobrino de Bicho?

—Sí —dijo Óscar, sintiéndose muy apenado.

—¿Y Bicho se llama Alexander de la Renta?

Óscar se rascó la cabeza.

—Pues así le pusieron.

La chica volvió a reír, esta vez a carcajada abierta.

—Perdón, es que, con esa cara que tiene… el nombre no le pega nada.

Óscar esperó a que la chica se serenara, incómodo por descontado.

—¿Entonces, lo has visto? —insistió, ya que la chica estaba más tranquila.

—Sí, ahora mismo está en el Kronky, jugando, como cada día desde que lo conozco.

—Ah.

—Oye —dijo la chica con una expresión traviesa en el rostro—. ¿Entonces tú eres Óscar de la Renta?

—Yo soy Hernández —aclaró en seguida, sin entender la ironía en la pregunta—. Él es mi tío por parte de mi mamá. Además, es hijo del segundo matrimonio de mi abuela, así que solo es medio hermano de mi mamá.

—Pero eso no lo hace medio tío.

—Pues no, supongo.

—Parece una situación familiar muy complicada.

La chica se puso guantes y se ocupó en preparar un hot dog con todo, también sirvió un vaso de Pepsi, al que, en un descuido de Óscar, dejó caer una píldora que no tardó en disolverse, luego se lo entregó.

—La casa invita —dijo con una gran sonrisa.

—¿Es en serio? —preguntó Óscar sorprendido.

—Claro. Pero solo porque eres el sobrino de Bicho.

—¿Es gratis? —quiso confirmar.

—Sí. Pero sólo esta vez, no te acostumbres.

—Gracias… —titubeó.

—Alicia —dijo ella.

—Gracias, Alicia.

Emocionado agarró todo, y a punto estuvo de darle un sorbo a la Pepsi, cuando una duda terminó de aterrizar en su cabeza.

—Un momento, ¿cómo sabías mi nombre?

—¿Tu nombre? —dijo la chica mientras se quitaba los guantes.

—Sí, ¿cómo supiste que me llamaba Óscar?

—Tú me lo dijiste —señaló ella, extrañada.

Óscar frunció el ceño, confundido.

—No lo recuerdo.

—Sí, cuando te pregunté si eras nuevo en la ciudad, te presentaste y me dijiste que te llamabas Óscar. Luego me preguntaste por Bicho y así descubrí que en realidad se llama Alexander de la Renta.

Intentó hacer memoria. ¿Se había presentado por nombre? Era lo más seguro ¿de qué otra forma la chica lo sabría? Decidió que sí lo dijo, lo que pasaba es que era muy despistado.

—Ah pues sí, ¿verdad? —luego le dio un profundo trago a la Pepsi.

—Bueno, y ¿vas a querer fichas para jugar?

Óscar asintió.

—¿Y esas también son gratis? —dijo ilusionado—. Soy el sobrino de Bicho, ¿sabes?

Alicia rio a carcajadas, incluso se agarraba el vientre por el dolor. Óscar también rio, aunque más bien nervioso, básicamente para no desentonar, ahí todo serio.

—No —dijo Alicia cortando la risa de tajo—. Son cuatro fichas por peso.

Se borró la sonrisa del rostro de Óscar. Puso el hot dog y la Pepsi en el mostrador, luego hurgó en su bolcillo en busca de dinero.

—Pues dame cinco pesos de fichas, entonces.

—Uy, que derrochador —Alicia tomó el dinero, luego entregó las fichas a Óscar en una bolsita de plástico—. Ven cuando quieras más.

Óscar tomó las cosas del mostrador y le dio un gran mordisco al hot dog.

—Sí, vendré —dijo con la boca llena.

—Aquí estaré —aseguró Alicia.

—Cuando me las termine —concluyó, y levantó la bolsa de fichas, junto con el vaso de Pepsi, mientras caminaba en dirección al Kronky.

—Okidoki, sobrino.

Se acabó el hot dog y el refresco antes de entrar, luego echó la basura en el contenedor. A falta de servilletas usó las perneras de su pantalón para limpiarse las manos. Volteó para ver a Alicia antes de entrar, y para decirle adiós con la mano, pero la chica ya hablaba con una niña flacucha de largas coletas rubias. Igual se inclinaba en la mesa del mostrador para quedar a la altura de la niña, con su nariz a centímetros de la de ella. Debía hacer lo mismo con todos. Eso le deprimió un poco, porque significaba que no era tan especial como había creído. Pero al menos había conseguido comida gratis, y eso ya era algo.

Capítulo 9

Hugo se incorpora al escuchar los pasos. Sabe que el grandote tarda medio minuto en recorrer el largo pasillo y medio minuto más en abrir la puerta. Para ese momento ya debe estar listo. Las primeras veces, cuando lo encontraron durmiendo o descansando, el grandote no se anduvo con rodeos. Lo alzó como a un montón de ropa sucia y lo arrojó al suelo. Por eso mejor espera de pie.

—Es hora del baño —dice el grandote al abrir la puerta.

Hugo asiente y se acerca. El grandote mira hacia abajo, al rostro de Hugo, y sonríe mostrando una hilera de dientes disparejos y amarillentos.

—Bueno, grandote, para que pueda pasar tienes que hacerte a un ladito, ¿sabes? No cabemos ambos por la puerta.

El grandote deja de sonreír y frunce el ceño, como pensando. Hugo espera paciente. Desde la primera vez que lo vio supo que algo no andaba bien con él. Es medio tonto, por no decir tonto completo. Eso sin mencionar que no ayuda en nada a su imagen los ojos viscos o el descomunal tamaño de su cuerpo, porque no solo es alto y de espalda ancha, además tiene una prominente barriga y sus brazos y piernas son tan gruesos como troncos. Y no, no es que Hugo solo juzgue por la apariencia, pero vaya si hay apariencias que encajan tan bien con la persona que representan.

—Pajarito no es amable con Buldócer. Pajarito es condescendiente.

Hugo chasquea la lengua.

—¿Palabra nueva?

El grandote entorna los ojos.

—Pajarito ahora es sarcástico.

Hugo mira hacia abajo, luego sonríe. Ciertamente tiene sus complicaciones hablar con el grandote. Se rasca la nuca, después levanta la mirada dibujando una gran sonrisa, con tanto tiempo libre sí que se ha esmerado en su limpieza bucal, después de todo no hay otra cosa que hacer.

—Buldócer, amigo —dice, y da un pequeño golpecito en el inmenso pecho del grandote con el dorso de la mano derecha—, te puedo llamar amigo, ¿verdad? —aprovecha para acomodarle la camisa y deshacer unas cuantas arrugas en la tela—. Tú sabes que yo te aprecio, y que jamás haría o diría

nada para molestarte.

El grandote resopla, molesto.

—Pajarito no es honesto con Buldócer. No es amigo de verdad. Pajarito solo busca intereses de Pajarito.

Hugo cruza los brazos y adopta una expresión de sorpresa e incredulidad.

—¿Eso piensas de mí?

El grandote asiente.

—Por favor, Buldócer —sigue Hugo y extiende los brazos a los costados—. Me conoces bien, no puedo ocultarte nada. Me conoces tan bien que incluso sabes que tengo un lunar en la nalga derecha —gira la cadera para mostrar la nalga en cuestión y señalarla con el dedo—. ¡Me vigilas mientras me baño! Eso debe significar algo, ¿no? —vuelve a cruzar los brazos—. Ya no somos simples conocidos.

El grandote desvía la mirada al techo, como recordando, luego se ríe divertido, incluso aplaude.

—Pajarito tiene un pajarito muy chiquito.

Hugo pone los brazos en jarras.

—Eso si fue muy poco amable. ¿Pero sabes qué? Yo no me ofendo, porque sé que eres mi amigo y que tu intención no era ofenderme.

El grandote se cruza de brazos y vuelve a fruncir el ceño, pensando.

—Pajarito es hábil con las palabras, pero Buldócer es más hábil con la retórica. Por eso Buldócer no se deja engañar por Pajarito.

—¿Sabes, Buldócer? De entre nosotros dos, el único condescendiente aquí eres tú, no yo. Si tanto te gusta pensar, piensa en eso.

El grandote se hace a un lado para dejar pasar a Hugo. Siguen el pasillo hasta el lugar donde están las regaderas. Hugo no puede evitar voltear a ver las otras puertas, todas ellas cerradas, desde luego. ¿Habrá más gente secuestrada? Tal vez. Lo que le molesta, sin embargo, no es tanto el estar atrapado en contra de su voluntad —entre esto y morir aplastado por un tren, el secuestro es más interesante—. Lo que le molesta es, primeramente, haber caído en un engaño tan tonto y seguir a la chica hasta esa extraña calle. En parte fue culpa de las hormonas, pensó que la chica gustaba de él y que harían, bueno, cosas sucias. Por otro lado, lo que le saca de juicio es que no le digan nada. En todo el tiempo en que ha

estado ahí, solo ha visto al niño y al grandote, y ninguno de los dos tiene la facultad de contarle algo interesante o darle alguna pista. Más de dos meses según sus cálculos, tiempo que ha tenido oportunidad de barajar un montón de hipótesis disparatadas. Quizá lo quieran como esclavo, como juguete sexual o como bolsa de órganos de repuesto. A lo mejor se trata de una abducción alienígena, o está encerrado en instalaciones secretas del gobierno donde hacen experimentos ilegales, o puede que solo sea el juguete de algún millonario pervertido que lo vigila día y noche por circuito cerrado. Como sea, ya está al límite. No cree poder soportar más tiempo así.

—Pajarito no debe seguir por el pasillo, debe entrar a las duchas.

Hugo se detiene. Ya una vez intentó correr, cuando aún tenía fuerzas para pelear, y el grandote lo alcanzó sin problema antes de que llegara al final del pasillo, donde dobla a la derecha. Ahora que está débil por la falta de comida menos probabilidad tiene de huir.

—¿Qué hay más allá, grandote?

El grandote resopla molesto.

—Buldócer no se llama grandote. Pajarito es poco amable también.

Hugo sonríe.

—¿Poco amable, dices? Si te digo grandote es un cumplido, significa que eres fuerte e imponente. Tú en cambio te burlaste de mí diciendo que la tenía chiquita; que de ya te digo que tiene un saludable tamaño promedio, quizá un poco más grande del promedio; pero mira que no pienso discutir eso contigo.

El grandote pone los ojos en blanco, como fastidiado, y abre la puerta para dejar pasar a Hugo, atravesando su enorme cuerpo como muralla para que no intente huir por el pasillo.

—Más allá hay cosas que no incumben a Pajarito. Ahora es momento del baño.

Hugo entra al lugar donde están las regaderas. Parecen las duchas de un gimnasio o de una escuela. Todo está tan limpio —de hecho, extraordinariamente limpio, blanco y reluciente—, por eso piensa que se trata de instalaciones del gobierno. A lo mejor y ya está en el experimento y él apenas se entera.

—Ya estoy aquí, pervertidos —grita, sin saber muy bien a donde debe

voltear.

Desabotona la camisa gris y se la quita, lo mismo se quita los mocasines, la camiseta interior blanca, los pantalones grises, los calcetines y por último los calzoncillos.

—Es lo que quieren ver, ¿no? Que les aproveche.

El grandote empuja a Hugo para que se apresure a las duchas; este último avanza cinco largos pasos antes de recuperar el equilibrio.

—Pajarito está desorientado. Grita a amigos imaginarios después, en tu habitación.

Hugo voltea molesto, ya no intenta cubrirse como las primeras veces, ya está más allá de eso.

—¿Habitación, Buldócer? Celda, dirás. Además, no son amigos imaginarios. Seguro que me vigilan en todo momento, incluso aquí; o, mejor dicho, sobre todo aquí. Ni siquiera me hecho chaquetas nomás para no darles el gusto.

El grandote ríe divertido, a carcajadas, hasta se agarra el enorme vientre por el dolor.

—Pajarito tonto. Nadie vigila a Pajarito porque Pajarito debe ser ignorado. Por eso Buldócer trae a Pajarito a bañarse, porque a Buldócer no le importa Pajarito.

Hugo inclina la cabeza a un lado y entorna los ojos.

—¿Qué dijiste?

El grandote se lleva las manazas a la boca, sorprendido y apenado, consciente de que se le ha escapado algo importante.

—Pajarito no debe hacer caso a Buldócer —dice tras sus manazas, apenas se le entiende—. Buldócer es tonto y no se entera de nada.

Hugo se acerca alzando el dedo índice, como una mamá regañona.

—No, Buldócer, tú dijiste algo. ¿Qué significa eso de que nadie me ve porque debo ser ignorado?

El grandote de inmediato recobra la compostura y se planta con firmeza, inclusive hace crujir los nudillos.

—Pajarito pierde mucho tiempo en cosas sin importancias. Si Pajarito no se baña Buldócer tendrá que bañar a Pajarito con sus propias manos, y eso no gustará a Pajarito.

Hugo pone los brazos en jarras.

—¿Me estás amenazando?

El grandote cruza los brazos.

—Pajarito puede tomar las palabras de Buldócer como mejor le parezca.

Hugo da media vuelta y se aleja un par de pasos.

—Eres mala bestia, Buldócer, ¿lo sabías? No me extrañaría que no tengas amigos con esa actitud. Y yo que pensé que éramos buenos amigos.

El grandote hace un puchero, aunque eso Hugo no lo ve. Por un momento piensa en replicar, y a punto está de hacerlo, pero al final no dice nada. No se explica cómo una criaturilla tan insignificante, como lo es Pajarito, fue capaz de lastimarlo de esa forma. Él es Buldócer, a él nada lo lastima.

—Mejor vete para allá —sigue Hugo—. Al menos déjame estar solo mientras me ducho. De todos modos, no hay otra salida, no voy a ir a ningún lado.

El grandote da media vuelta, se dirige a una de las bancas de madera junto a las gavetas, la que está más cerca a la puerta, y se echa pesadamente.

En cuanto a Hugo, va a la regadera más cercana, deja correr el agua y se pone debajo. Tiene cinco minutos, tiempo más que suficiente para restregarse el cuerpo y lavar el cabello. Hace cada cosa en automático, después de todo ya es una rutina. Lo que ocupa su mente son las palabras del grandote. Nadie lo vigila, nadie lo ve, porque nadie debe hacerlo. Eso dijo más o menos. ¿Pero qué significa? ¿Tiene algo que ver con lo que dijo el niño el otro día, eso de que lo tenían encerrado porque era un monstruo?

Hugo vuelve al área de vestidores, escurriendo. Sabe que no resbalará, el recubrimiento del suelo tiene antiderrapante; de hecho, son piezas costosas, se lo escuchó decir a su papá la vez que diseñó la casa de uno de esos odiosos ricos. A lo mejor y sí es el juguete de algún millonario pervertido. Como sea, el grandote ya lo espera con una toalla limpia.

—Para pajarito —dice con timidez, luego se acerca y lo rodea con la toalla

e intenta secarlo con torpeza.

—Yo puedo solo —dice Hugo apartando las manazas del grandote—. No soy un bebé.

—¿Buldócer es mala bestia? —baja la mirada, apenado—. ¿Por eso los otros no juegan con Buldócer?

Hugo se termina de secar y se acerca a la banca de madera donde está el cambio de ropa: Calzoncillos, calcetines, camiseta interior, pantalones y camisa. Todo limpio, todo blanco y gris, todo monótono y aburrido.

—El comentario te afectó, ¿eh?

Se pone los calzoncillos y la camiseta, luego se sienta para ponerse los calcetines.

—Hay gente mala, Buldócer. Gente que te secuestra y te encierra, gente que te oculta cosas, gente que no quiere jugar contigo.

Se pone el pantalón y la camisa —con esta última se toma su tiempo para abrochar cada botón, eso aumenta el dramatismo—, luego se calza los mocasines.

—La cosa es —hace una pausa exageradamente larga; muy, muy larga— que lo que haces es de gente mala.

El grandote se contrista —esta vez Hugo sí que lo nota—, pero enseguida vuelve a adoptar una expresión dura.

—Pajarito engaña a Buldócer.

Hugo intenta acomodarse el cabello. Para esas alturas ya lo lleva largo; al menos más largo de lo que acostumbra. Le sorprende ver su imagen en el espejo: el rostro afilado y con las mejillas hundidas, el cabello decolorado solo de las puntas —obviamente porque ya está más largo—, la piel nuevamente morena luego de tanto tiempo para renovarse.

—¿Qué gano con engañarte? —dice mientras examina las ojeras—. Me tienen encerrado, apenas me dan comida, no tengo donde hacer ejercicio y ni siquiera me dan algo con qué entretenerme. ¿Crees que me interesa engañarte? Al contrario. Cada día espero emocionado el momento de que vengas, para conversar con alguien. Pero eso ya lo sabes. Y no solo lo sabes, sino que te causa gracia, por eso te ríes de mí. Y eso es muy cruel.

—Buldócer no se ríe de Pajarito.

—Sí, Buldócer; sí lo haces. A lo mejor es porque tú no sabes lo que se siente que se rían de ti. Eres grande y fuerte. Yo en cambio me veo todo flaco y enfermo.

El grandote se queda sin palabras —le vienen tantas cosas a la mente—, pero luego recuerda cuál es su tarea —y cuál fue la advertencia—, así que se acerca a Hugo y lo alza. Se lo carga al hombro como un costal de patatas y se lo lleva de vuelta a la habitación. Abre la puerta, molesto, y lo arroja al interior.

—Pajarito es hábil con las palabras, pero Buldócer es más hábil con la retórica. Por eso Buldócer no se deja engañar por Pajarito.

Dicho eso, cierra la puerta y se va.

Capítulo 10

El Kronky era un mundo en sí mismo; un lugar al que solo los chicos más osados tenían acceso. Si alguien ajeno veía a su interior, seguro se encontraría con un sitio ruidoso, lleno de máquinas de juego y adolescentes pestilentes, sin más atractivo que un buen rato jugando. Y así pasaba a veces. Era común que ajenos al Kronky —principalmente chicos bien— llegaban atraídos por las luces estroboscópicas. Entraban, tonteaban un rato, y luego se iban para no volver. Pero para aquellos pocos elegidos, para los naturales del Kronky, el lugar era un ecosistema complejo, una selva en la que los fuertes destacaban y los débiles encontraban cobijo, así fuera en lo más bajo de la cadena alimenticia; pero un lugar al fin, un mundo que habitar, un mundo que los aceptaba tal y como eran, que aceptaba su naturaleza.

Entrar al Kronky era toda una experiencia visual. Cada cosa cambiaba de color, lo que daba la sensación de estar ingresando a un mundo diferente. Nomás notarlo a Óscar le pareció alucinante. Su piel, antaño morena, lucia roja, su camiseta negra ahora era de una suerte de azul marino, sus jeans azules parecían cafés, y así cada cosa. No recordaba eso de su última visita hacía dos años, así que era algo nuevo. Como sea, le gustaba. Y achacó la extraña sensación que recorría su cuerpo a la impresión, ya que de pronto se sentía más desinhibido, y hasta risueño. Era como un cosquilleo que le recorría el cuerpo de los pies a la cabeza, y que le hacía sentir que podía hacer cualquier cosa.

—Hola nenas —dijo.

Hablaba a un par de chicas que jugaban Ms. Pac-Man cerca de la entrada. Ambas pusieron cara de fastidio y lo ignoraron. Respuesta esperada, pero al menos se sintió con el ánimo de intentarlo, lo que sí que resultaba toda una novedad.

—¿Qué hacen? —insistió.

Las chicas se concentraron en el juego, ya ni siquiera pretendían mirarlo de reojo. Además, no responderían una pregunta tan estúpida, ¿qué hacían? No estaban preparando pastelillos, obviamente. En ese momento, la chica que no tenía los controles sacó una ficha y la puso sobre la máquina. Óscar lo ignoraba, pero eso significaba que ella era la próxima en jugar. Claro, él podía hacer lo mismo, marcando su lugar en la fila, pero nuevamente, lo ignoraba.

—Bueno, ya me voy —dijo al ver que seguirían ignorándolo.

Alzó el mentón para tratar de ver el fondo. Había tantas cosas en cada rincón, luminosas y coloridas, y aun así daba la sensación de ser un lugar

enorme y espacioso. Se acercó a la mesa de hockey de aire —esa cosa le chiflaba en serio—, tomó uno de los mazos y gritó a un chico cabizbajo que estaba por ahí.

—Oye tú, ¿quieres jugar?

Le sorprendió escucharse hablar. Aunque el hockey de aire siempre le llamó la atención, nunca se animó a invitar a alguien, así que se conformaba con ver a otros jugar. Pero ahora, por razones que se escapaban a su comprensión, tomaba la iniciativa. Supuso que lo hacía, entre otras cosas, por lástima, después de todo ese otro chico —sucio y desaliñado— se veía triste ahí en el rincón.

—¿Quién, yo? —dijo el chico, alzando el rostro sorprendido de que alguien le dirigiera la palabra.

—Sí, vamos a jugar.

Depositó la moneda, lo que liberó el disco y encendió el compresor de aire. De inmediato el otro chico corrió a la mesa y tomó el otro mazo.

—Estoy listo.

Óscar hizo el primer saque, y luego de una serie de intercambios, finalmente se llevó también la primera anotación. Se sentía extasiado, con toda esa adrenalina recorriéndole el cuerpo, haciéndole sentir cosas nuevas. Podría decirse que se estaba divirtiendo. La situación era tan surrealista que a ratos se sentía como en un sueño. ¿Él jugando con otro chico? Claro, tenía toda la pinta de ser un vago, pero ¿qué importaba si podía llegar a ser su amigo?

—Toma esto, manco —gritó Óscar.

—Hasta crees —dijo el otro chico bloqueando el disco a último momento.

Un par de intercambios más y la anotación fue del vago. Y así continuaron con la partida, con el contador reñido, hasta que se acabó el tiempo después de la cuarta ficha consecutiva.

—Te gané —se ufanó Óscar, señalando en el marcador su ventaja de un punto.

—Na, es que estoy cansado —se justificó el chico, y bostezó como para dar credibilidad a su excusa; o tal vez sí que estaba cansado.

—Soy Óscar, ¿y tú?

—Ladrillo.

Óscar levantó una ceja, extrañado.

—Ladrillo no es tu nombre, ¿o sí?

—Todos me dicen Ladrillo.

—¿Por qué?

Ladrillo se encogió de hombros. La expresión de su rostro dejaba ver que, en efecto, no tenía ni la menor idea del por qué le decían así, pero era un hecho de que ese era su nombre, o al menos el que debía usar.

—Pero te llamarás de alguna forma.

Ladrillo volvió a encogerse de hombros.

—Bueno, no importa.

—Gracias por invitarme a jugar, viejo, estaba harto aburrido. Hace como cinco horas que se me acabaron las fichas.

—Pero hace cinco horas estábamos en la escuela.

—Na, hoy no fui.

Óscar se puso a caminar, para ver que otros juegos había. Más allá estaba una mesa de villar, también algunas mesas de pinball del otro lado, y los juegos de carreras en donde te sentabas como si en verdad condujeras el auto.

—¿Aun tienes fichas? —preguntó Ladrillo, con la cara de un yonqui suplicando por su dosis.

—Me quedan algunas.

—¿Puedo verte jugar? Los otros chicos me corren cuando me acerco.

Al principio no se explicaba por qué, pero no tardó en entenderlo. Tan pronto Ladrillo se acercó le llegó a la nariz el tufo, una mezcla de orina y sudor rancio. Obviamente tenía días sin bañarse.

—Creo que mejor voy solo —dijo, tratando de aguantar la respiración.

—Está bien —dijo Ladrillo y bajó la mirada, desanimado.

—Pero ten, te doy dos de mis fichas. Úsalas bien.

—Gracias, viejo, eres Genial.

Ladrillo rápidamente arrebató las fichas de manos de Óscar y con la misma urgencia —para fortuna de este último— se fue corriendo al interior del lugar, a donde luces neón, rayos catódicos y una profunda oscuridad creaban una atmosfera de misterio.

—Yo guardaría bien esas fichas, si fuera tú.

Óscar volteó. Era una chica. Su piel brillaba de un hipnótico rosa pálido y al parecer vestía el uniforme de la escuela. Imposible saber el color de su cabello.

—¿Estas? —dijo Óscar, alzando la bolsita.

—Hay muchos chicos desesperados por ellas. Y tú estás todo flaco, te las quitan fácil.

Óscar sumergió la bolsita con las fichas en lo más profundo del bolsillo de su pantalón. Luego sonrió nervioso, sin una idea muy clara de cómo seguir la conversación, pero con el deseo de seguir hablando con la chica.

—¿Eres nuevo? —dijo ella, para romper con la tensión.

Óscar lo pensó un momento, estaba tan nervioso que no se sentía capaz de hablar. Pasó un trago de saliva e intentó recuperar el control, aunque sin mucho éxito.

—Bueno, no importa —siguió la chica—. Con permiso.

—Soy Óscar —dijo, sintiendo la adrenalina bullendo en el estómago.

—Cereza —dijo ella.

—¿Teresa? —dijo Óscar.

—No. Cereza, con “C” —confirmó la chica fastidiada.

—¿Como la fruta?

No hubo respuesta, para ese momento Cereza ya había desaparecido en lo profundo del Kronky. Óscar quiso alcanzarla, pero fue inútil, a pesar de literalmente correr tras ella. Era como si el espacio se dilatara y se extendiera, y al mismo tiempo algo ejerciera resistencia. Le recordaba a esa ocasión en que su papá llevó a la familia a las albercas. Se puso a competir con otros chicos en carreras, básicamente ir de un extremo a

otro de la alberca, con el agua como obstáculo; perdió por mucho cada vez. Claro que acá no había agua, debía ser otra cosa la que lo frenaba. Y encima todo a su alrededor daba vueltas. Tuvo que cerrar los ojos para no marearse.

De un momento a otro la resistencia cedió, como una liga al reventarse, y la inercia le hizo salir disparado hacia enfrente, directo al suelo. Se levantó asqueado. Sacudió su ropa, desprendiendo algunas envolturas de caramelos, y talló las manos en los costados de su pantalón, tratando de deshacerse de la sensación pegajosa. Pero el disgusto duró poco, había algo más apremiante acaparando su atención. Estaba en medio de una callejuela oscura, sin más iluminación que la que venía de las marquesinas, enormes letreros colgados en construcciones que eran una mezcla de máquina de arcade y edificio.

Rápidamente volteó hacia atrás. Por más que le diera vuelta la cabeza, el instinto le apremiaba a buscar una salida. El lugar, aunque atractivo, no le daba buena espina. Para su fortuna —y su calma— la salida del Kronky seguía ahí. Desde el interior, el corredor del centro comercial, con el puesto donde Alicia vendía botanas y fichas justo enfrente, desentonaba por completo, como si no fuera natural. Claro que, aun y en su confusión, entendía que lo que no era natural era esa suerte de ciudad en el Kronky.

Volvió a ver al interior y se talló los ojos con ambas manos, incrédulo. La callejuela se extendía y se bifurcaba en nuevas calles —en posibilidades infinitas—, todas ellas atestadas de chicos que iban de allá para acá, absortos en sus propias conversaciones, como si para ellos todo ese asunto fuera de lo más normal. Pensó en interpelar alguno, pero el miedo pudo más que la curiosidad.

Se acercó a uno de los edificios, atraído por las luces y el ruido. La marquesina rezaba The King of Fighters ‘98, con grandes letras luminosas. Estiró el cuello y trató de ver al interior, por encima de los chicos que se apelotonaban entorno a lo que parecía ser un escenario. Cereza, la chica de hacía un rato, estaba sobre este. Ahora si distinguía que su piel era muy blanca y su cabello rojizo. Vestía ropas muy raras, en lugar de su uniforme. Pero eso no era lo más impactante. Lo que terminó de volarle la cabeza es que la chica peleaba contra otro tipo —que igual iba disfrazado—, como si realmente fuera una pelea típica de un arcade.

—¿Cómo hace eso? —dijo sorprendido de ver al chico generar fuego con sus manos.

En general, todos lo ignoraron. Estaban más atentos a Cereza, que esquivaba cada golpe encendido en fuego como si nada. Con excepción del chico que vigilaba la entrada al edificio, un gigantón de unos dieciséis o diecisiete años. Si bien lucía chistoso con el incipiente bigote que se le dibujaba al puro estilo de Cantinflas —el actor mexicano—, resultaba

intimidante cuando te sacaba dos cabezas y media y se acercaba a empujarte con pecho y abdomen de manera nada amistosa.

—Oye, tú, ¿quién eres?

—Óscar —respondió, tratando de recuperar el equilibrio tras el empujón.

—Eso no es un nombre.

Óscar retrocedió hasta el medio de la calle, tratando de hacer distancia, incluso levantando las manos en señal de rendición.

—Oye, amigo, no quiero problemas.

El gigantón, sin embargo, se siguió acercando, hasta que consiguió acorralar a Óscar contra la pared. Eso sí que llamó la atención de los otros chicos que caminaban por la calle. Algunos se detuvieron, curiosos, para ver qué pasaría. Murmuraban al respecto, preguntándose por la identidad del intruso.

—La zona es solo para el círculo interior —siguió el gigantón, taimado—. Tú no perteneces aquí, ni siquiera tienes nombre. ¿Cómo entraste?

—No lo sé, lo siento —dijo Óscar asustado, sin dejar de poner las manos de por medio—. Estaba siguiendo una chica y de pronto aparecí aquí.

El adolescente tomó a Óscar de la camisa y lo arrastró a la entrada de uno de los callejones que quedaba entre edificio y edificio.

—Ya me voy, en serio. No me pegues —suplicó.

Recibió un gruñido como respuesta, seguido de un rodillazo en la panza. Tan pronto Óscar cayó al suelo adolorido, el grandulón lo tomó de la cintura del pantalón y del cuello de la camiseta, y alzándolo cuál monigote de felpa, lo lanzó al interior del callejón.

Capítulo 11

De alguna manera, poco o nada natural, Óscar salió del espacio que quedaba entre dos máquinas de arcade. La inercia del impulso le hizo retroceder unos cuantos pasos sin control, hasta que topó de espaldas con un chico que jugaba al Super Street Fighter II Turbo.

—Oye, imbécil, me hiciste perder —dijo.

En realidad, había perdido porque no sabía jugar.

—Lo siento —se disculpó Óscar.

Ambos se giraron, uno con la intención de ver al chico del que huiría, el otro con la intención de ver al idiota al que le pondría unos sopapos.

—¿Óscar?

—¿Bicho?

Luego de los dos segundos de estupor, Bicho sonrió y rodeó el cuello de su sobrino para tallarle la cabeza con los nudillos. No entendía por qué, pero se sentía bien de ver un rostro conocido, un rostro de su vida fuera del Kronky.

—¿Qué haces acá, maricón? —dijo en tono jocoso—. ¿Vienes a agarrarle el pito a otro güey?

Para Óscar, el gesto, lejos de ser amistoso, resultaba doloroso. Se revolvió como pez fuera del agua hasta que logró liberarse. O, dicho de otra manera, hasta que su tío lo soltó.

—Eso me pasó porque me dejaste solo —dijo con los ojos llorosos.

El dolor justificaba las lágrimas —no dejaba de sobarse la cabeza lastimada—, pero eran lagrimas más bien de rabia.

Bicho se acomodó el flequillo bajo la gorra.

—Dabas como que flojera. Además, fue tu culpa, por morro.

—La abuela quiere que regreses —dijo Óscar en tono serio; lo que lo hacía ver más bien chistoso. Tenía una de esas caras que no estaban hechas para expresar enfado.

Seguía sobándose la cabeza, sentía que tenía un agujero en la coronilla. Además, estaba completamente desorientado. Echó un vistazo a su

alrededor en un intento de dar contexto a su realidad; era una sala de arcades común y corriente. Pero ¿y lo que vio antes? ¿Fue real o lo imaginó? No sería la primera vez que ve algo que no es real. Eso empezaba a preocuparle, o algo así; de pronto y no estaba tan seguro de si le importaba o era más bien indiferente.

—Uy, no me digas que te enojaste —dijo Bicho.

—Pues sí, eso me dolió —repuso Óscar.

—Ne, no seas chillón, fue un cariño de tío.

—Ya te dije lo que vine a decirte, la abuela quiere que vuelvas. Ya me voy.

En realidad, no era que estuviera enojado con su tío, más bien era que se sentía extraño, como desconectado. Lo mejor sería salir de ahí, volver a casa y meterse bajo las sábanas de su cama a dormir; a ver si así conseguía reorganizar su mente. Iba a ser que todas esas cosas extrañas no eran más que estrés, como en esa película que vio. Y lo último que quería era ir por ahí correteando a la gente con un hacha.

—Ta bueno —dijo Bicho y rodeó los hombros de su sobrino con el brazo, para hablarle más de cerca—. Perdóname, viejo, no quería lastimarte. Es en serio.

Lo soltó y le dio un par de palmadas en la espalda.

—Es más —siguió—. Te dejo que me pegues en el hombro, con todas tus fuerzas, pa’ que veas que no hay fijón.

En seguida Bicho amacizó el hombro y lo ofreció a su sobrino.

—No te voy a pegar—dijo Óscar.

—¿Por qué no?

—Pues porque no.

—Pinki Óscar. No te digo que si estas bien conejo. Por eso te chamaquean.

—¿Ya acabaste? Porque ya me voy.

Bicho cruzó los brazos y se sentó sobre el área de controles de un arcade.

—Oye… —se quejó el chico que estaba jugando, cosa que a nadie le

importó.

—A ver, güey. ¿Si te vas es para hacer qué?

—Mis cosas. Tampoco es que te importe.

—¿Crees que no sé que te la pasas todo el día encerrado en tu casa, rascándote los huevos, o qué se yo? Te vas a quedar ciego a puras chaquetas, eso no está bien.

—No me voy a quedar ciego por eso.

—El punto es que tienes que salir a hacer cosas, como la gente normal.

—¿Lo que quieres es que sea un vago como tú, que ni siquiera llega a dormir a su propia cama?

—Yo duermo en mi propia cama.

—Pues la abuela dice otra cosa.

Bicho se levantó del arcade donde estaba sentado y volvió a rodear a su sobrino con el brazo. Se inclinó un poco para quedar a su altura y por primera vez le habló con pleno reconocimiento, como a un igual.

—Se me ocurre una idea. Pasarás conmigo el resto de la tarde, para que veas lo que es divertirse. Y ya me dirás tú si te va más la vida de encierro o la vida de vago.

Cuando Bicho hablaba de toda la tarde, era literalmente toda la tarde, ¿y por qué no?, la noche también. Cierto que no tenía un itinerario planeado, con un listado de actividades y eso; iba, más bien, improvisando sobre la marcha. Afortunadamente —si podía considerársele así— Óscar se mostraba cooperativo y dispuesto a divertirse. Aunque, siendo justos, en ese momento Óscar no estaba en sus cincos sentidos. Con cada minuto se desinhibía más y más, adoptando una actitud risueña e irreverente; y en esas condiciones no podía hacérsele del todo responsable de sus actos.

Óscar siguió a su tío por todas partes, jugando toda clase de juegos coloridos. Venga, que hasta se reía de cada ocurrencia de Bicho, que no brillaba por ser el más ocurrente del mundo. Pero es que todo le parecía de lo más divertido. Por ejemplo, le causaban gracia las burbujitas de colores que explotaban en la pantalla cada que el pequeño dinosaurio lanzaba otra burbuja. Lo mismo se reía como desquiciado cada que un peleador arrancaba la cabeza de su oponente, columna vertebral incluida. Le fue desternillante orinar en un vaso de Pepsi, para no perder el tiempo en los servicios, y la expectativa de dejar el vaso en el suelo, con su tapa y su popote, para que algún incauto se tomara sus meados —cosa que

obviamente no sucedería—. Incluso pasó un buen rato haciendo el ridículo en el simulador de baile. Pero nada de lo anterior alcanzó el nivel de furor que le causó la mesa de pinball. Seguía el camino del balín metálico, chocando con todos esos elementos luminosos y ruidosos a partes iguales, extasiado por tanta diversión. Y lo mejor, todo era cortesía de Bicho, quien no paraba de regalarle fichas.

—¿Quién es el nuevo? —preguntó Grillo.

—Es el sobrino —dijo Bicho.

Grillo era el mejor amigo de Bicho. Hacía rato que los había visto en el lugar, rebotando de una maquina a otra, pero no se había animado a unírseles. En parte porque prefería jugar sus juegos a gusto y sin interrupciones —siendo tres en un mundo donde la mayoría de los juegos eran de dos los problemas se servían solos— y en parte porque el sobrino se veía intenso. No tenía forma de explicarlo, simplemente le parecía que no actuaba de forma normal. Y vaya si lo confirmó. Se acercó fascinado por el nivel de concentración del chico, lo metido que estaba en la mesa de pinball, incluso le pasó la mano por enfrente de la cara, pero Óscar no apartó la vista del balín.

—¿Está bien?

—No lo sé —dijo Bicho, que apenas empezaba a preocuparse de la inestabilidad mental de Óscar—. Es la primera vez que lo veo así.

Por lo menos con este juego se le veía tranquilo; aunque el término más adecuado sería desconectado del mundo. Es decir, a todos les pasaba algo similar, le llamaban fluir o estar en la zona, pero la condición de Óscar lo sobrepasaba.

Como sea, el trance no duró mucho. Luego de un ratito llegó un chico mayor, de unos dieciocho o diecinueve años, y puso su ficha sobre la máquina. La dejó caer con un golpe seco y contundente, tan estrepitoso que hasta destacó por encima del escándalo de ruidos que hacía la mesa de pinball.

—Eh, tú, putito. Ya deja a otros jugar.

Tenía razón, una de las reglas no escritas del Kronky era no jugar más de tres fichas si había fila, y solo una ficha si la fila era muy larga. Lo justo era que se retirara y dejara la mesa libre para alguien más. Pero Bicho se había comprometido a cuidar a su sobrino, que por lo visto sí que estaba necesitado de diversión.

—Tranquilo, viejo, es su primer día —dijo Bicho en un intento de ser

conciliador.

—Pero ya lleva hora y media ahí, y yo también quiero jugar.

—Hay muchos juegos. ¿Si te doy cuatro fichas, vas a otro?

El muchacho lo pensó, y casi que acepta, pero en ese momento Óscar, que al parecer no estaba tan desconectado como aparentaba, alzó la mano para mostrarle el dedo de en medio al grandulón.

—Hasta el fondo, maricón —dijo, Y jaló el resorte para lanzar el último de los balines.

—Pinche chaneque hijo de la chingada.

El muchacho crujió los huesos de la espalda y los nudillos, dispuesto a correr a Óscar con violencia de ser necesario, pero Bicho se interpuso en su camino.

—No lo dijo en serio, viejo —chilló Bicho entre forcejeos—. Ya lo quito, pero no le pegues.

—Yo creo que mejor te lo llevas —apuntó Grillo, y alzó el mentón para señalar a los curiosos que empezaban a hacer un círculo alrededor, a la espera de pelea.

—Está bien —dijo el muchacho, y empujó a Bicho sin problema—. Pero llévate a tu novia, o les parto la cara a los dos.

Bicho pensó en aclarar que era su sobrino, pero a esas alturas resultaba inútil. Se acercó a Óscar, lo rodeo de la cintura, lo levantó en peso y se lo cargó al hombro para llevárselo.

—Oye, bájame —dijo Óscar, molesto.

—Te salvo de ti mismo, animal.

Se lo llevó lejos, atravesando el círculo de curiosos, y lo dejó caer al suelo cuando ya estaba a una distancia prudente.

Óscar se levantó, frustrado.

—Eh, cara de culo —gritó al chico, haciendo referencia a su barbilla partida.

Cuando el chico volteó, Óscar le dio la espalda y se inclinó para mostrarle

el trasero, incluso se dio un par de palmadas en forma retadora.

—Hasta mi culo se ve mejor que tu cara, maricón.

Enseguida el Bichó volvió a cargar a su sobrino y se lo llevó corriendo. Se fueron por entre las máquinas, zigzagueando, hasta que llegaron a las puertas de los servicios. Dejó caer a Óscar, otra vez, y estiró el cuello para confirmar que no los seguían. Solo Grillo, obviamente, pero ni rastro del grandulón. En realidad, el chico sí que pensó en seguirlos y partirles la cara a puñetazo limpio, pero ya había puesto la ficha en la máquina, y no iba a desperdiciarla. De cualquier manera, tan pronto Óscar se levantó, Bicho lo empujó al interior de los servicios para no estar tan expuestos.

—¿Estás loco, animal? —dijo Bicho—. Yo se pelear, pero ese güey si me parte la madre. A los tres juntos.

—Además el sobrino también tiene cara de culo —apuntó Grillo—. Bueno, yo nomás digo, por su barbilla, y así.

Óscar levantó el rostro para enfrentar a su tío, estaba llorando.

—Fue él —chilló—, el que me pidió que sacara la ficha del bolcillo.

Grillo, que estaba a espaldas de Óscar, se agarró la entrepierna y preguntó con la mirada. Bicho igual confirmó con la mirada. A decir verdad, a Bicho la historia le pareció tan cagada, que en su momento se las contó a sus amigos. Se rieron de eso por meses, cada que se acordaban. Incluso intentaron replicarlo, pero ninguno era capaz de conservar una erección, así que —más bien por vergüenza— desistieron.

—¿Estás seguro de que era él?

Óscar asintió.

Bicho se acercó, lo rodeó con el brazo y lo apretó en una muestra de solidaridad y comprensión.

—Ya güey, no te claves —siguió—. Son cosas que pasan. Nomás no pienses en eso.

De alguna forma, a Óscar, las palabras de Bicho le resultaron de lo más razonables. Asintió convencido, se secó las lágrimas con el brazo y sonrió. Ya hacía mucho de eso, después de todo, y no iba a dejar que le arruinara el día.

Capítulo 12

Salieron de los servicios, en parte porque ya era hora de irse, en parte porque algún chico con severos problemas estomacales había apestado todo el lugar cuando entró corriendo a sentarse en el retrete. Venga, ni siquiera se molestó en cerrar la puerta de la cabina, situación desagradable se viera por donde se viera.

No eran los únicos que emprendían la retirada. Para entonces ya solo quedaban los chicos más grandes, la mayoría varones, aunque también una que otra chica rebelde o rezagada. A esa hora los juegos eran más un pretexto para meterse mano que cualquier otra cosa. Así pasaron a un lado de una parejita que se comía a besos junto a la puerta de los servicios —el peor lugar de todos, a entender de los tres—. Él le agarraba los senos, ella hacía lo justo en los pantalones de él. Los chicos siguieron su camino, tratando de ignorar la escena. La dificultad de la respiración y el exceso de saliva les resultaban tan asquerosas como fascinantes, pero no iban a quedarse de mirones.

Luego de confirmar que no había enemigos a la vista, los tres salieron corriendo. No fue sino hasta que estuvieron en el corredor del centro comercial, fuera de la atmosfera enrarecida del Kronky, que Óscar se hizo consciente del paso del tiempo.

—¿Qué hora es? —preguntó preocupado.

—Faltan cinco para las diez —dijo Grillo, descubriendo bajo la manga de la camiseta un reloj de plástico naranja de bajísima calidad.

—Mamá va a matarme.

—No pasa nada —dijo Bicho, abrazando del cuello a sus dos amigos, uno de cada lado—. Te quedas con nosotros esta noche, y ya está.

Óscar se sacudió para soltarse del abrazo.

—¿Estás loco?

Bicho soltó a su amigo y se cruzó de brazos. En seguida adoptó una expresión seria, como de maestro de historia.

—Si llegas a esta hora te la van a hacer de tos.

Grillo asintió para secundar a su amigo.

—Pero si llegas mañana, luego de toda una noche de preocupación,

estarán más aliviados que enojados.

Grillo volvió a asentir, completamente de acuerdo con las palabras de Bicho.

—¿Y qué se supone que haga? ¿Dormir en la calle? Además, mañana hay escuela.

—Primero, olvídate de la escuela de mañana. Yo apenas voy, y no pasa nada. Y segundo, te puedes quedar en mi cuarto, tenemos una litera extra.

—¿Volverás a casa de la abuela?

Bicho y Grillo rieron como desquiciados.

—No güey —dijo Bicho, tratando de controlar la risa—. O sea, sí, vamos a la casa de la abuela, pero no es la que tu piensas.

El centro comercial, de noche, tenía una apariencia completamente distinta. Para esa hora lo único abierto era el cine, el boliche, la tienda de autoservicio donde la mamá de Óscar compraba la despensa y por supuesto el Kronky. Aunque estos dos últimos iban a cerrar más bien pronto, como a eso de las once.

Pasaron junto al guardia de seguridad que vigilaba que nadie entrara a la zona ya cerrada del centro comercial. Bicho hizo saludo militar, Grillo igual en imitación a su amigo, lo mismo Óscar, que no quería quedarse fuera del juego. El guardia no respondió el saludo, sabía que era una burla. Después de todo estaba ahí, justamente para evitar que chicos como esos hicieran sus destrozos.

Salieron atacados de la risa por la reacción del guardia. Pero la noche despejada, tachonada de estrellas y con la luna más grande que habían visto nunca, fue suficiente para sosegarlos. Se sentaron en la banqueta, y uno a uno se fue dejando caer de espaldas para ver mejor el firmamento. Por un momento se quedaron en silencio, presos de ese trance ancestral que desde siempre había atrapado al hombre, desde que el hombre era hombre. Ninguno de los tres lo puso en palabras, porque ninguno tenía las palabras para expresarlo, pero en ese momento se sintieron pequeñitos y a la vez enormes, tan frágiles como invencibles, tan efímeros como eternos, tan importantes como intrascendentes.

Grillo extendió la mano derecha al cielo y la cerró, como atrapando algo.

—Casi puedo tocarlas —dijo, y soltó la estrella imaginaria que tenía entre

los dedos.

—¿Tú crees en dios? —preguntó Bicho.

La pregunta venía de algún lugar dentro de sí, oculta en un recuerdo que no se había permitido borrar del todo. Era un niño pequeño e impresionable. Acompañaba a su mamá y a su papá a la iglesia, seguro un domingo, y el padre de la iglesia habló de dios. Tal vez fue el aroma del incienso, o lo impactante del arte sacro que decoraba el recinto, o lo ostentosa que eran las ropas del predicador, pero las palabras calaron hondo en su interior. No era capaz de imaginar lo grande que debía ser dios como para crear todas las cosas. Pensó en lo poco que conocía del mundo —como las montañas, o el mar, o las estrellas—, y trató de imaginarse lo hermosas que debían ser todas las cosas que aún no conocía; y sintió temor de estar ante la presencia de un ser tan grande.

—No, es un cuento—dijo Grillo con amargura—. Y si existe, entonces es un cabrón.

Se quedaron en silencio, algo incómodos.

—Si dices esas cosas te vas a quemar en el infierno —dijo Bicho al fin—. Mejor pídele perdón.

—Que me queme, me da igual. Perdón debía pedirme él por dejar que me pasaran tantas cosas malas.

—Pero él no te hizo nada.

—Pero dejó que me pasaran.

Bicho puso la mano sobre el pecho de su amigo. El corazón de Grillo latía con fuerza y muy rápido. Le dio un par de palmadas, como diciéndole que estaba ahí, para él.

—Ya no estás en esa casa, amigo. Ya no pienses en eso.

Grillo sorbió los mocos y parpadeo un par de veces, tratando de disimular la lágrima que se había escapado.

—Pues yo tampoco creo en dios —dijo Óscar.

—¿Por qué? —preguntó Bicho.

Óscar se encogió de hombros. No lo sabía, solo no creía en él.

Bicho extendió las manos al cielo y señaló a las estrellas con un ademán

abarcador, como si pretendiera abrazarlas.

—Pues si dios no existe ¿entonces quién hizo todas esas?

—Nosotros —repuso Óscar enseguida—. Todo el tiempo creamos nuevos mundos. Ahora mismo estoy en casa durmiendo, así como estoy aquí, como pudiera estar en cualquier parte; y cada posibilidad es un mundo con sus propias estrellas.

—Estás morro —dijo Bicho y se incorporó.

Se sentía molesto, porque él si creía en dios y no entendía por qué los otros dos no. Agarró una piedra que encontró en el suelo y se puso a juguetear con ella, cabizbajo. Igual y a lo mejor sí extrañaba a su mamá. A lo mejor lo que debía hacer era volver a casa —a su verdadera casa— y aplicarse en serio en la escuela. Pero luego pensó en sus amigos. No iba a dejarlos solos. Él tenía un lugar a donde volver, pero sus amigos no. Sus amigos solo lo tenían a él, y ni siquiera creían en dios.

Levantó la piedra para verla mejor —era del cascajo que decoraba las jardineras en el estacionamiento— y luego la lanzó lejos. Siguió la parábola con la mirada hasta que la piedra cayó al suelo y rodó.

—Se olvidaron uno afuera —dijo emocionado al ver la piedra detenerse junto a una rueda.

Se refería a uno de los carritos del supermercado. Sin perder tiempo se levantaron y corrieron a montarse encima, Óscar y Grillo en la canasta, Bicho atrás.

—Más rápido —gritó Óscar.

El Bichó empujó, impulsándose con el pie, hasta tomar velocidad.

—Derecha —gritó, y todos se inclinaron a la derecha.

—Izquierda —y se inclinaron a la izquierda.

De esa forma controlaban la dirección del carrito, lo que venía bien para sortear los obstáculos, desde las jardineras y los pocos vehículos estacionados, hasta la gente de a pie y los autos que intentaban salir del estacionamiento.

En una de tantas, en que iban de frente directo a un Mustang, y como el conductor acelerara no dispuesto a cambiar de dirección, tuvieron que virar bruscamente para no ser arroyados. Terminaron estampándose en

un árbol, tirados en la tierra de la jardinera.

—Por cabrones —gritó el conductor, y se fue quemando llanta.

Sorprendente como parezca salieron ilesos; cosa que no se podía decir del carrito, que terminó abollado y sin las dos llantas de enfrente.

—¿Todos bien? —preguntó Bicho, cuando al fin dejaron de reír como idiotas.

Grillo levantó el pulgar en señal afirmativa, luego Óscar hizo lo mismo.

—Eso estuvo de pelos —siguió Bicho—. ¿Vieron la cara de la señora? Casi le da un infarto.

—No —refutó Grillo—, el más asustado fue el gordo del Cavalier, hasta abrió los ojos cuando le dimos al espejo.

—Sí cierto.

Se quedaron ahí tirados, un rato, como asimilando lo que acababa de pasar. Soplaba una brisa fresca, un respiro a sus pulmones. Para Bicho, los momentos así eran únicos. Podía contar con los dedos de la mano las ocasiones en que se había divertido tanto; y ya que estaba en eso, ahora caía en cuenta que ninguna de esas veces había sido dentro del Kronky. ¿Entonces por qué no lo podía dejar? ¿Por qué se sentía tan atado a ese lugar?

—El güey del Mustang quería matarnos, ¿a qué sí? —dijo Grillo, poniendo en palabras lo que ninguno se animaba a decir.

—No —dijo Bicho, más bien para no arruinar el rato—. Iba a girar en el último momento, lo que pasa es que nos acobardamos.

Óscar se levantó del suelo y arqueó la espalda hacia atrás para hacer crujir las vértebras tullidas después del impacto.

—¿Y ahora qué? —dijo excitado. Aún saboreaba la adrenalina, una sensación más bien nueva para él.

—Pues a casa, ¿qué más? —repuso Bicho.

—No nos dejan entrar después de las doce —señaló Grillo.

—Por eso digo, directo a la casa.

—Bu, que fraude… —dijo Óscar.

Bicho y Grillo también se levantaron e intercambiaron una mirada de complicidad. ¿Dejarían que el teto más teto del mundo les dijera aburridos? No podían permitirlo. Tenían todo el camino, desde el centro comercial hasta la casa de la abuela, para demostrarle al sobrino lo que era diversión; y lo conseguirían antes de las doce, como la puta cenicienta.

Lo que pasó esa hora y media antes de que entraran raspando a la casa de la abuela, a un minuto de que cerraran las puertas hasta las seis de la mañana, podría describirse, en el mejor de los casos, como neblinoso. Fueron treinta y tres las víctimas, por nada en especial, aunque resulta curioso el número redondo.

Entre las víctimas destacadas estuvo don Jacinto. Salió a la farmacia a surtir los medicamentos de su esposa, y todo transcurría con normalidad, hasta que al volver se topó con una rata muerta sobre el capó de su auto. Después de un violento ataque de asma descubrió que la rata era de plástico.

Otro tanto podía decirse de Roberto Casanova. Volvía de visitar a su novia cuando vio a tres niños orinando desde lo alto de un paso a desnivel. El líquido amarillo caía sobre los autos que poco o nada podían hacer para esquivarlo. Pero Roberto no caería, así que cambió de carril a último momento, lo que terminó en un choque aparatoso. Al final resultó que la orina era en realidad jugo de naranja. Claro que, para entonces, no había niños a los que reclamar, se habían marchado corriendo.

—¿Por qué hacemos esto? —gritó Óscar, tratando de elevar la voz por encima de los bocinazos.

—No sé —reconoció Bicho—, en mi cabeza parecía una mejor idea.

Para entonces ya tenían detenidos a varios vehículos, con gente observando horrorizada a la espera de lo peor. Y no era para menos, los chicos colgaban del puente peatonal, sujetos de la barandilla. Sus cuerpos flacuchos flotaban inertes al vacío.

—Yo ya me cansé —gritó Grillo—, voy a subir.

Y así, sin el mayor esfuerzo, subieron de nuevo y se fueron corriendo, antes de que llegara la policía.

Capítulo 13

Hugo aguarda sobre la cama, envuelto en su cobija. Observa la ropa, extendida en el suelo a falta de un mejor lugar para secarse, y suspira. Recuerda las palabras de su tía, eso de que uno no aprecia lo que tiene hasta que lo ve perdido. Pues sí; veintiún días sin recibir la visita del grandote son veintiún días sin la posibilidad de ducharse o de obtener ropa limpia; normal que extrañe la sensación de limpieza. Para ese momento apesta. Intentó asearse, e incluso lavar su ropa, al menos lo más que pudo hasta donde aguantó la pastilla de jabón de mano, pero el jabón se terminó y no le trajeron más.

Está tan deprimido que no reacciona al sonido de la puerta al abrirse. Y con razón, los últimos días el niño que le trae la comida ni siquiera entró, nomás dejó las cosas junto a la puerta y se marchó lo más rápido que pudo. En una ocasión hasta le llamó apestoso, en un tono que se le antojó despectivo. Esta vez, sin embargo, no lo escucha marcharse.

—¿Sigues ahí? Creí que te daba asco —dice luego de un rato, aunque no obtiene respuesta—. Quédate, entonces. Tanto me da…

Observa sus piernas flacas y desnudas con la tenue luz que se filtra a través del tejido de la cobija. Le cuesta creer que son sus piernas, le cuesta creer que ha perdido tanto peso en tan pocos meses, pero más le cuesta darse cuenta lo poco que le importa. Desde luego, no le gusta el dolor, tampoco le gusta sentir hambre, o frío, o la suciedad cubriendo su cuerpo, pero más allá del umbral de la molestia y el fastidio, al final no le importa lo que pasa. En cierto sentido, podría decirse que la chica que lo encerró ahí tenía razón, este castigo sí que ha sido algo mejor que solo saltar a las vías del tren y ya.

—¿Vas a estar ahí todo el día? —dice molesto.

—De hecho, no.

Hugo se descubre la cabeza y voltea, sorprendido. No es el niño, sino la gorda. Por un momento despierta de su letargo, y en seguida se comprime más en sí mismo abrazándose con la cobija. Después de todo está desnudo y, apático o no, tiene su dignidad y su pudor.

—La ropa aún está mojada —balbuce apenado.

Se desprecia a sí mismo por ese burdo intento de justificarse. Es decir, ¿no son la gorda y sus compañeros los responsables de su situación?

La gorda sonríe. No de forma irónica, ni con malicia, ni siquiera con lástima, sino con bondad, o algo parecido a una genuina bondad. Tal vez

son las facciones de la mujer —tan dulces como hermosas—, sus ojos nobles, sus mejillas sonrosadas, su nariz pequeña y redonda, el caso es que a Hugo le parece simpática, por no decir adorable. Llega a sentirse tentado a devolver la sonrisa, pero desiste. ¿Por qué le sonreiría él a ella, su captora?

—No digas nada, por favor —dice la gorda—. Puedo llevarte a las duchas, si quieres.

Hugo sopesa la posibilidad de volver a ocultarse en su cobija, como lo haría una tortuga en su caparazón, pero en verdad se siente muy incómodo.

—¿Si quiero? —dice con ironía—. Es bueno saber que les importa lo que quiero.

La gorda se inclina para dejar la bolsa con la comida en el suelo.

—Puedes quedarte ahí autocompadeciéndote. O puedes acompañarme a las duchas para que te asees y tomes algo de ropa limpia. Tú decides.

—¿Vas a hacerme algo?

—¿Algo de qué?

Hugo no dice nada, se limita a aferrarse a la manta.

—No —dice la gorda al entender el sentido de la pregunta—. Podría ser tu madre, y no eres más que un niño. Flaco y desnutrido, además —agrega con gesto de disgusto, luego sonríe.

Hugo sopesa la posibilidad de negarse y quedarse en su cama, esperando se seque la ropa apestosa, pero para cuando toma una decisión ya va por el pasillo tras la gorda, rumbo a las duchas.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—Buldócer.

La gorda hace ruiditos, como pequeños pujidos, quizá recordando, quizá buscando las palabras.

—No creo poder responderte a esa pregunta de manera satisfactoria.

Llegando a las duchas la gorda abre la puerta. Hugo pasa por un lado arrastrando la cobija, tanto o más apestosa que él. No se siente ni con el

humor ni con las ganas de intentar escapar, de todos modos, no llegaría muy lejos desnudo.

—No volverá —sigue la gorda—, solo eso puedo decir. Así que será mejor que te acostumbres a mí, soy la única dispuesta a traerte a las duchas.

—¿Y el niño?

La gorda sonríe.

—Dice que eres un monstruo apestoso. Bueno, lo de apestoso es nuevo, lo de monstruo ya lo decía de antes. Al parecer es algo importante para él, lo de ser apestoso. Imagino que no vendrá hasta que te duches.

—Así que soy un monstruo apestoso.

La gorda entra a las duchas, tras Hugo, y se sienta en la banca más cercana a la puerta, donde solía sentarse Buldócer.

—Estás apestoso, eso seguro. ¿Lo de monstruo? Bueno, eso no lo sé, digamos que te describe bastante bien.

—Genial —dice Hugo, cabizbajo.

No sabe que hacer, o, mejor dicho, no se decide a hacer lo que debe hacer. Respira profundo y finalmente deja caer la cobija al suelo. Un escalofrío recorre su cuerpo desnudo, de los pies a la cabeza. Camina con torpeza a las regaderas, apretando las nalgas. Se siente observado en cada paso, lo que le pone muy nervioso, aunque en realidad la gorda ve al suelo.

Treinta minutos después, luego de una exhaustiva y concienzuda ducha, regresa de las regaderas en busca de ropa limpia. Camina con la misma torpeza, cubriendo sus genitales flácidos con la mano derecha. La gorda, sin embargo, sigue sin mirarle a él. De todos modos, Hugo trata de darle la espalda y vestirse lo más rápido que puede. Solo entonces, ya envuelto en las impersonales ropas grises, deja de sentir tanta vergüenza.

—¿Tienes nombre?

—No —dice la gorda—. No uno real. De todos modos, real o no, prefiero que no lo sepas.

—¿Tienes un nombre que no es real? Extraña forma de decirlo. Imagino que te refieres a un apodo. Como Buldócer, obviamente ese no es su nombre.

La gorda no dice nada.

Hugo va al espejo a contemplar su reflejo maltrecho. Intenta inútilmente acomodarse el cabello. Últimamente se le cae mucho.

—Tengo un regalo —dice la gorda.

Hugo voltea, distraído, y sonríe ligeramente al notar lo poco que le emociona la expectativa de un regalo.

La gorda le ofrece un frasquito transparente con un líquido azul metálico.

—Tómalo.

Hugo lo piensa un momento, luego se acerca y toma el frasquito de manos de la gorda. Lo alza para verlo a contraluz; parece pintura.

—¿Qué es?

—Bébelo cuando quieras sentirte bien. De preferencia cuando estés solo. Si das pequeños sorbos podría aguantarte para cinco…

—¿Es veneno? —interrumpe Hugo.

—No…

—Porque no me importaría que lo fuera. Si me mata estaré dispuesto a beberlo.

—No es veneno.

—¿Droga, entonces?

—Tampoco es droga —la gorda titubea—. Bueno, en cierto sentido podría decirse que lo es, mas no en el sentido técnico del término. Si bien pudiera ser adictivo, no genera dependencia, así que puedes usarlo sin miedo.

—¿Pasaría algo si lo bebo todo de un trago?

La gorda entorna los ojos.

—No pasaría nada. Sería un desperdicio, un gran desperdicio del que seguramente te arrepentirías, pero nada más.

—Vale, es bueno saberlo —dice Hugo al guardarse el frasquito en el

bolcillo del pantalón—. Y gracias, creo.

La gorda suspira. Hugo hace más o menos lo mismo, en lo que pasa el peso del pie derecho al pie izquierdo.

—Creí que tardarías más en la ducha —dice la Gorda finalmente.

—Perdón por no cumplir con tus expectativas.

—Tendrás que esperar ahí cinco minutos más. La habitación aún no está lista.

—Sé que limpian la celda mientras estoy fuera. Pero en realidad no soy tan sucio como para que tarden tanto.

La gorda revisa su reloj de pulsera.

—El problema son los químicos.

—¿Perdón?

—La humedad y la falta de sol producen moho. Es muy difícil de eliminar, ¿sabes? El moho es peligroso, podría matarte de neumonía. Para eso usamos químicos. Si limpias todos los días, rocías los químicos y unos cuantos minutos bastan para que vuelva a ser habitable. Pero con tantos días de cultivo se requirieron de muchos químicos. Los gases aún no se disipan por completo. No son letales, descuida; pero sí te provocarían molestias en los ojos y la piel, quizá algo de vómito. No querrás estar una semana intoxicado, ¿o sí?

Hugo pasa el peso del cuerpo del pie izquierdo al pie derecho.

—Qué considerada.

—Buldócer tenía razón, eres sarcástico.

Hugo se acerca a la gorda y se sienta a un lado, en la banca de madera.

—Solo eso me queda, ¿sabes? Es eso o volverme loco.

La gorda pone su mano sobre la rodilla de Hugo, es como la mano de un bebé gigante.

—No dejes que te arrebaten la cordura —dice al presionar la rodilla huesuda—. La mente es el último bastión. Perderla es perderse para siempre, es peor que morir.

Hugo pone su mano sobre la mano de la gorda. Le gusta cómo se siente, tan suave y delicada. Es el primer contacto humano en mucho tiempo.

La gorda enseguida quita la mano y se pone de pie.

—Con eso debe ser suficiente, Es momento de que vuelvas a tu habitación.

—¿Ya no te preocupa que me intoxique?

—¿A ti te importa?

—Pues sí, ya tengo tantas molestias encima, como para echarme otra más.

—A tu habitación, niño bonito.

Hugo se levanta y se pone en marcha. Rodea a la gorda, sale al pasillo y se encamina a su celda. Va lento, para darle tiempo a la gorda de alcanzarlo.

—¿Crees que soy bonito?

La gorda ríe.

—Yo también puedo ser sarcástica.

Hugo entra a la habitación, limpia y ordenada, como si no hubiera pasado días en medio de su propia suciedad. Incluso pusieron una pastilla de jabón nueva. En seguida da media vuelta para ver a la mujer.

—Yo te dejaría.

La gorda se detiene a escasos diez centímetros de cerrar la puerta.

—¿Qué cosa?

—Si quisieras hacerme algo, yo te dejaría. Creo que eres muy bonita, y me gusta cómo se siente tu piel.

La gorda sonríe.

—¿Me dejarías hacerte algo?

—Sexo. Sabes de lo que hablo.

—¿Lo has hecho antes?

Hugo niega, luego se pone a juguetear con las mangas de la camisa. Se siente observado y vulnerable.

—Sé cómo se hace, no estoy tonto.

—Lo siento, chico —dice la gorda en un tono que es más lástima que cualquier otra cosa—, pero no eres mi tipo, me gustan más bien grandes.

Hugo agacha la mirada, desanimado.

—¿Lo viste? No está tan mal, ¿o sí?

—No lo vi, y no creo que esté mal… de todos modos, cuando dije grande, me refería a la edad.

—Espera…

La gorda vuelve a detenerse a una cosa de nada de cerrar la puerta.

—Perdón —sigue Hugo—. No quise decirte esas cosas. Es que, me siento muy solo. Entiendo si te doy asco, así, todo flaco y desnutrido. No es mi culpa, ¿sabes?

—¿Intentas hacerme sentir lástima?

—Sería incapaz.

—Es cierto, serías incapaz de conseguir que sienta lástima por ti.

Dicho eso la gorda cierra la puerta y se va.

Capítulo 14

La casa de la abuela —así le decían— era una construcción antigua en la parte vieja de la ciudad; un caserón de los de antes, con adornos entre góticos y rococó, que se negaba al paso del tiempo. Uno podía voltear a los alrededores, y distinguir entre terrenos baldíos y construcciones abandonadas —que ya eran más ruina que cualquier otra cosa—, casas modernas o que pretendían modernizarse. La casa de la abuela, en cambio, parecía una eterna fotografía de mediados del siglo pasado.

Óscar y compañía no fueron los únicos que llegaron muy apenas. Junto a ellos entró otro grupito, compuesto de dos chicos y tres chicas, todos con edades entre los once y los quince años. A los pocos segundos de entrar la puerta se cerró y el cerrojo fue echado.

—Casi no la contamos —dijo Grillo, tratando de recuperar el aliento.

—Ya lo sé, ya lo sé —ratificó Bicho igual de agitado.

—¿Pero por qué cierran la puerta? —quiso saber Óscar.

Como respuesta a su pregunta, afuera se escucharon golpes y gritos, la súplica de los desafortunados que intentaban entrar. A los gritos por ayuda le siguieron los gritos de terror, luego un silencio incómodo.

—¿Qué fue eso? —insistió Óscar.

—No importa —concluyó Bicho, y abrazó a sus amigos del cuello para llevárselos de ahí.

La estancia, más grande de lo que cabría esperar, daba a un par de escaleras que subían a la segunda planta, rodeando una enorme araña de cristal que iluminaba con una luz ambarina que, sin embargo, no terminaba de iluminar. Óscar se talló los ojos tratando de aclarar la vista, pero no, el problema no eran los ojos, sino la media luz. El otro grupo de chicos se dispersó, e igual se marcharon, aunque cada uno por su lado, ya sea por las escaleras, ya sea por las puertas que daban a otras instancias en la planta baja. Bicho, por su parte, condujo a sus amigos por la escalera de la izquierda.

—¿Qué es este lugar?

Grillo puso los ojos en blanco con fastidio.

Bicho suspiró albergando el mismo sentimiento. Dejó de abrazar a sus amigos, adelantó un par de pasos, y haciendo crujir las vértebras a la altura de la cerviz, dio media vuelta y detuvo a su sobrino con la palma de

la mano, a mitad de las escaleras.

—Es la casa de la abuela, solo hay que saber eso. No preguntes más. Aquí estás a salvo, confía en mí.

Óscar veía a Bicho, sin sentirse del todo convencido. Bicho, por su parte, devolvía la mirada, con una expresión boba más llena de ignorancia que de cualquier otra cosa. Si no quería hablar del tema, de seguro era porque genuinamente no sabía nada sobre el tema.

—Está bien —dijo Óscar.

Bicho dio media vuelta y emprendió de nuevo la marcha. Una vez arriba viraron a la izquierda, luego a la derecha, para adentrarse a un extenso pasillo con innumerables puertas dispuestas a ambos costados.

—Te va a gustar mi cuarto, tiene ventana y da al jardín —dijo Bicho emocionado.

—Mi cuarto no tiene ventana —señaló Grillo, cabizbajo—. Como quiera, me quedo con Bicho desde que…

Óscar se le quedó viendo a Grillo esperando que terminara de decir lo que iba a decir.

El repentino silencio fue interrumpido por el alboroto de un grupo de chicas que salieron disparadas de una de las habitaciones cercanas. Empujaron a Óscar en el proceso de salir en estampida.

—Lo siento —alcanzó a decir una de ellas, antes de desaparecer por el pasillo en dirección a las escaleras.

—Con más cuidado, pendejas —gritó Bicho.

Claro que las chicas, para entonces, ya debían estar en la planta baja.

Venían muchas preguntas a la cabeza de Óscar. Por más extraño que se sintiera, y se sentía muy extraño, la rareza de aquel lugar —como lo raro de su naturaleza— opacaba todo en comparación. A lo mejor era que poco a poco iba recobrando el control de sus emociones. De pronto rememoraba todo lo que había hecho hasta ese momento y no podía evitar sentir un cierto remordimiento, empezando por el hecho de que no había vuelto a casa. Solo con pensar en lo preocupada que debía estar su mamá le daban ganas de llorar.

—Yo, mejor me quiero ir a casa —susurró

—No puedes —dijo Grillo enseguida.

—Cerraron la puerta, güey, se abre hasta mañana —apuntó Bicho.

Óscar apretó los dientes, tratando de contener el llanto. Aun así, se le escapo una lágrima por el ojo derecho.

—Pero…

—Ya, no seas chillón. Mira, este es mi cuarto.

Bicho señaló una puerta, idéntica a las otras, con la diferencia de que el letrerito de esta ponía: BICHO | CANCERBERO.

Abrió la puerta, y extendiendo el brazo y la palma de la mano, señaló al interior.

—Pasa.

No era muy grande. De tener una cinta métrica y las ganas de medir, notarían que era un cubo perfecto de dos metros y medio. Se acomodaban cuatro literas, del tamaño justo para un niño de no más de metro setenta de altura, dos de un lado, y dos del otro. Lo mismo cuatro gabinetes, aparentemente para guardar sus cosas, y un escritorio grande en la pared de la ventana, con espacio para dos sillas. Fuera de eso, no había nada más. El único intento de decoración era el poster de Britney Spears que se sostenía a duras penas en la pared junto a la puerta, y la sábana con dibujitos de la película Toy Story en una de las camas.

—Ya llegamos, carnalito —dijo Bicho, y se sentó en la cama con la sábana de los dibujos.

Del rincón pegado a la pared, oculto bajo la sombra que proyectaba la litera de arriba, se asomó un niño de unos siete años. Vestía una piyama, igual con motivo de la película. Gateó hasta donde Bicho y lo abrazó. Se quedó ahí, acurrucado a un lado de él. Bicho correspondió el abrazo y le revolvió el cabello con cariño.

—¿Ya cenaste?

El niño negó con la cabeza y se redujo más en sí mismo.

—Cancerbero, supongo —dijo Óscar.

El niño alzó la vista al escucharlo, luego se redujo aún más en sí mismo, si acaso era posible.

—Es muy tímido —dijo Bicho—. Lo cuido desde que se quedó solo.

—¿Y sus papás?

Por un momento nadie dijo nada. Solo se escuchaban los gritos y risotadas de fondo, proveniente de las otras habitaciones, o del jardín.

—Ya dile, no me importa —dijo Cancerbero, para sorpresa de todos.

Dejó de abrazar a Bicho y se levantó para hurgar en su gabinete. Sacó un par de camioncitos y se sentó en el suelo para jugar.

—La abuela dice que hablar de las cosas que te ponen triste y te hacen llorar te ayuda a que dejen de ponerte triste y te hagan llorar —dijo Grillo.

—¿Eso te dijo la abuela a ti? —preguntó Bicho a Cancerbero.

El niño se encogió de hombros y siguió jugando con sus camioncitos.

—Igual y no pasa nada si no me dicen —siguió Óscar—. De todos modos, me hago una idea.

Bicho se le quedó viendo a algún punto en la pared, como meditando en cosas profundas. Se rascó la cabeza, luego le siguió con el cuello, para finalmente frotar su nariz con el dorso de la mano.

—Antes eran tres —dijo—. Venían en el tren junto con su mamá, desde Guatemala o algo así, iban al otro lado con los gringos. Pero unos señores querían hacerle cosas a su mamá y como ella no se dejó la mataron. Cancerbero saltó del tren para que no les hicieran nada a ellos. Anduvieron por un rato en la ciudad sin saber a dónde ir, y alguien los trajo a la casa de la abuela.

—Fue Sacapuntas —dijo Grillo.

—Sí, fue Sacapuntas el que los trajo. La abuela les puso Cancerbero, porque eran tres.

—¿Y eso qué tiene que ver? —dijo Óscar.

Bicho se encogió de hombros.

—Lo que le pasó a su mamá me lo contó el más grande, la abuela los puso aquí conmigo. Éramos buenos amigos.

Grillo asintió, como recordando.

—Pero luego vino la viruela y muchos se enfermaron. Yo también.

—Y yo —dijo Grillo.

—El caso es que Cancerbero no tenía la vacuna o algo así, no le entendí bien a la abuela.

—No la tenía —dijo Grillo—, yo me acuerdo de que no la tenía.

—Sí, eso —siguió Bicho—. Entonces se pusieron muy mal y una noche se murió el más grande, y a los días se murió el de en medio.

—¿Es huérfano? —dijo Óscar.

—El más grande dijo que su papá estaba en el otro lado, trabajaba en un taller mecánico o algo así, pero no sabemos nada. Así que sí, es huérfano. Pero yo lo cuido, es mi carnalito; así que también es tu tío, güey, lo respetas.

—Tengo hambre, Bicho —dijo Cancerbero, sin dejar de jugar.

—Te dije que si no llegaba para la cena comieras sin mí.

Cancerbero se encogió de hombros.

—Pues vamos a ver qué hay —dijo Grillo—. Yo igual tengo hambre.

La cocina quedaba en la planta baja. Era grande y, para sorpresa de Óscar, se veía limpia. Las sobras de la cena ya estaban guardadas en la nevera. Rescataron algo de puré de papa, espagueti, una rebanada de pizza y algunas piezas de pollo frito. Calentaron todo en el microondas. Como no se pusieran de acuerdo, finalmente dieron la rebanada de pizza a Cancerbero, decisión con la que todos estuvieron conformes.

Se sentaron en torno a la enorme mesa de desayuno, en sendos banquillos. Según Grillo tenía años sin sentarse para cenar, era la ventaja de ir cuando ya todos habían comido, lo malo era que te perdías de la mejor comida. Óscar no se explicaba cómo cabían ahí los más de doscientos chicos que se supone había en la casa. La mesa a lo mucho podía albergar a unos cincuenta, o poco más si comían de pie.

La comida no sabía del todo mal, aunque distaba mucho de ser lo suficientemente apetitosa.

—¿Qué? —dijo Bicho al ver la cara de su sobrino.

—No sé —dijo Óscar, es qué hay algo raro.

—Es el olor —apuntó Grillo con la boca llena de espagueti.

Óscar levantó el pollo y se lo acercó a la nariz. Olfateó, pero extrañamente no tenía aroma. Por no dejar levantó el brazo e intentó oler su axila, igual no percibió nada. Luego se inclinó a donde Bicho y le olfateó el cuello; pero nada de nada. Se enderezó y aspiró fuerte un par de veces.

—Ni te esfuerces —dijo Bicho—. Es por el incienso.

—Vela me dijo que antes todo olía muy mal —siguió Grillo—, por los chicos que no se bañaban. Por eso la abuela pone el incienso, para que nada apeste.

Resonó una flatulencia.

—Sí funciona —dijo Bicho.

Cancerbero no dejaba de reír.

—Qué asco —dijo Óscar apartándose un par de lugares.

—¿Qué? Ni huele.

—Que no huela no quiere decir que me lo voy a fumar.

Grillo y Bicho intercambiaron miradas. Quince minutos más tarde, luego de dejar la cocina tan limpia como la encontraron, ya estaban en la habitación encendiendo pedos.

—Una —contó Bicho—, dos, tres…

Y Grillo soltó una flatulencia que encendió una llamarada gigante. Reían como desquiciados. Óscar se preguntaba si los chicos de las otras habitaciones estaban haciendo lo mismo, porque igual reían como idiotas. De hecho, parecía que la locura dominaba el lugar. A Grillo le siguió Bicho, luego Cancerbero, después Bicho otra vez, y enseguida e Grillo para intentar superar a Bicho. Todo en medio de risotadas que hacía un rato incomodaban a Óscar.

—Ahora tú —dijo Grillo, divertido.

Óscar tomó el encendedor. Era de esos desechables que a veces dejaban tirados en la calle. Color verde, o quizá amarillo, era difícil distinguirlo por

la luz enrarecida.

—Yo no voy a hacer eso.

—Le da miedo, al coyón —dijo Cancerbero, y sonrió al ver como los otros dos le celebraban la ocurrencia.

—¿Te da miedo, maricón? —dijo Bicho.

—No me da miedo, es que es una tontería.

Bicho entornó los ojos, suspicaz.

—Ne, pinki vato mamón.

—Ya, está bien.

Óscar se acostó en la cama, levantó las piernas y arqueó la espalda tanto como pudo, puso el encendedor en posición, encendió la flama y pujó para dejar salir el gas. Se elevó una flama enorme, más grande que cualquiera de las otras, incluso que las de Bicho.

Las risotadas no se hicieron esperar, a la par que los golpes con las almohadas para apagar los pantalones de Óscar. Éste enseguida se levantó de un salto y se dejó caer de sentón al suelo para terminar de apagar el fuego.

—Por eso no quería hacerlo —dijo molesto.

Los otros tres no podían parar de reír.

—Pero tú ganaste —dijo Bicho agarrándose el vientre por el dolor.

Luego de un rato, ya que se habían calmado las cosas, Bicho abrió su gaveta para buscar un cambio de ropa y una toalla. Enseguida Grillo y Cancerbero hicieron lo mismo.

—Te presto una camiseta, si quieres, pero no creo que te queden mis trusas —dijo Bicho—. A lo mejor te quedan las de Grillo.

Grillo repasó a Óscar de pies a cabeza. Luego volvió a sumergirse en el interior de su gaveta.

—A lo mejor sí, pero ya casi no tengo.

—Mañana compras más, chillón.

—¿Y yo para qué quiero eso? —quiso saber Óscar.

—Pues para bañarse, genio. Nunca nos vamos a la cama sucios.

—Nunca —dijo Grillo mientras negaba.

—Porque aquí no huele —siguió Bicho—, pero afuera sí. Y no queremos ser los apestosos, ¿verdad?

Cancerbero igual negó.

—Yo no quiero ser apestoso —dijo con voz chistosa mientras se apretaba la nariz con sus deditos.

—Entonces se van a bañar— dijo Óscar.

Los tres asintieron.

—¿Todos juntos?

Volvieron a asentir.

—¿Al mismo tiempo?

—Los baños son comunales —apuntó Bicho—. Hay como diez regaderas en las duchas.

—Quince —rectificó Grillo.

—Quince —corrigió Bicho.

—No sé, me da vergüenza que me vean, yo mejor aquí me quedo.

—Apestoso —dijo Cancerbero señalando a Óscar con el dedo.

Capítulo 15

Nunca le había preocupado el tiempo, al menos no como en ese momento. Sin reloj y sin punto de referencia se sentía completamente perdido. Pudieron haber pasado cinco minutos como pudieron haber pasado veinte, ¿había forma de saberlo? No conforme con eso el barullo en las otras habitaciones empezaba a menguar. Después de todo tenían que dormir en algún momento, ¿no? Pero ante ese panorama, no se decidía qué era peor, el ruido, el silencio o el ignoto paso del tiempo.

Se recostó en la única litera disponible. Sabía que la de arriba era de Grillo, y del otro lado, arriba y abajo eran de Bicho y Cancerbero respectivamente. El colchón era muy diferente al que tenía en casa. No es que fuera incómodo —en realidad era aceptable—, pero no por ello dejaba de ser un colchón genérico. Lo que sí le incomodaba era la falta de olor. Al tacto, el colchón se sentía limpio. Lo cubría una sábana, más bien parecida a un saco o a la funda de las almohadas, que era suave y fresca. Aún la almohada era mullida y se adaptaba bien a su cabeza. Pero, si no podía olfatear, ¿cómo sabría que en verdad estaba limpio? Y encima, la extraña luz ambarina de las lámparas, tanto en la habitación como en el patio, nomás no terminaban de iluminar. Era frustrante.

Pasado un rato, que pudo ser corto o larguísimo —no había forma de saberlo—, regresaron los otros tres de ducharse. Reían y se aventaban, divertidos. Nomás entrar cada uno se fue a su respectiva cama y se acostaron a dormir.

—Hasta mañana —dijo Cancerbero.

—Hasta mañana —respondieron Bicho y Grillo a coro.

En todo ese proceso Óscar permaneció en silencio, inmóvil. Seguro que los otros tres pensaron que ya dormía. Como sea, reflexionando en lo ocurrido, se sintió un poco más tranquilo. Si se bañaban todos los días y esa cama no la usaba nadie, lo lógico era que estuviera limpia, ¿verdad?

Cerró los ojos. Pasado un rato, tan corto como larguísimo, se encontró a sí mismo consciente de sí mismo. Tal vez eran los ostentosos ronquidos de los demás. Cuestión que no se decidía si estaba despierto intentando dormir, o si estaba soñando que estaba despierto intentando dormir. Con todo, en un momento vio la puerta entreabrirse, y vio a un niño pequeño —de unos cinco años— que vestía una piyama de conejo. Se asomaba con su gorra bien puesta, con esas ridículas orejas de conejo tambaleándose de allá para acá. El niño le sonrió y luego le guiñó el ojo.

Fue el sonido de una flatulencia el que le sacó del trance. Por instinto volteo al otro lado de la habitación, al origen del ruido. Había sido

Cancerbero. ¿Cómo un cuerpo tan pequeño podía generar tal cantidad de gas? El siguiente fue Grillo, que no se quedó atrás en cuanto a decibeles.

Se incorporó y se quedó sentado al borde de la cama. Estaba cansado y con sueño, pero no podía dormir. O si es que había dormido —lo más seguro considerando que la puerta estaba cerrada y no había ningún chiquillo vestido de conejo—, era evidente que no descansó.

Se levantó, caminó al otro lado de la habitación y sacudió suavemente el hombro de su tío para despertarlo.

—Bicho —susurró—, ¿dónde está el baño? Tengo que ir.

Bicho se dio la vuelta para darle la espalda y acurrucarse mejor bajo la sábana. Y como no podía ser de otra forma, se aventó un buen pedo, de los que son más molestos por el ruido que por el olor; aunque claro, eso último era imposible juzgarlo.

—Al final del pasillo, a la izquierda.

Óscar abrió la ventana para que circulara el aire y enseguida salió al pasillo. No olía, pero a esas alturas el aire de la habitación ya debía ser tóxico.

Siguió hasta el fondo. Le sorprendió descubrir que el pasillo era tan extenso. Después de las habitaciones estaba el acceso a los baños; de hecho, uno para chicos a la izquierda, y uno para chicas a la derecha. Entró al que le correspondía. Era más grande de lo que había imaginado. Le recordaba los baños de los colegios en los programas de televisión. Había una pequeña estancia con bancas de madera y gavetas adheridas a la pared, quizá donde ponían la ropa limpia mientras se duchaban. Del otro lado estaban una serie de lavadoras con sus respectivas secadoras —quince en total—. Lo curioso era que al parecer funcionaban con fichas, como las del Kronky. En la otra pared, la que daba a la puerta de salida, estaban los lavamanos; y al frente, el acceso que debía llevar a las duchas y los sanitarios.

Quedó petrificado tan pronto pasó a la siguiente estancia. Si bien el ruido del agua corriendo ya le advertía que había alguien ahí, no imaginó que las duchas estarían descubiertas. Lo único que las separaban del área de los sanitarios era un semimuro, cuya función era más bien contener el agua que dar privacidad. En las duchas estaba un chico, de unos quince o dieciséis años. Lo que le llamó la atención, más allá de su desnudez, fue el color de su piel, tan pálida —quizá más de lo normal por efecto de la luz blanca de las lámparas del techo—.

No quería quedarse ahí, mirando, pero no reaccionó a tiempo. El chico

volteo e hicieron contacto visual.

—Lo siento —se disculpó Óscar, y se encerró en el primer cubículo que encontró.

Estuvo sentado en el retrete largo rato, aun después de que el agua de la ducha dejó de correr, hasta que las piernas empezaron a hormiguearle. Se limpió, ajustó sus pantalones y jaló la cadena; cada cosa intentando retrasar el momento de salir. Finalmente respiró profundo —de todos modos, no había olor—, se armó de valor, y salió.

Otra vez quedó petrificado al ver que el chico de antes estaba ahí, sentado sobre la mesa de piedra de los lavamanos, recargado en el enorme espejo de pared. Obviamente ya estaba vestido.

Pasó saliva y caminó hacia allá, para lavarse las manos. De todos modos, el chico estaba exhorto en su juego, en una Game Boy. Acomodaba Tetriminos a gran velocidad, como todo un experto. De cualquier manera, Óscar se fue al extremo más alejado para lavarse las manos.

—Tardaste mucho —dijo el chico sin despegar la vista de la pantalla—. ¿Qué tanto hacías ahí adentro? No te estabas tocando, ¿o sí?

—¿Qué? No, claro que no.

—Oye, no te juzgo. Hasta me sentiría halagado de que fuera por mí.

—Que no estaba haciendo eso.

—¿Entonces? Estuviste ahí más de media hora —gruñó—. Aunque pensándolo bien, con menos de cinco minutos te habría bastado.

—Estaba avergonzado, ¿ok? Estaba esperando a que te fueras, pero al final no te fuiste.

—¿Por qué me iría?

—Yo que sé, ¿a dormir?

—Pregunté "por qué" no "a qué".

—Es igual.

El chico puso pausa a su juego y volteó a ver a Óscar.

—No es igual. Son dos preguntas distintas. Y por lo tanto ameritan dos

respuestas distintas. ¿Por qué me iría?

—Porque estos son los baños. Aquí vienes a lo que vienes y luego te vas.

—Yo vine a tomar una ducha y a jugar. Y eso hago —alzó su consola—. Además de hablar contigo, claro.

—¿No estás molesto?

El chico inclinó la cabeza a un lado, con una expresión en el rostro que solo podría ser interpretada como genuina confusión.

—¿Por qué lo estaría?

—Pues porque te vi desnudo mientras te duchabas.

—¿Tendría que estar molesto? A lo mejor si me explicas podría molestarme. Porque en lo que a mi concierne, es de lo más normal. Aquí hay chicos duchándose todo el tiempo, a veces hacen filas, por eso yo vengo en la madrugada cuando hay menos gente. A nadie más que a ti parece preocuparle el hecho de ver a alguien desnudo, o el hecho de ser visto, que para el caso es lo mismo.

—¿Y eso te parece normal?

—No andaría desnudo por toda la casa, si a eso te refieres, ¿pero en las duchas? No sé si te des cuenta de lo absurdo de la discusión.

—Vale, ya —reconoció Óscar—. A lo mejor es que soy hijo único. Además, no tengo primos. Por eso estoy tan acostumbrado a mi privacidad.

—Sí, seguro es eso —dijo el chico, y quitó la pausa en su consola para seguir jugando.

—Soy Óscar, por cierto.

—Gato.

—No te llamas así, ¿o sí?

—Ese es mi nombre ahora; y no necesito otro.

—¿Y qué exactamente es este lugar?

Gato apagó su Game Boy y la guardó en su funda, la cual luego enganchó a su cinturón.

—Es la casa de la abuela, obviamente.

—Sí, pero ¿quién es la abuela? ¿Y por qué viven tantos niños aquí? ¿Quién construyó todo esto? ¿Y para qué?

—Son muchas preguntas, ¿no te parece?

Óscar se encogió de hombros.

—Bueno, yo sólo digo —siguió Gato—. Para ser alguien tan celoso con su privacidad, resultas más curioso de lo que deberías.

—¿Tampoco me lo dirás?

—¿Es que lo has preguntado a alguien más?

—A mi tío, Bicho, quizá lo conozcas. Pero no sabe nada.

Gato cambió de posición para acomodarse mejor.

—No lo conozco, si he de ser honesto.

—Como sea, ya me voy —concluyó Óscar, al ver que la conversación no llevaba a nada.

—El problema no son las preguntas —dijo Gato enseguida—. De seguro son las correctas. El problema es el preguntado; tu tío, o yo, por ejemplo. Por más que hagas las preguntas correctas, si es a las personas equivocadas, no vas a tener las respuestas que esperas.

—¿A quién debo preguntar, entonces, según tú?

—Ese es un buen ejemplo de una pregunta correcta hecha a la persona correcta.

—¿Me dirás?

Gato bajó de la mesa de los lavabos, puso las manos en la cintura y arqueó la espalda hacia atrás para hacer crujir las vértebras.

—Pregúntale a Oruga —dijo, y se encaminó rumbo a los retretes.

—¿A quién?

Gato se detuvo y volteó hacia atrás.

—A Oruga —confirmó—. Debe estar en la biblioteca, en el tercer piso.

Siempre está ahí.

—¿Y cómo llego al tercer piso?

—Por las escaleras, obviamente.

—La casa es muy grande, me perderé.

Gato siguió su camino.

—No te perderás, sobrino. Ahora te dejo que la naturaleza me llama.

Entró a uno de los cubículos.

—Bien —gritó Óscar—, ya me voy.

No hubo respuesta.

Se tomó un momento para verse en el espejo. Acá la luz blanca de las lámparas iluminaba mejor, por lo que su rostro se dibujaba nítido en el cristal. Se descubrió cansado, con enormes bolsas púrpuras bajo los ojos. Debían pasar de las tres de la mañana. Era la primera vez que se desvelaba tanto, siempre fue de buen dormir. En eso estaba cuando una figura se atravesó en su campo de visión, en el reflejo. Era otra vez ese pequeño niño disfrazado de conejo.

—¿No eras un sueño? —dijo.

El niño miró su reloj de pulsera.

—Ya es tarde —balbuceó—. Muy, muy tarde.

Luego se fue corriendo.

Óscar se quedó inmóvil por un momento, sin entender lo que acababa de pasar. Cuando al fin reaccionó salió de los baños a toda prisa, para alcanzar a ver al niño desaparecer al fondo del pasillo, al otro extremo. Al parecer subía escaleras, lo que resolvía el asunto de cómo llegar al tercer piso.

—Espera —gritó.

—Cállate, imbécil —se quejó alguien en alguna habitación.

—Cállate tú también, idiota —se quejó otro.

—Cállense todos, pendejos —se quejó un tercero.

Óscar, por su parte corrió a ver si le daba alcance al niño. No se explicaba cómo se movía tan rápido. A lo mejor era que en definitiva le faltaba condición, como en definitiva el pasillo era larguísimo.

Capítulo 16

Al otro extremo del pasillo, girando a la izquierda, estaban las escaleras para subir al tercer piso. Como cabía esperar, conectaban con las escaleras que bajaban. Óscar, sin embargo, no tenía tiempo para admirar la arquitectura del lugar. Atravesó el pasillo tan rápido como pudo y subió cada peldaño, de dos en dos, en un intento desesperado por alcanzar al niño. Claro que al final fue en vano, para cuando llegó arriba no había ni rastro del pequeño.

Lo que le esperaba era diferente: dos chicas sentadas sobre una de las bancas del pasillo, una frente a la otra, cada cual, con las piernas cruzadas, y muy cercas entre sí, lo suficiente para estar fundidas en un beso.

Óscar se quedó de piedra. Era la primera vez que veía a dos chicas besarse, o que veía un beso así de apasionado.

—Lo siento —dijo, y se agachó, rojo de vergüenza.

—¿Quién eres? —preguntaron ambas chicas a la vez, luego de despegar sus lenguas.

Se pusieron de pie y se acercaron. Caminaban a su alrededor, analizando cada detalle en su apariencia.

—Soy Luna —dijo la de cabello negro.

—Yo soy Sol —dijo la de cabello rubio.

—Pero tú —dijeron ambas—, ¿quién eres?

Óscar no pudo responder. Lo que sea que pasó en el Kronky, esa extraña confianza, ya no estaba.

—¿Eres nuevo?

—¿Qué nombre te dieron?

Luna se detuvo frente a él, le levantó el mentón, y le dio un beso. Óscar se sobresaltó al sentir la lengua de la chica dentro de su boca. Intentó dar un paso atrás, pero la otra chica ya lo esperaba. Igual le tomó el rostro, obligándole a dar media vuelta, y le plantó un beso.

—Déjenme —chilló al liberarse.

—No sabes besar —apuntó Sol.

—No, no sabe —confirmó Luna.

—Nadie les dijo que me besaran.

Usó el dorso de la mano para quitar la lágrima que se le escapó. No quiso sonar así, como un llorón, pero no controlaba su voz.

Las chicas se sonrieron y volvieron a rodearlo, aunque esta vez dibujando un círculo más amplio.

—Te gustó.

—A todos los chicos les gusta.

—Y a las chicas.

—Esa cosita de ahí te delata.

Óscar se cubrió la entrepierna.

—Ya me tengo que ir.

Las chicas hicieron un puchero. Incluso cambiaron el tono de su voz, como si fueran niñas pequeñas.

—¿Te vas?

—¿A dónde?

—¿No te quedas a jugar un rato?

—Nos pondremos muy tristes.

A cada momento cerraban más el círculo, lo que ponía a Óscar cada vez más nervioso. Ya suponía que el lugar era peligroso, desde que vio la fachada de la casa le dio mala espina, pero jamás pensó que se encontraría en esa situación. Pensó en sus compañeros de clase, fantaseando con tener a dos chicas traviesas a su disposición, como si en verdad supieran manejarlas. De encontrarse cualquiera de ellos en las mismas circunstancias, seguro que ya estarían asustados y llorando. Aunque a lo mejor sólo estaba proyectando lo que él mismo sentía. Después de todo ellas eran dos, y él sólo uno. Ellas eran mayores, de unos diecisiete años como mínimo, y el apenas tenía trece. Incluso eran más altas, le sacaban cabeza y media, ni Bicho era tan alto.

—No me hagan nada—siguió Óscar—. De tonto subí por seguir al niño disfrazado de conejo.

—¿A Conejito? —dijo Sol.

—Es muy escurridizo —apuntó Luna.

—Sabe correr…

—y besar…

—Pero, sobre todo, sabe esconderse.

Sol extendió la mano para acariciar el cabello de Óscar; hundió los dedos entre sus rizos. Un escalofrío obligó al chico a contorsionarse.

—Déjame.

Se veía bastante chistoso con esa cara de espanto.

—No serás gay, ¿o sí? —quiso saber Luna.

—No —repuso Óscar.

—Ah —se lamentó Sol—. Es que nos gustan los chicos gais. Son tan tímidos.

—Se retuercen, como tú. Y ponen esa misma carita de espanto.

—Dan ganas de comérselos.

—¿Conoces a Cúter?

—Nos consta que es gay.

—Aunque ahora mismo debe estarlo dudando.

Ambas rieron divertidas.

—En verdad me tengo que ir.

Las chicas dejaron de reír.

—Nos ofenderemos si te vas así nomás.

—Yo no debería estar aquí. Vine con mi tío, él me invitó. Ya hace rato que

salí de la habitación, debe estar preocupado.

—¿Tu tío? —dijo Sol intrigada.

—¿Quién es tu tío? —quiso saber Luna.

—Tal vez lo conozcan, le dicen Bicho.

Las chicas se detuvieron en seco y pusieron cara de disgusto.

—¿Eres sobrino de Bicho?

—Qué asquito.

—Ay, Luna, lo besé.

—Yo también.

Se apartaron y volvieron a su banca. Óscar se quedó ahí de pie, sin saber cómo reaccionar ante eso.

—¿No que ya te ibas? —dijo Sol.

—Ya me voy,

—Pues vete.

Hizo amago de irse, pero se detuvo.

—¿Y la biblioteca? Busco a Oruga.

—¿A la gorda? Qué ordinario —chilló Luna.

—Equis, dile para que se vaya —apremió Sol.

—Por el pasillo, hasta el fondo. Luego vuelta a la izquierda y sigue el pasillo hasta mediación. No tiene pierde.

—Gracias.

Óscar se puso en marcha. La curiosidad le hizo voltear un par de veces; las chicas se veían consternadas, quizá asqueadas. Era culpa de ellas por besarlo de esa forma tan descarada. Como sea, por primera vez se sentía genuinamente agradecido de compartir sangre con Bicho. Tampoco es que fueran muy parecidos. Óscar tenía el cabello algo rizado, el cabello de Bicho era más bien lacio. La piel de Óscar era morena, como la de su papá, Bicho en cambio tenía la piel clara. Los ojos de Óscar eran de un café muy oscuro, casi negro, los ojos de Bicho eran de un verde extraño,

como el de las aceitunas. Pero independiente a todo eso, lo que realmente le intrigaba era el porqué de la reacción de las chicas. ¿qué hizo Bicho que fuera tan malo o asqueroso como para que lo despreciaran tanto? Aunque, pensándolo bien, era mejor si seguía ignorándolo.

Dio vuelta en la esquina para continuar por un corredor que conectaba el ala norte con el ala sur. A mediación, como dijo Luna, estaban las puertas de la biblioteca: enormes y ostentosas planchas de roble oscuro llenas de detalles grabados. Abrió el hueco suficiente para pasar, se armó de valor y entró.

El ambiente era distinto. Si bien persistía la luz ambarina, brillaba con más fuerza por lo que iluminaba mejor. Las paredes, que se elevaban a la altura de dos pisos, estaban forradas de estantes llenos de libros coloridos. Enormes ventanales daban al patio central, con una vista privilegiada de los jardines y el estanque. Pero lo más imponente, sin embargo, era la mujer de enormes proporciones que se inclinaba sobre una mesa de roble, concentrada en la lectura de un libro.

—Buenas noches —dijo Óscar con timidez.

—Buenos días —rectificó Oruga sin despegar la vista del libro.

—¿Qué?

—Pasan de las cuatro de la mañana, hace horas que son días, no noches.

—¿Usted es Oruga?

La gorda levantó la vista del libro. Óscar le pareció un niño insignificante,

—La misma —dijo—. Aunque la pregunta verdaderamente importante es: ¿quién eres tú?

—Soy Óscar.

—Conservas tu nombre, supongo que no has tenido audiencia con la abuela.

—No sé quién es la abuela. Un chico que se hace llamar Gato me dijo que usted me daría respuestas.

—¿Gato? A veces viene acá a jugar con sus tontos videojuegos. Se acurruca en ese sillón de allá y pasa horas viendo la pantalla y presionando botones; es frustrante.

—Me imagino.

—No, créeme, no puedes ni imaginarte lo frustrante que es. Con tantos libros que leer, ¿perder así el tiempo? En fin, ¿qué exactamente quieres saber?

—Bueno, ¿qué es este lugar? ¿Por qué hay tantos chicos aquí? ¿Y quién es la abuela?

—Vaya, sí que son muchas preguntas. Este lugar es la casa de la abuela, un refugio para los chicos sin sitio. Lo que explica por qué están aquí. Afuera es peligroso. Un adulto podría defenderse, o tendría más posibilidades, ¿pero un niño? Difícilmente sobreviviría a la oscuridad.

Óscar se rascó la cabeza.

—No entiendo nada, eso me deja más preguntas que respuestas.

—La forma más efectiva de saber algo —siguió Oruga— es experimentándolo. Lo que significa que pronto entenderás. ¿Hace cuánto que cruzaste?

—¿Que crucé a dónde?

—A este estrato de la realidad. ¿Me dirás que te has quedado sin sitio y no te enteraste? Qué locura.

—En serio, no sé de qué habla.

Oruga se levantó de su silla y se encaminó a uno de los estantes. Se movía con sobrada agilidad para ser tan gorda. Sin dificultad localizó el libro que buscaba y regresó a la mesa.

—Aquí está —dijo, y abrió el libro en una ilustración.

—¿Qué es?

—La estructura de la realidad. ¿Lo ves? Toda realidad en el multiverso se fragmenta en estratos y espejos. Un estrato es una instancia dentro de la misma realidad en el mismo espejo. Esta línea representa la base, el mundo común. Estas otras líneas representan los otros estratos, los mundos de arriba y los mundos de abajo. Tú y yo nos encontramos aquí, en la línea que está justo debajo de la línea base. Es decir, no tenemos sitio. ¿Lo entiendes ahora?

—Pues no.

—Ay, que cabeza tan dura tienes.

Oruga cerró el libro y fue a dejarlo en su lugar. De paso se dirigió a un armario de dónde sacó algunas cosas.

—Viste la casa, ¿verdad? Antes de entrar.

—Sí —confirmó Óscar.

—¿Y te pareció que por fuera se veía tan grande que como lo es por dentro?

—Ahora que lo dice, no. La casa es enorme, pero por fuera se veía de tamaño normal.

—Ahí tienes algo en que pensar. Por otra parte, ¿cuál es tu plan? ¿Piensas quedarte en la casa de la abuela? Podría arreglarte una audiencia con mi beneplácito.

»Aunque claro, he de advertirte que nada es gratis. Mantener esta casa cuesta. La abuela es la mejor recolectando los qualia. Si tienes cosas que ofrecer tendrás la vida pagada y arreglada; si no, bueno, ya irás tirando. Si eres administrado tu nombre real bastará para los primeros seis meses.

—No estoy seguro de entender lo que me dice. Como sea, no pienso quedarme aquí. Debo volver a casa con papá y mamá; seguro están muertos de preocupación.

—¿Tienes a tus padres?

—Sí.

—Y no huiste de casa.

—No.

—¿Entonces que rayos haces aquí? ¿Cómo entraste en primer lugar?

—Mi tío me invitó, dijo que no había problema si…

—No, no habló de esta casa, hablo del estrato.

Óscar se quedó en silencio, nervioso.

—A ver. Ya me sospechaba algo así. No parece que estés descuidado o que seas maltratado. Solo quédate en un lugar común. Tu casa, por ejemplo. Nada de visitar lugares raros. En una semana o dos saldrás

solito. Durante el día no hay tanto problema, la pega son las noches. Traza un círculo alrededor de ti con esta tiza; alrededor de tu cama, pudiera ser. Si tienes que defenderte, usa esta arma.

Óscar tomó la tiza y se la guardó. También tomó la supuesta arma, una regla metálica de cincuenta centímetros. Era como la que usaba en la escuela, pero con veinte centímetros extra.

—Sé lo que piensas —siguió Oruga—, esto no es un arma. Pues déjame decirte que sí lo es. La aleación contiene plata, y si la esgrimes correctamente cortará cualquier cosa.

—Lo que me dice me asusta.

—Es para asustarse.

Óscar contempló mejor la regla, le seguía pareciendo ordinaria. Pero, nada ahí era ordinario.

—¿Por qué me ayuda?

—Era como tú —dijo Oruga, melancólica—. A mí también me esperaban en casa. Pero de tonta quise escapar por un capricho absurdo. Y bueno, aquí estoy. Llevo treinta años atada a este lugar, ya ni siquiera sé cómo es el mundo allá afuera; ni siquiera recuerdo mi nombre real.

Óscar sonrió con conmiseración. No se imaginaba la vida sin su mamá, aunque le obligara a hacer ejercicio; o la vida sin su papá, aunque no le comprara cosas como los papás de los otros chicos.

—Lo siento mucho —dijo, luego bostezó.

—Ah, lo olvidaba —apuntó Oruga—. No has dormido, ¿verdad? No les pasa a todos, pero si es un efecto secundario documentado. Algunos recuperan el sueño a las pocas horas, pero otros no. El asunto es que no puedes pasar más de dos días sin dormir sin ponerte algo loco. Y si tu cerebro se inflama lo suficiente, para el tercer o cuarto día tu corazón explotará. Y no queremos eso.

—Estoy cansado, pero no puedo dormir. Creo que es porque no estoy en mi cama, en casa.

—Puede ser —siguió Oruga—. De todos modos, en menos de dos horas se abren las puertas. Podrás volver a tu casa y dormir algo.

Oruga se dirigió al armario de antes, rebuscó en su interior y regresó a la

mesa.

—Este —alzó un frasco con líquido negro— te hará dormir una semana. Tu cuerpo sanará cualquier mal que te aqueje, y es probable que en ese tiempo vuelvas a la línea base. Si dibujas el círculo con la tiza estarás bien, siempre y cuando te quedes dentro, si llegan a moverte estarás vulnerable.

Óscar asintió.

—Este otro —alzó un frasco idéntico, pero con líquido blanco— te mantendrá despierto por una semana. Descuida, tu cerebro estará fresco y desinflamado, físicamente bien; pero si no está preparado psicológicamente para pasar todo ese tiempo despierto, podrías ponerte… bueno, algo loco.

—Creo que prefiero estar despierto.

Capítulo 17

Hugo entorna los ojos con recelo mientras observa el frasco. Es pequeño, y a juzgar por su contenido —un espeso líquido azul metálico— parece un bote de pintura. Se lo acerca a la nariz para olfatearlo. El único aroma que percibe es el de sus dedos. Retira el corcho que hace de tapadera y vuelve a olfatear, pero sigue sin percibir nada distinto o especial.
Tapa el frasco con el corcho y continúa observándolo a contraluz.

—Es un quale, qué bonito —dice el niño. Viste su típico pijama con orejas como de conejo, aunque en esta ocasión en color café en lugar del habitual pijama blanco.

—¿Un qué?

El niño ofrece la bolsa de papel con el almuerzo.

—Un quale —confirma.

—¿Qué es eso?

El niño se encoje de hombros.

—No sepo.

Hugo sigue concentrado en el frasco y su contenido, a lo que el niño deja la bolsa con el almuerzo en la cama, a un lado de él. Hugo, desde luego, ni se entera.

—Sabes que esto es un quale ¿pero no sabes lo que es un quale?

El niño se queda pensando, luego se encoje de hombros.

—¿Me dejas probarlo? Solo un poquito.

Hugo entorna los ojos y frunce la nariz, con suspicacia.

—¿Lo has probado antes?

El niño asiente con una gran sonrisa.

—Una vez, con los niños grandes.

—¿Y te gustó?

El niño asiente, aunque con algo de duda.

Hugo trata de descifrar su rostro, pero nomás no llega a nada; seguro está perdiendo el toque por el largo encierro. Suspira resignado.

—¿Y qué hace?

El niño se queda pensando.

—Me dieron cosquillas muy raras en mi pancita —dice mientras aprieta su bajo vientre.

—¿Es un laxante o algo así?

El niño se encoje de hombros.

—No sepo que es un laxante.

—Un laxante es algo que te hace ir al baño…

El niño continúa con cara de no entender.

—Te provoca ganas de hacer caca —insiste Hugo.

El niño hace un gesto de disgusto.

—No es eso.

Hugo destapa el frasco, vuelve a olfatear —sigue sin percibir aroma alguno—, luego vuelve a cerrarlo.

—¿Solo cosquillas en tu pancita? ¿Para qué te darían algo así?

El niño se toma su tiempo para pensarlo.

—A los niños grandes les dio mucha gracia mi cara. No sepo por qué. Les pedí más, pero ya no me dieron.

Hugo observa de nuevo el frasco, luego ve al niño, y así dos veces más. Está seguro de que se trata de alguna clase de droga, pero no termina de entender su naturaleza.

—Vale, puedes probarlo, pero solo un sorbo —dice finalmente.

Destapa el frasco y lo ofrece al niño. Éste enseguida lo toma y le da un sorbo. El niño no pone caras raras, como Hugo pensó que haría; si acaso una expresión de asombro. Luego de unos minutos —dos o tres—

reacciona.

—¿Y bien? —dice Hugo—. ¿Te gustó?

El niño parpadea, como tratando de reconocer su entorno.

—No es igual…

—¿No?

—Es azul —señala el niño—, el otro era rojo. No es igual, no me gusta tanto.

Hugo aguarda, una respuesta más extensa, pero el niño no dice nada más, solo ve al suelo algo decepcionado.

—¿Qué sentiste?

El niño se encoje de hombros.

—Nada, como estar en el patio.

Hugo suspira, sin mucho ánimo. Recupera el frasco, lo cierra y se lo guarda en el bolcillo del pantalón. Se siente frustrado y algo molesto. No tanto con el niño, sino consigo mismo, pues no tiene el valor de probar aquella cosa por su cuenta.

—¿No tienes que irte ya? Ella debe estarte esperando.

—¿Quién? —dice el niño, confundido.

—La mujer —farfulla Hugo fastidiado.

El niño sonríe con suficiencia. La clase de sonrisas que provoca borrar de una cachetada —y Hugo mucho que se contiene de hacerlo—. Rebusca en su bolcillo y alza una llave antigua.

—Vine solo, porque ya soy grande.

—¿Grande, tú? —dice Hugo con desprecio.

El niño frunce el ceño.

—Tengo así —dice en tono retador, y muestra seis dedos con sus manitas. Gesto que hace que se le caiga la llave.

Hugo enseguida la toma del suelo, en un movimiento tan brusco que empuja al niño y lo tira. Sin detenerse se levanta de un salto, como

impulsado por un resorte, y sale de la habitación. Se toma un par de segundos para cerrar la puerta y asegurarla con la llave. Esta última la tira al piso tras marcharse corriendo.

Consigue llegar a la esquina, más allá de los baños. Apenas puede respirar, la falta de condición le tiene completamente agitado. Da vuelta y sigue corriendo, con tanto ímpetu que no se detiene hasta topar con la pared.

Ríe como un loco, no puede evitarlo. Mira a su alrededor, buscando en cada rincón, pero a cada momento confirma más de lo mismo. No hay salida. El pasillo vira a la derecha y termina en un muro. Acá no hay puertas ni nada que se le parezca, la única decoración es una banca de madera y una planta falsa en una maceta de mal gusto.

No es fácil, pero logra serenarse. Sabe que tiene que pensar rápido. Por lógica debe existir una entrada —una salida—, si no ¿de qué forma le encerraron ahí?, ¿de qué forma le llevan alimento y ropa limpia?

Deshace el camino hasta el pasillo más largo. Respira profundo y muy lento, para recuperar el aliento. Sabe que lo último que necesita es desesperarse; la ansiedad no deja pensar.

Se sonríe a si mismo de forma indulgente; nadie le dijo que la salida estaba por ahí, eso es algo que el simplemente asumió; error suyo, se vea por donde se vea. La salida bien puede estar en cualquiera de las otras puertas, esas que supone son celdas como en la que lo mantienen preso.

Se aproxima a una de estas puertas y la abre. Sonríe al toparse una celda similar a la suya. Por todo ese muro hay diez puertas, desde ésta que acaba de abrir hasta la que corresponde a su celda. Ya se hace una idea de lo que encontrará en las restantes ocho, pero aun así avanza abriendo una por una. No son más que celdas bacías.

Por no dejar se aproxima a su habitación y pega el oído a la puerta cerrada. Solo se escucha un murmullo, algo así como un canturreo infantil. No lo ve, pero puede imaginar al niño jugueteando con sus manos, como si no le importara quedarse encerrado sin compañía.

Pasa a revisar las puertas de la pared opuesta, son cuatro sin contar la del baño. Por omisión alguna de ellas debe ser la salida. Las abre una a una, cada vez más desesperado, tras lo cual vuelve a reír como loco. Son habitaciones idénticas, otras cuatro celdas.

Sigue deambulando por el área, buscando una salida, sin éxito. A diferencia de su celda, donde la cama tiene un colchón, en las bacías solo

están las estructuras, y lavabo y sanitario no tienen agua corriente.

En las duchas pasa más de lo mismo. Examina todo con cuidado, centímetro a centímetro, pero no encuentra nada raro.

—Es imposible —dice, como si verbalizarlo fuera a cambiar las cosas de alguna manera.

Resignado vuelve a la entrada de su celda, toma la llave del suelo y abre la puerta. El niño está ahí, recostado sobre su cama, con los brazos cruzados debajo de la cabeza a modo de almohada, y con la almohada en los pies. Sigue tarareando cancioncillas infantiles.

—No hay salida —dice Hugo.

—Las salidas no son para los monstruos —repone el niño.

—Yo no soy un monstruo.

El niño se incorpora y baja de la cama.

—Sí eres. Me empujaste y caí de pompis —dice al tiempo que se palmea el trasero.

Hugo pone los ojos en blanco. Tiene que respirar profundo para calmarse y no darle un golpe al niño. Se sienta en la cama, levanta la bolsa con el almuerzo que de alguna forma terminó en el suelo. Come el sándwich de cuatro mordiscos. Algo similar pasa a la manzana, que devora por completo incluido el corazón. También se toma la píldora —las vitaminas— con el jugo. La última vez que se abstuvo de tomarla —ocho días consecutivos— terminó acalambrado, con dolor de cabeza y dificultades para respirar.

—Ya me voy —dice el niño—. Diré que te portaste mal. Eres un monstruo malo.

—¿A quién le dirás?

El niño lo piensa.

—A Teddy.

—¿Y quién es Teddy?

El niño ríe divertido.

—Pues mi oso de peluche, tontorrón.

Hugo termina de beber el jugo. Esta vez es de toronja, una justa salida a la monotonía, aunque no lo disfruta tanto como hubiera querido. Aplasta la botella, la hecha a la bolsa de papel, hace todo bolita y lo arroja a la papelera al otro extremo de la habitación.

—¿Por qué dices que soy un monstruo?

—Porque eres.

—No lo soy —dice Hugo, molesto.

—Sí eres.

—Que no.

—Si eres —recalca el niño, divertido, pasando el peso de las puntas a los talones y de los talones a las puntas.

—No puedo ser un monstruo solo porque tú lo dices.

El niño se cruza de brazos y pone cara de estar pensando, pero pensando realmente en serio.

—Sí eres monstruo. Mataste a tu hermanito, y solo los monstruos hacen eso.

Hugo piensa en replicar, pero se queda sin palabras. Siente que todo da vueltas y que los muros se le vienen encima. Incluso el aire se vuelve tan denso que batalla para hacer que entre a sus pulmones.

El niño espero un momento, pero al ver que Hugo no dice nada, se dispone a marcharse.

—Yo no sabía —se excusa Hugo—, fue un accidente.

Se levanta, apenas a tiempo de interponer la mano para evitar que la puerta cierre por completo.

El niño no tiene fuerza para oponer resistencia. Atina a retroceder un par de pasos para evitar que lo arrojen de nuevo al piso. No es la primera vez que se enfrenta a un grandulón, así que más o menos sabe que hacer.

—Tienes que estar adentro. Vuelve. Eres un monstruo malo.

Hugo se acerca al niño. Lo toma del pijama —del pecho—, lo alza en peso y lo asota en la pared. Tiene que acercarse para aplastarlo con su cuerpo

contra el muro, para evitar que se le caiga al suelo, pues realmente no tiene tantas fuerzas. Con todo, y a pesar de lo difícil que le resulta, consigue mantenerlo suspendido en lo alto, a la espera de que sea lo suficientemente intimidante.

—¿Soy un monstruo malo? A lo mejor tienes razón —dice agitado por el cansancio—. Me vas a sacar de aquí, o te mato.

El niño, sin embargo, no se espanta. Consigue acestarle un rodillazo en la boca del estómago, cosa que hace a Hugo retroceder un poco, luego le da un puntapié directo a los testiculos.

Hugo suelta al niño, retrocede y cae al piso doblándose de dolor.

—Eres tonto y más tonto —dice el niño, y se va corriendo por el pasillo hasta el fondo, para desaparecer dando vuelta a la derecha.

Hugo observa desde el suelo. Trata de mantener la comida en el estómago, pues el dolor le provoca náuseas. Hace acopio de todas sus fuerzas, se levanta, y va por el pasillo, arrastrando los pies, tan rápido como puede. Llega a la esquina y gira a la derecha. No hay rastro del niño.

Se sienta en la banca para reponerse. Aprovecha y mira a su alrededor, pero no parece que haya una puerta secreta o algo así. Es lo lógico, pero no puede verlo.

Ya repuesto mueve la banca y la maceta. También golpea las paredes en busca de un muro falso, lo mismo el suelo; pero no, todo es sólido.

Capítulo 18

Se quedó dormido contemplando el frasco con el líquido transparente, justo treinta minutos antes de las seis de la mañana, momento en que abrieron las puertas de la casa. No descansó en realidad, ni siquiera soñó, simplemente se desconectó del plano consciente, como quien presiona un interruptor. Volvió en sí al sentir el impacto. Cancerbero se le dejó caer encima, en un intento de golpe de lucha libre. Forcejearon un momento antes de entender lo que estaba pasando. Óscar molesto, Cancerbero divertidísimo.

—Oye, ¿qué haces? —se quejó.

—Vamos, sobrino —dijo Cancerbero tratando de engrosar la voz—. Si no te das prisa solo alcanzaremos sobras.

—¿Me llamaste sobrino?

—Ah, casi lo olvido —siguió, esta vez con su voz normal—, se te cayó esto.

Le entregó el frasco, luego salió corriendo.

Óscar se levantó y se estiró, algo confundido. Le tomó un rato entender en dónde estaba y lo que pasaba. Ignoraba que hora era, pero a juzgar por la luz que entraba por la ventana debía ser muy entrada la mañana.

Aprovechando puso el frasco a contraluz. Se veía de lo más ordinario. Si no lo había bebido era por miedo; después de todo podría tratarse de veneno. Cierto que Oruga se veía como una buena persona, ¿y no le había dado la tiza y la regla? Pero dadas las circunstancias tan extrañas, ya se esperaría cualquier cosa, porque incluso todo eso podía ser un engaño.

—¿No vienes? —dijo Cancerbero al asomarse por la puerta.

—Sí —dijo Óscar, y en un arrebato abrió el frasco y bebió el contenido de un trago.

Aguardó un poco, pero no pasó nada.

—Ya, vamos, rápido —apremió Cancerbero desesperado.

Óscar se inclinó para tomar la regla metálica y salió tras el niño. Hasta ahora todo iba bien, no se sentía diferente. Bajaron las escaleras y se encaminaron en dirección a la cocina. ¿Iba a ser que el temor era infundado? El líquido ni siquiera tenía sabor. Fue como beber agua, pero

más impersonal todavía.

—Aquí están —dijo Bicho—. ¿Por qué tardaron tanto? Los necesitábamos para alcanzar mejores cosas.

Él y Grillo esperaban fuera de la cocina, visiblemente molestos. Cargaban platos llenos de Hot Cakes, trozos de tocino frito, tostadas y huevos revueltos, además de dos botellas, una con leche y otra con jugo de naranja.

—Yo quería wafles —chilló Cancerbero .

—Pues hubieras llegado antes.

—La culpa es del sobrino que estaba todo dormido. Tuve que pegarle para que despertara.

—Podemos ir a buscar, a lo mejor todavía hay —sugirió Óscar.

—Ne, ahí adentro es zona de guerra —dijo Grillo enseguida—. Ya llegaron los más grandes y esos pegan.

Bicho puso uno de los platos llenos de Hot Cakes en manos de Cancerbero.

—Mañana comes wafles, carnalito.

Éste los agarró, aunque enojado.

—El sobrino ya no me gusta. Es un apestoso.

Salieron al patio a comer; era el lugar relativamente más tranquilo. De inmediato se apoderaron de una de las bancas de piedra para usarla como mesa. A diferencia del interior de la casa, constató Óscar, en el patio sí que se percibían los aromas. Por eso el patio era el mejor lugar para disfrutar en serio de la comida.

—¿Y eso? —preguntó Bicho.

Se refería a la regla metálica.

—Es un regalo —dijo Óscar.

—¿De quién? — preguntó Grillo, y dio un mordisco a una tostada cubierta de huevos revueltos.

Óscar se quedó callado; no sabía si era buena idea responder. Volteó a ver el ventanal de la biblioteca, y le sorprendió ver a Oruga observándolo

desde arriba. La mujer obesa levantó el brazo izquierdo, y con el índice derecho señaló la muñeca, donde debería haber un reloj. La seña era clara: el tiempo se agota. Oruga fue muy específica en sus explicaciones. Entre más tiempo pasara en esos lugares, alejado de la línea base, más difícil le sería volver a la línea base.

—No lo recuerdo —mintió.

Tomó una tostada, le puso huevo encima, algo de tocino y lo devoró.

—Tengo que irme —dijo luego de dar un trago al jugo de naranja para no ahogarse—. Mamá debe estar preocupada.

—Al rato nosotros te llevamos —dijo Bicho—. Termina de desayunar bien.

—Sí —agregó Cancerbero—. Era broma que me caes mal, y nomás apestas poquito.

—No pasa nada, es que en serio mamá debe estar muy asustada. Además, sé llegar yo solo, no estoy tonto. Ya me voy, ustedes terminen de desayunar.

Se levantó, con la regla bien asida a la mano, y se marchó, primero a paso veloz, hasta que alcanzó la puerta del patio, luego corriendo, hasta llegar a la puerta principal de la casa.

Por un momento pensó que no podría escapar, que se quedaría ahí encerrado para siempre, pero no; sin que representara un problema, abrió la puerta y salió.

Cayó de rodillas, agitado por la carrera.

—Quítate de la pasada, rarito —dijo una chica que también iba de salida.

De hecho, chicos entraban y salían a voluntad. Era hasta extraño que tanta afluencia de niños y adolescentes no resultara sospechosa.

Se levantó, sacudió el polvo de las rodillas y dio media vuelta para contemplar mejor la construcción, incluso se alejó hasta la acera pues no quería perderse ni un solo detalle. Vista con la claridad del día era la típica casa abandonada, quizá más conservada que el resto, pero abandonada a todas luces. Si bien era grande, su tamaño no sobrepasaba lo común para la zona, dos pisos y quizá un ático, nada más. Muy diferente a la enorme construcción laberíntica que era en el interior; de cuatro a cinco pisos con pasillos y habitaciones de lo más variopintas.

Despertó de su ensimismamiento cuando una persona que caminaba por

la acera lo rodeó y pasó frente a él, a escasos dos centímetros de tocarlo.

—Oiga —gruñó molesto, reclamando por su espacio personal. Pero la señora siguió su camino, ignorándolo.

Era obvio que pasaba algo raro, lo comprobó de camino a la parada del bus. La gente pasaba a su lado, rodeándolo; sin tocarlo, pero a una cosa de nada de hacerlo. Nadie le dirigía la mirada, y si llegaban a ver a su dirección, era como si lo traspasaran. Por no dejar probó a ir directamente a tocar algunas personas. Solo entonces reaccionaban molestos, pero después de la queja, cuando se lo sacudían de encima, volvían a ignorarlo. Porque esa era la palabra que lo describía, no era que no lo vieran, era que lo estaban ignorando.

Llegó a la parada del bus y se sentó. Pasaron al menos dos de los transportes que le acercaban a casa, pero como nadie les hiciera la parada, ninguno se detuvo. Nadie a parte de él, claro, pero sobra decir que el conductor pasó de largo sin considerarlo.

—Estoy harto, como me sigan ignorando voy a echarme un pedo —gritó, luego se llevó las manos a la boca, rojo de vergüenza.

Naturalmente que nadie reaccionó, salvo un hombre que dormía cerca de la puerta de un banco. Se asomó, sacando la cabeza de debajo de los periódicos con los que se cubría.

—A que si te lo hechas sí te hacen caso.

Óscar se levantó de la banca metálica, y de inmediato su lugar fue ocupado por otra persona que hasta entonces había estado de pie. Se acercó al hombre bajo los periódicos, primero con algo de temor, luego completamente decidido.

—¿Usted me ve y me escucha?

El hombre rio divertido.

—Todos te ven y todos te escuchan.

—Sí, sí, no estoy tonto, se que me están ignorando. Pero entiende lo que le digo, ¿no?

El hombre se levantó y se sacudió los periódicos de encima.

—Tengo hambre, ¿tú no?

Óscar negó.

—No te lo tomes personal. Mejor aprovéchate de la situación.

—¿Y cómo hago eso?

El hombre se rascó la cabeza, ensimismado, como pensando en cosas profundas.

—Es una buena pregunta. Y si me sigues te lo explico.

Caminó por la acera, a lo largo de la avenida, hasta el estacionamiento de una tienda de carretera.

—Ve adentro y tráeme un paquete de sándwiches y una lata de cerveza.

—Soy un niño, a mí no me venden cerveza.

—No te pedí que lo compraras, solo agárralo y tráemelo.

—No voy a robar.

—Bueno, sí, técnicamente es un robo; pero es un robo sin lo feo del asunto. En tu condición no llamas la atención, así que nadie te dirá nada.

Óscar se cruzó de brazos y entornó los ojos con suspicacia.

—Usted está como yo, ¿no?, fuera de la línea base.

—No tengo ni puta idea de qué mierda es eso, pero hagamos de cuenta que sí. ¿me traes mis cosas?

—Si a usted y a mí nos ignoran porque no estamos en la línea base, ¿por qué no va usted a buscar el sándwich.

El hombre volvió a rascarse la cabeza, aunque esta vez con algo de fastidio.

—¿Qué nos hace diferentes, niño?

Óscar se encogió de hombros.

—Que tú estás todo aseadito y hueles a talco para bebé —siguió el hombre—. Yo en cambio tengo semanas sin bañarme. No solo huelo mal, sino que además me veo pésimo.

El hombre incluso señaló sus reflejos en la ventana del lugar. En efecto se

veían muy diferentes.

—Mi presencia molesta —continuó—, lo que me vuelve un foco de atención. Tú en cambio no molestas, lo que te hace perfectamente ignorable y olvidable.

—¿Lo dice en serio?

—Así funcionan las cosas, niño.

Óscar se tomó un momento para pensarlo. A esas alturas, ¿qué importaba? Hasta veía difícil volver a casa mientras los conductores de bus siguieran ignorándolo, como no fuera volver caminando. ¿Qué si lo detenían por robar un sándwich? Nadie iba a la cárcel por eso. A lo mejor y hasta lo acercaban a casa en una patrulla.

—Está bien, lo haré, pero solo para confirmar lo que dice.

—Hazlo por Buda o por Luzbel, mientras me traigas mi sándwich y cerveza, todo correcto.

Óscar respiró profundo. Pensó en dejarle la regla de metal al tipo, para que no le estorbara, pero luego se arrepintió; porque ¿y si se la robaba? ¿De dónde sacaría otra? Decidió que mejor era si la seguía cargando. Así se armó de valor y entró a la tienda. Nadie advirtió en él, nadie volteó a verlo.

—Buenos días —dijo, por no dejar. Aunque nadie respondió al saludo.

Caminó directo al enfriador con la comida rápida. Se alineaban sándwiches, burritos, hamburguesas, pizzas, todo listo para poner diez segundos en el microondas y disfrutarse al instante. Tomó el paquete de sándwiches que se veía más grande y lo puso a calentar para gratinar el queso. Igual fue por una lata de cerveza; y de paso agarró una lata de Coca-Cola para él —si iba a hacer la maldad, mejor que fuera completa—. Sin hacer apenas ruido se acercó a la puerta y salió.

—¿Lo ves? Es como un súper poder.

Óscar entregó las cosas al hombre. Este enseguida abrió el paquete de sándwiches y los devoró con apetito, ni siquiera esperó a que enfriaran un poco. Lo mismo la lata de cerveza. La abrió y la bebió de un trago.

—¿Desde cuándo está en la calle? —preguntó Óscar, y abrió su Coca-Cola para darle un buen trago.

—Uf, desde hace mucho tiempo. Tenía tu edad, más o menos, cuando escapé de casa. Mi padrastro tenía manos muy inquietas, si sabes a lo que

me refiero. Lo que es una ironía, porque tuve que dejar que otros me tocaran para conseguir unas cuantas monedas. Pero uno se acostumbra. ¿Tú por qué escapaste?

—Yo no escapé. De hecho, me dirijo a mi casa. Pero el bus no se detiene.

—¿No escapaste?

—No.

—¿Y te están buscando?

—Pues si no vuelvo, seguro que me empiezan a buscar.

El hombre se rascó la cabeza, esta vez confundido.

—Sí está raro tu caso. Pero como sea, gracias por la comida, ya me tengo que ir. Buena suerte, chico.

—Oiga, espere.

—No me sigas, chico, no te conviene.

El hombre se fue. Óscar se sintió tentado a ir tras él, pero mejor desistió. Para ser honestos, no se veía como la persona más confiable, y quedaba claro que nomás lo había utilizado para conseguir el almuerzo, no era que quisiera ayudarlo. Se terminó la Coca-Cola, echó la lata al contenedor y caminó devuelta a la parada del bus. En algún momento tenía que detenerse alguno, entonces aprovecharía para subirse, y hasta pasaría sin pagar.

Capítulo 19

Regresar a casa fue más difícil de lo que imaginó. Tuvo que esperar un buen rato antes de que alguien le hiciera la parada al bus que necesitaba, y cuando al fin uno se detuvo a subir a una señora, el tiempo para abordar estuvo tan justo que casi lo aplastan con las puertas; nomás sintió el pellizco en una nalga.

Naturalmente que pasó sin pagar, pero hasta ahí llegaron los beneficios. Estando en un espacio tan reducido los empujones no se hicieron esperar. A como pudo se metió en el rincón más alejado de la última fila, pero aun ahí siguieron fastidiándolo. En más de una ocasión pasó que algún incauto quiso sentarse y lo aplastó contra la pared. Todas esas veces hubo la misma reacción: primero el desconcierto de encontrarse a alguien que no habías visto, luego un alejarse con recelo, y por último un olvidar. Ya lo había dicho el vago, era ignorable y olvidable. Además, como nadie bajara cerca de su casa, terminó tres paradas más adelante de lo planeado, distancia que regresó caminando.

Respiró aliviado al ver la plaza de su colonia: las bancas metálicas rayadas con marcador permanente, los árboles a los que les faltaban cuidados, la hierba crecida. Hasta sintió gusto de ver la casa rosa que volvía a ser amarilla, cosa que a estas alturas ya ni le importaba. Atravesó la plaza corriendo y continuó por la calle, por la acera de la casa de color indeciso, hasta llegar a su hogar.

Usó sus llaves para abrir y entró atropelladamente.

—Ya llegué —dijo, con el corazón en la garganta, casi a punto de llorar. Aunque no recibió respuesta.

Le sorprendió descubrir la casa tal y como la había dejado: el tenedor junto al teléfono, la tetera sobre la estufa. Supuso que, como no regresara, sus papás salieron a buscarlo, por eso no movieron nada de sitio la tarde anterior. Por no dejar corrió hasta la habitación de sus padres, pero no había nadie. Tampoco había nadie en su habitación, el cuarto de baño, o incluso el patio. Telefoneó a casa de su abuela, para ver si su mamá seguía ahí, pero no respondieron. También llamó al trabajo de su papá, a donde solo podía marcar en casos de verdadera emergencia, pero igual no atendieron.

Se echó en el sillón, y por un instante cedió al llanto. Empezó con un hueco en el estómago que fue creciendo más y más hasta que le hizo convulsionar en sollozos. Dejó la regla metálica a un lado y se llevó las manos al rostro para tratar de limpiar las lágrimas, pero éstas seguían saliendo sin detenerse. Así estuvo por largo rato, hasta que ya no tuvo más lágrimas que derramar; solo entonces consiguió controlarse. Suspiró,

terminó de secarse el rostro, tomó de nuevo la regla metálica y se fue directo a su habitación.

Se echó en la cama, y para no perder la costumbre, se cubrió el rostro con la almohada. En ese momento lo único que quería era dormir, escapar de la realidad por un instante, desconectarse de todo. Imaginaba que al despertar todo volvería a la normalidad. Encontraría a su mamá en la cocina preparando el almuerzo para la escuela. Encontraría a su papá desayunando tras su periódico, mascullando en voz baja improperios a las noticias. Pero no. El tiempo pasó. No consiguió dormir por más que apretó los párpados.

Con los ojos rojos e hinchados, la nariz moqueante, el cabello despeinado y la ropa hecha, bueno, una cochinada, se dirigió a la cocina en busca de algo para comer. Sumado a todo lo mal que se sentía —al menos anímicamente hablando—, estaba su estómago, que no dejaba de hacer ruiditos. Normal, considerando que ya eran casi las seis de la tarde y no había comido nada —salvo una austera tostada— en todo el día. En un momento pensó en salir a comprar algo, quizá una sopa instantánea, quizá unos tacos en el puesto de la esquina, pero luego vio su reflejo en el espejo del baño y confirmó que así todo lloroso se veía mal; siendo generosos, porque lo cierto es que con esa estampa daba tanta lástima como asquito. Como sea, no tenía humor para ducharse y ponerse ropa limpia.

Aprovechando que llevaba la regla metálica en la mano —en realidad no la soltaba ni para usar el retrete—, se rascó la espalda. Arma o no era muy útil cuando tenías comezón, llegaba a cada rincón sin problema. Luego abrió la nevera y se inclinó para revisar. Todo estaba ahí. De haber sabido cocinar habría podido preparar innumerables platillos. La cosa es que no sabía. Para él, toda esa variedad de verduras, carnes, frutas y demás, si bien resultaba interesante, seguía siendo un enigma. Se rascó la cabeza —obvio con la regla— intentando pensar. Finalmente optó por preparar un sándwich. Se sentía cómodo con los sándwiches; podían ser de cualquier cosa, mientras fuera comestible y estuviera entre dos panes. Así que puso pan, mayonesa, queso americano, jamón, lechuga, tomate, mucho aguacate y pan. El sándwich perfecto, o su idea del sándwich perfecto. Lo acomodó en su plato, incluso le clavó una aceituna con un mondadientes para que se viera como los de la televisión, se sirvió jugo de uva y se fue a la sala a lamentarse; porque todo el mundo sabe que no hay mejor forma de lamentarse que comiendo frente a la televisión.

Tan pronto encendió el aparato apareció en pantalla esa sección: canal cinco, al servicio de la comunidad.

Suspiró aburrido. Vaya si odiaba esa sección. Pero decidió dejarlo pasar, de todos modos, tampoco es que tuviera muchas ganas de ver tele. Y todo iba bien —por decirlo así— hasta que salió la imagen. El hombre de

la tele pedía ayuda para localizar a una tal Selene Delgado. Casi derrama su jugo de uva por el sobre salto. La imagen estuvo ahí, pocos segundos, pero vaya si era ella.

—Alicia —balbuceó.

Estaba convencido de que era ella, la chica del Kronky, la que le regaló el Hot dog. Aunque acá no traía puesta la peluca. Sin embargo, ya que lo pensaba mejor, lo más seguro era que se equivocara. ¿Cómo podía Alicia ser Selene Delgado? Alicia trabajaba en el Kronky, a la vista de todos; y Selene estaba perdida, incluso la anunciaban ahí, a la vista de todos.

Como sea, se terminó el sándwich y apuró el ultimo trago de jugo. En la televisión pasaban la caricatura del chico que se convertía en chica con el agua fría. Le gustaba ese programa, pero en ese momento no tenía cabeza para él. Solo podía pensar en su mamá y en su papá, desaparecidos de la faz de la Tierra. De alguna forma se sentía culpable. No sabía cómo, no sabía por qué, pero casi estaba convencido de que había tenido algo que ver.

Se levantó del sillón y fue a asomarse a la ventana. Aun había luz de día, pero el cielo empezaba a pardear conforme se ocultaba tras los cerros. Otra vez sintió ganas de llorar. Cerró la ventana con seguro, acomodó la cortina y se fue corriendo a la habitación de sus padres. Trepó a la cama y se acurrucó en posición fetal, abrazando las almohadas. Le tranquilizaban el aroma de su mamá y el aroma de su papá, al menos lo suficiente para resistir ceder al llanto otra vez.

Cerró los ojos y volvió a intentarlo —dormir—, pero se sentía con mucha energía. En realidad, nunca se había sentido tan despierto, y eso le asustaba. Lo que hubiera dado por perder la noción del tiempo. Pero no, era demasiado consciente del tiempo, de cada segundo sucediendo al siguiente; minuto tras minuto, hora tras hora, con el sonido de su corazón como el único compás marcando el ritmo, con el cerebro frito.

Se levantó de la cama cuando la oscuridad ya lo dominaba todo. Encendió la luz de la habitación —luz ambarina— y se puso a deambular por ahí. No recordaba la última vez que había subido a la cama de sus padres, o la última vez que había entrado a su habitación. Cuando pequeño, de cuatro o cinco años, seguido se metía entre ambos para dormir calentito, sobre todo los domingos. Ahora mismo quisiera poder dormir calentito entre su mamá y su papá. No sentiría vergüenza. Antes bien, se sentiría afortunado, se sentiría protegido, se sentiría cómodo.

Un escalofrío le recorrió la espalda en el momento en el que distinguió de reojo una figura pasando fuera de la habitación. Estaba demasiado despierto como para ignorarlo, o como para pensar que había sido su imaginación. Enseguida extendió el brazo para señalar la oscuridad del

pasillo con la regla metálica; la empuñaba como una espada.

—¿Hay alguien ahí? —dijo con una voz enrarecida. Menudo momento para el cambio de voz.

—Mamá, papá, ¿son ustedes?

Claro que nadie respondió.

Se armó de valor —por si acaso apretó los esfínteres para evitar accidentes— y se puso en marcha a pasos lentos rumbo a la oscuridad del pasillo, sin dejar de empuñar la regla metálica con tanta fuerza que le lastimaba la palma de la mano.

El pasillo, sin embargo, estaba despejado. Le llegaba algo de la luz del televisor, que se había quedado encendido. Se dirigió hacia allá con la misma cautela, con los ojos tan abiertos como podía, e igual se encontró con una estancia bacía. Enseguida corrió a encender las luces, tanto de la estancia como del comedor y la cocina.

Revisó el reloj en la estancia. Como sospechaba, pasaban de las doce. Técnicamente ya era el día siguiente, como le aclaró Oruga el día anterior, cuando también estaba despierto en la madrugada. Se sentía tenso, como si lo vigilaran. Se puso a girar lentamente, con la regla lista para defenderse, examinando cada rincón de la estancia. Se sobresaltó al descubrir al tipo que le veía tan fijamente. Estaba afuera, en el patio, usando una extraña máscara blanca que le recordaba al rostro de un ave. El resto de su vestimenta —si se le podía decir así— era completamente negra, tanto que parecía repeler la luz, o absorberla hasta extinguirla.

Volvió a sobresaltarse al escuchar el timbre del teléfono; incluso gritó. Sin dejar de ver la ventana tras la que el sujeto de la máscara lo observaba, se acercó al aparato y tomó el auricular.

—Me colgaste la última vez. No volverás a hacerlo, ¿o sí? —dijo una voz juguetona, antes de que el pudiera decir anda. Era esa chica, la de la extraña llamada del día anterior—. Estoy tomando el té con mis amigos —siguió en tono meloso, como si intentara sonar infantil—. Aún nos hace falta un lirón; tú podrías serlo.

—¿Quién eres?

La chica rio, más siniestra que divertida.

—¿No lo sabes? —dijo en un tono completamente diferente al agudo y empalagoso que había estado usando.

—No lo sé, ¿dime qué quieres de mí?

La chica suspiró, fastidiada.

—Que seas nuestro lirón.

—¿Y eso qué significa?

—Escucha, pequeño roedor —siguió la chica, molesta—. Vas a venir conmigo, quieras no. Un chasquido de mis dedos y el vigilante en tu ventana entrará a capturarte.

—¿Tú lo enviaste?

—No me obligues a hacer eso —siguió la chica, otra vez en tono suave e infantil—.Solo ven conmigo, por las buenas. Prometo que te la pasarás bien.

—Voy a llamar a la policía.

La chica rio.

En ese momento la criatura de la ventana —que vista mejor, en definitiva no era humana— se acercó a la puerta del patio y la abrió de un empujón. Óscar enseguida saco la tiza del bolsillo del pantalón y a como pudo dibujó un círculo a su alrededor, apenas a tiempo para que la criatura se detuviera a escasos dos pasos de distancia.

Capítulo 20

Óscar quedó paralizado en el momento en el que la criatura se inclinó hacia enfrente profiriendo un grito gutural, una suerte de gruñido. La pantalla del televisor se llenó de estática y los focos parpadearon como locos. Al mismo tiempo las rodillas le temblaron; y si aun podía confiar en su sistema nervioso central, casi podía estar seguro de que se le escapó un chisguete de orina. Con todo, no gritó. En realidad, se sentía atrapado en un sueño —de pesadilla— del que no podía despertar; y es que, esa era la única explicación lógica: dormía.

—Atrás, no te acerques —farfulló a como pudo.

Pretendió levantar la regla metálica, para defenderse con ella o algo así, pero sus músculos permanecieron agarrotados.

—Nono… no… no te acerques —siguió tartamudeando.

La criatura se enderezó y se quedó muy quieta, como analizando la situación. Si bien no avanzaba, tampoco retrocedía, lo que de alguna forma la volvía más inquietante.

Óscar soltó el aire que retenía sin darse cuenta. Casi al instante volvió a aspirar con violencia para volver a retener el aire. Y es que, sin que hubiera una explicación razonable, el cuerpo de la criatura gradualmente se volvió vaporoso, como humo negro, de modo que lo único nítido que le quedó fue la máscara blanca que hacía las veces de rostro.

—No te acerques…

Para ese punto la criatura no parecía tener un cuerpo, o al menos éste no estaba definido. De todos modos, extendió un par de largos brazos, e ignorando el ridículo círculo de tiza marcado en el suelo, sujetó a Óscar de la camiseta. Humo o no, los brazos se sentían sólidos.

Esta vez el chisguete de orina se volvió un chorro en toda regla. Óscar hizo varios intentos por gritar, pero las cuerdas vocales nomás no respondieron. Hasta que la hoja de una espada atravesó a la criatura, devolviéndole su apariencia sólida, y se detuvo a dos centímetros de la nariz del chico. Solo entonces algo parecido a un quejido le salió de la garganta; una cosa de nada comparado con el grito de la criatura cuando la hoja se deslizó hacia arriba, cercenándola.

—¿En serio mojaste los pantalones?

Era la chica pelirroja que conoció en el Kronky.

—¿Teresa?

—Cereza —aclaró ella—… Bueno, no importa.

Óscar aun sentía los músculos agarrotados.

—Me salvaste.

La chica sacudió la espada para desprender los restos negruzcos de lo que debía ser la sangre de la criatura, tras lo cual la criatura y sus restos empezaron a disolverse lentamente.

—¿Por qué una obsesión pretendía raptarte?

El chico bajó la mirada, apenado. Apenas empezaba a hacerse consciente de que tenía los pantalones mojados, hecho que palideció ante la imagen de la criatura, que pronto acabaría de disolverse. Solo la máscara permanecía nítida, aunque pequeños hilillos de humo blanco ya manaban de sus puntas.

—¿Obsesión?

La chica suspiró.

—En serio no te enteras de nada, ¿verdad?

Óscar negó con la cabeza.

—Tu nombre sigue siendo Óscar, imagino.

—Si.

—No eres un sin sitio, queda claro.

Óscar volvió a negar con la cabeza.

—Entonces —siguió la chica—, si no eres un sin sitio, ¿por qué estás desfazado?

—No sé. Oruga dijo que me quedara en casa hasta volver a la línea base, que en unos días quedaba resuelto.

—Es correcto —la chica volvió a suspirar—. No sé quién sea Oruga, pero tiene razón. Quédate en casa y cuidado con las sombras. Sobre todo, las

obsesiones, pocos sellos y trampas son efectivas contra ellas.

—¿Te vas? —se apresuró a decir Óscar al ver la intención de la chica.

—Tengo cosas que hacer. Solo que vi toda la escenita que se tenían montada así que vine a ayudar. No te habría hecho daño, de todos modos. Si eres el objeto de deseo de alguien, matarte no le habría beneficiado en nada. Seguramente te habría raptado. Como sea, ya perdí mucho tiempo. Y no me lo tomes a mal, pero, hueles a pañal mojado.

La chica se fue. Óscar permaneció inmóvil hasta que la perdió de vista, y aún después de eso, como hipnotizado. En su mente se repetía una y otra vez la imagen de la espada de la chica disminuyendo de tamaño y perdiéndose entre las cuentas de su pulsera. ¿Lo había visto o lo había imaginado? ¿En verdad traía una espada? ¿En verdad la chica había estado ahí? ¿Lo ocurrido había ocurrido o es que lo había soñado? No podía ser un sueño, se sentía muy despierto; más de lo que le gustaría.

La humedad en los pantalones lo trajo de vuelta. Eso sí que se sentía real. Dejó la regla metálica en el sillón y se fue directo a la ducha, después a ponerse ropa limpia, luego a limpiar el estropicio en la sala. Hizo falta mucho detergente perfumado para fregar el piso y eliminar el aroma a orina.

Se sentó en el sillón, tomó la regla metálica y se rascó la espalda. Eran pasadas las tres de la mañana. En la tele la mayoría de los canales ponían las franjas de colores; los que no, ponían infomerciales con productos inútiles. Optó por las franjas de colores.

Se sobresaltó al escuchar el teléfono. Se levantó y se acercó. Ya sospechaba de quién se trataba. Levantó la bocina y efectivamente era ella.

—Te crees muy listo, ¿no? —dijo la chica, molesta, con ese enfermizo tono infantil tan impropio de su voz natural—. Eres un lirón muy escurridizo. Pero tarde o temprano te voy a atrapar.

Se quedó un momento escuchando los tonos de la llamada desconectada, taladrándole en el oído con un seco “tu, tu, tu”…

Colgó la bocina y se acomodó en posición defensiva, empuñando la regla metálica como una espada. Ahí estaba en la puerta, otra criatura como la anterior, con su máscara blanca, cual marfil, reluciendo en su cuerpo negro y vaporoso, su cuerpo como columna de humo. Desde luego que le daba miedo, pero ahora sabía que la criatura no era invulnerable.

Pensó en decir algo contundente, pero no se le ocurrió nada. Por si las

dudas, apretó fuerte, pues no quería volver a mojar los pantalones.

La obsesión se abalanzó hacia él, pero esta vez el chico no se quedó inmóvil. Esquivó, de modo que la obsesión se estrelló de lleno con el sillón. En seguida, sin esperar reacción, clavó la regla metálica en la espalda de la criatura y deslizó hacia arriba para cercenar como vio hacer a la chica. Desde luego, la regla penetró el cuerpo vaporoso sin dificultad. La obsesión quedó tendida en el sillón, disolviéndose en hilillos de humo.

Aún cargado de adrenalina deslizó un dedo en el filo de la regla. Como dijo Oruga, era un arma, por más que no lo pareciera. Dio un respingo cuando el dedo cedió al filo, como mantequilla; apenas un ligero corte superficial, no mayor a medio centímetro de longitud. Apartó el dedo para ver fluir la sangre, roja, caliente y espesa.

Un escalofrío seguido de un sobresalto le alertaron de la presencia de la criatura. Era otra vez esa sombra, la que le sacó de la habitación en primer lugar. No se trataba de una obsesión, sino de otra cosa. Su cuerpo humanoide estaba mucho más estilizado, además de no llevar máscara. Era como la silueta que un hombre calvo, delgado y larguirucho proyectaría tras una mampara. Venía saliendo del pasillo que conectaba con las habitaciones.

—No te acerques. Esto está afilado —atinó a decir, en voz muy baja, casi como un susurro.

La criatura pretendió hablar. Fue más un siseo. Y es que a ratos era visible y a ratos no, como si le costara trabajo mantenerse nítida, y lo mismo ocurría con su voz.

Óscar apretó la regla y la preparó para blandirla, a lo que la criatura retrocedió un paso, como si temiera.

—Ella los tiene —siseo la sombra.

Sus palabras se oyeron como un susurro en la oreja del chico.

—¿Ella?

—La mujer del teléfono, los tiene —confirmó la criatura.

—¿A a, a quiénes? —tartamudeó Óscar, sabiendo de antemano la respuesta.

—Mamá y papá…

La criatura no pudo decir nada más antes de ser decapitada por Cereza, la

chica de hacía un rato.

—¡No! —Gritó Óscar.

—Lon siento, ¿era tuya? Creí que te estaba fastidiando.

—¿Por qué la mataste? Tenía información sobre mis padres.

Cereza suspiró, luego retrajo la espada de vuelta a su pulsera.

—¿Sabes lo que era?

Óscar negó.

La chica al instante le encaró de frente, incluso se inclinó un poco para dejar los ojos a la altura de los ojos de él. Lo miraba con recelo.

—Parece que ignoras muchas cosas. Por lo que me intriga saber si deberías saber lo que sabes.

Óscar solo atinó a sonreír nervioso.

—Como sea. De todos modos, no es mi área —se enderezó y se acercó al cuerpo de la criatura para moverlo con el pie, con algo de asco—. Es un espectador. Era, mejor dicho. Normalmente se instalan en casas donde hay niños, ¿especiales? Es una forma elegante de decir que son niños no muy listos; tontos, pues. Se alimentan de los dramas personales. O más bien, de esa sensación de que todo el mundo está en tu contra. Es difícil describirlo. En fin. Si he de ser honesta, personalmente me asquean; en general me asquea el voyerismo.

—¿Voyerismo?

—Los espectadores te observan todo el tiempo, desde los rincones. Cuando duermes, cuando te levantas, cuando estás sin hacer nada, cuando haces cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa?

La chica sonrió, más bien fastidiada.

—Sí, cualquier cosa. Incluso eso que estás pensando; quizás, sobre todo eso que estás pensando. Pero dejémoslo así. ¿Dices que te estaba diciendo algo?

—Sí.

—Es obvio que no lo habías visto antes, sino no lo estarías amenazando con esa arma tan rudimentaria. Lo que me extraña, pues normalmente no hablan ni se manifiestan, a menos que se encariñen contigo. Y bueno, tú ya estás lo bastante crecidito como para que intentara ser tu amigo.

Óscar pasó saliva.

—¿Hay quienes se hacen amigos de esas cosas?

—Sí, niños pequeños. Son curiosos por naturaleza; se hacen amigos de cualquier cosa. Tú, en cambio. Bueno, es un hecho que tu mente está contaminada, corrompida. Incluso mojaste los pantalones por miedo.

Óscar se encaminó a la cocina, tomó un vaso de la alacena, lo llenó con agua del grifo y bebió de un trago. Dejó el vaso sobre la mesa y se puso a hurgar en el refrigerador. Rebuscó por un rato, hasta que dio con un pedazo de queso. Encendió el comal y puso a calentar tortillas para hacer unas quesadillas.

—Ayúdame a entender qué tienes de especial —siguió la chica sentándose a la mesa—. Me pareces de lo más ordinario.

—De especial no tengo nada, ni siquiera se cocinar, por eso muero de hambre.

—Exactamente ¿qué fue lo que te dijo el espectador?

Óscar intentó voltear las quesadillas con los dedos, pero el comal estaba demasiado caliente. Luego de tres intentos fallidos se hizo con una espátula.

—Dijo que ella los tenía, a mamá y papá.

Con espátula en mano intentó voltear las quesadillas. Pudo a duras penas, aunque casi tira al suelo una de ellas.

—Dame eso yo te ayudo —dijo la chica arrebatándole la espátula de la mano.

Óscar se sentó a la mesa, consternado, procurando con todas sus fuerzas no derramar lágrimas frente a la chica.

—Tengo miedo… yo, solo quiero que las cosas vuelvan a ser como antes.

Cereza pone frente al chico un plato con cuatro quesadillas.

—No importa —hizo una pausa, como pensando sus palabras—. Es decir,

no importa en donde estén tu papá y tu mamá, no importa lo que pase, de todos modos, el mundo se acabará en cinco días.